

Qué gente tan loca,
Dios mío.

O.

recopilación de textos publicados por O. en
panfletonegro.com

crónicas de cine, viajes, música y algún
artículo de opinión.

T in the mud	4
Bizarre for dummies	7
Que gente tan loca, Dios mío.....	9
Leave it behind.....	11
Bruselas con B de Bizness	13
Björk: un hada, un cisne	16
Ladies and gentlemen we're floating in space.....	18
Every Clubbing soul	20
El Jhonny Rotten de la salsa.....	22
You little punks think you own this town.....	25
Trip hop y demás criollismos.....	25
El nocturno entretenimiento anarquista	27
Christina sucks, Britney swallows.....	31
¿En qué anda Sur Carabela?	33
Música para desayunar crêpes después de una rumba.....	35
Gina Gershon es junkie	37
Un cover de Los Pericos.....	38
Death to the Pixies	40
Outro: Extravaganza	41
Espiando alemanes.....	42
El ausente (crónica a ratos titulada "Ausente en La Corneuve")	45
Un cover de Kieslowski.....	47
Tortuga, de punta a punta.....	48
Fanático no es gente	52
He knows: la paranoia según Mark Pellington	54
El fin del mundo según Crispian Mills	55
Animal, boy, thing (Lástima los carajitos Mix)	58
A manera de agradecimiento (con dejos de farándula)	59
Como guerra de minitecas.....	60
¡Janis vive! (o La asombrosa capacidad de síntesis del humo del cigarro).....	62
De Antímano para el mundo	64
Michael Kelly is dead	67
Menos de cinco minutos.....	68
Crónica de un concierto al que nunca fui.....	70
Junk food diva's	72
Mario Puzo visita Los Reyes, México	74
Gunslingers.....	76
Rock o' clock.....	79
La nonchalance.....	81
El legado de Irmgard Maurer	83
Los diez mil susurros (theraindropstheraindropstheraindropstheraindrops)	86
Gillespie con Timba (se juntaron los mochos pa' rascase)	89
Gracias Divino Niño por favores concedidos	91
Een twee cha-cha-cha, drei vier cha-cha-cha (een beetje té proper).....	93
Música para desayunar crêpes después de una rumba II: Talkie Walkie.....	97
El hombre del siglo XV	100
Suave pana, suave.....	102
Nota acerca de la tolerancia	106
Por venir.....	109
Una menos en Canarias	111
Un lugar en el mundo	117

Isla Desierta IV: Cosmo's factory 119
Pueblos de Piedra 121
Intro/Outro 122
Puro Load y Reload..... 122

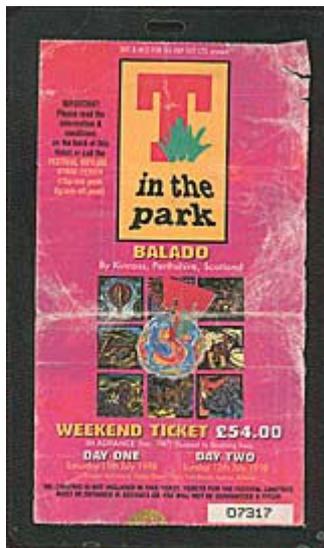
T in the mud

El eurostar era lo que llegaba más temprano a Londres. Pensé que valía la pena el costo y recordaba momentos del viaje para mantenerme despierto y ver el paso por el túnel.

Despertaba y era la luna sobre las nubes. Despertaba y era el amanecer sobre algún lugar de Portugal. Despertaba y era la conversación con César, Chía y Posto y cómo convencerlos de que “me voy a Escocia, vean uds. la final aquí, yo me voy solo a mi concierto”. La utopía de que nos vemos el lunes a las 4 frente a Notre Dame, como si se tratara del McDonald’s de El Rosal.

Londres fue hostil. Desperté en Waterloo, sin haber visto el túnel, y en la aduana una policía me obligó a deshacer totalmente mi morral (tuve que desenrollar el sleeping bag) y me dejó solo al no haber tenido éxito en su cacería.

Comencé a preguntar mientras se hacía de noche: ¿cómo llego a Edimburgo? y nadie parecía saber. Tras dar tumbos por el metro de estación en estación (pues para algunos el *sleeper for Edinborough* sale de Euston, para otros sale de Kings Cross, pero la verdad es que no sale de ningún lado los sábados de quincena o algún venezolanismo parecido), terminé en Victoria coach station, viendo desesperado que los autobuses hasta Glasgow y Edimburgo estaban vendidos. De cuando en cuando ocurren milagros, claro como esa especialidad de San Kevin el Eremita de llenar el autobús de Glasgow de boy scouts para que el peso de los morrales se haga intransportable y tengan que habilitar una unidad extra. Cuando en Nuevo Circo.



A la mañana siguiente, Glasgow. El scottish es rudo, solo le entiendo a Karine y a Nicholas porque son canadienses. También iban al festival en un transporte proporcionado por los organizadores. Un autobús cubría la lluviosa ruta entre el terminal y el aeropuerto abandonado de Balado. No dejaría de llover en el resto del día. Había muchos chances para Murphy, yo no tenía ticket y estaba todo vendido, pero estaba frente a la puerta del concierto cuando llegó un gordito: “ya gat tkt fodda T in tha pak?”. “No, How much?”. “Thore”. “Thirty?, ok!” Ese era el precio regular de la entrada. Gracias San Kevin por favores concedidos.

Entré directo a tomar un chocolate caliente, en la tiendita de Sue & Nathan, que me trataron como a un hijo que regresa por un rato y se va en la noche. Me cuidaron, aconsejaron, me dieron comida caliente. No soy el único para quien Escocia representa una colección de buenos desconocidos. Empezó entonces el show: el aeropuerto estaba poblado por un parque de atracciones mecánicas, tiendas de tatuajes, franelas y discos, y casi una decena de tiendas azules de lona, algunas como pequeñas churuatas, otras, como grandes circos.

En la primera, la de nuevos talentos, Genic, un brit-pop bien hecho, pero algo ruidoso, como toda banda que comienza; iluminación pobre y gente inexpresiva terminaron por sacarme a conocer el resto del sitio. En la segunda, la carpa de música tradicional, me di cuenta de cuán orgulloso está el escocés de su gentilicio. Había al menos unos cien jóvenes en ponchos llamativos bailando al violín en un performance envidiado por Hollywood. Al salir, vi una pantalla gigante, más grande que el jumbovision de Plaza Venezuela, aunque no me detuve a ver qué había en él.

La tercera tienda, que me pareció la más popular, era un inmenso rave. Al llegar, según mi cronograma plastificado colgante, tocaban los Invisible Armies. Buena música, pero me empezaba a preguntar si alguien se movería. Bajaron al poco rato los cinco jóvenes con muchos aparatos y subió Jon Carter, un chamo bajito con una caja de acetatos. Intenté preguntar quién era y me di cuenta que a mi alrededor, casi todos estaban aprovechando el intermedio para intercambiar drogas. Se inyectaban y fumaban más que todo (Luego me explicaría Grigor, a quién conocería milagrosamente al bajar del autobús en cuestión de horas, que Edimburgo es una de las ciudades con más serios problemas de drogas con su máxima contemporánea "Trainspotting's no fairy tale"). Alguien pudo responderme que quién finalmente los ponía a todos a brincar era el DJ de un grupo llamado Monkey Mafia. Una cámara lo enfocaba desde arriba y nos dejaba ver que, de verdad, el tipo era ágil.

Al ir a The Enemy tent, patrocinada por la revista inglesa NME, por primera vez sentí que ir de una tienda a otra era un sacrificio, tanto por el esfuerzo de sacar los pies del barro como por el frío que parece quebrar los huesos. Al entrar, Asian Dub Foundation. Dub, raggamuffin, drum n' bass y guitarras. Rage Against the Machine *meets* El General. Al terminar venía Natalie Imbruglia así que me fui a la tarima principal, haciendo paradas en algunas tiendas para recuperar calor y descansar.

En el inmenso cráter donde estaba la tarima principal había unas 20.000 personas al menos. Tocaba Finley Quaye, así que, craso error, me senté a descansar. Me quedé dormido y me despertó una tipa de seguridad al borde de la hipotermia, lo cual solucioné con elevadas dosis de chocolate caliente y un flamante (pero usado), grueso, "calentito", poncho militar. Con la lengua ardida, no pude saborear nada por casi una semana.



El toque se animó al subir Garbage, cuya vocalista es escocesa. Push it, I think I'm Paranoid, Stupid Girl y más de una hora de música que cerró con I'm only happy when it rains, coreada por todos los fans empapados. Me monté en las sillas de los discapacitados a tomar fotos de ellos y de los Beastie Boys, vestidos de obreros. Abrieron su set con Intergalactic, Three MC's and one DJ, Root Down, Sure Shot y las piezas hip hop de su repertorio, mezcladas por Mix Master Mike, para luego colocarse los instrumentos y tocar las más pesadas, como Heart Attack Man y Sabotage.



Inicié mi peregrinación de vuelta al NME. El Dj Andy Smith mezclaba para preparar el ambiente para el cierre de tienda: Portishead. Los demás cierres eran gente como Fat Boy Slim en el rave y Pulp en el mainstage. La imagen de Beth Gibbons con una gran copa en una mano y un cigarro en la otra, era muy parecida a la de Jim Morrison o Janis Joplin, pero más calmada. Su voz causaba una crispación lenta pero efectiva. Tocaron muchos temas de Portishead y los clásicos de Dummy. Cerraron con una versión pesadísima de Sour Times en un encore brutal.

Era casi media noche, Sue y Nathan fueron de nuevo mis padres de hot chocolate & beans. Con mis cosas al hombro, camino a la salida, me detuve frente a la pantalla gigante. Zidane abrazaba al portero francés y recibía la ovación del público. Algunos escoceses aún celebraban el 3 – 0 contra el equipo que los había eliminado. Pensé por primera vez en el día en los muchachos. Me los imaginé antes del juego, con sus franelas de Ronaldo, sudados de tanta samba en alguna plaza. Quizá habrían aparecido en la

televisión caraqueña. Me los imaginé después del juego, un sweater cubriendo el amarillo, celebrando con los franceses en Champs Elysees y sonreí. Tomé finalmente el autobús a Edimburgo. Dormí todo el camino. Al despertar, le pregunté al chofer por la estación de trenes y Grigor salió de la nada y me respondió que me llevaba, que quedaba en su camino. Por supuesto, estaba cerrada. Le pregunté a Grigor por un hotel barato y me ofreció un cuarto libre en su casa. En el camino, la extraña sensación, bajo un arco de piedra, de que ya había estado allí. A las 4 a.m. por fin dormí, en la casa de un desconocido en el Royal Mile de Edimburgo.

O. Amberes, 16071998

Bizarre for dummies

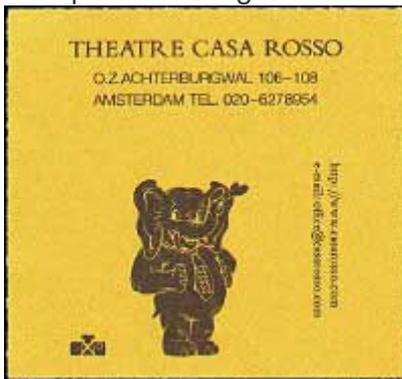
A las 10, cansados, Chía y yo despertamos y, de mutuo acuerdo, nos dejamos dormir. Casi a la una de la tarde despertamos todos, con cierto ajeteo, porque aunque no sabíamos bien en qué condiciones, iríamos a Ámsterdam. Mientras Gerard preparaba panquecas con nutella, ordenábamos todo para dejar Antwerp sin mucho trauma.

Corrimos a Centraal Station y perdimos por dos minutos el tren. La puntualidad es desesperante en este condenado país. Tras una hora de espera ya estábamos de vuelta sobre los rieles, vía Ámsterdam, la ciudad que despertaba más expectativas de todas, nuestro particular monstruo de Ness.

Entramos en shock al salir de la estación de tren y enfrentarnos al gentío. Nunca me había sentido tan inseguro. Ámsterdam era otra cosa, una leyenda que nadie desmitificaba. La impresión anunciaba un día largo para el diario.

Tomamos la Damrak, la avenida principal, y comenzamos a preguntar por “the red zone, man. Where is it?” “You see that little street, get in there and in two or three blocks, you start watching, you know?” Así lo hicimos.

Las vitrinas de prostitutas eran algo nuevo para mí. Las había hermosas, horribles, latinas, nórdicas, gordas, inmensas o menudas, pero todas caras y semi-desnudas. Los sexy shows prometían impacto, la gente parecía perversa; el ambiente estaba tenso y oscuro. Mientras buscábamos un espectáculo a buen precio, Chía estaba nerviosa. Ella era exótica y la asustaban tantos hombres buscando lujuria y perversión. Tantas vitrinas sado-maso. Pickpockets. Drogas libres. Policías pirceados de pantalones apretados.



Luego de una vuelta por el red light district, decidimos por el Casa Rosso, el de mayor renombre. Era medio loco escribir en la cola para ver sexy shows, pero así fue como finalmente entendí lo que sucedía. Ámsterdam no es perversa. Es tan sólo picantemente turística. La gente que inspira vigilancia es un grupo de turistas temerosos. El miedo lo inspira el miedo mismo de los que te rodean. Es un estrategia inteligente y tal vez fortuita esa de producir temor con tu temor.

El espectáculo era elaborado: explícito y discreto a la vez. Varios shows de sexo en vivo: distintas posiciones, ambientes y trajes. A ratos se hacía aburrido. Perverso el club de Baco en la avenida Casanova. Al salir esperamos a César y a Posto en la puerta para buscar donde ir.

3:00 a.m., la zona de fiesta estaba muerta. Mientras buscábamos hotel para Chía, los carros que llegaban eran ahora taxis que salían, los policías emergieron de lo oscuro de las callejuelas, como si despertaran. Puntuales hasta para terminar la fiesta. Pero en medio de lo bizarro, la luna menguante brillaba en los canales dejaba entrever otra Ámsterdam que buscaríamos al día siguiente. Era hora de dormir. Pero no teníamos dónde.

Chía después de mucho vagar encontró un hotel donde le cobraban como 35 dólares por una colchoneta en el remanso de la escalera y los pagó. Nosotros tres teníamos una idea: gracias al europass podemos tomar cuantos trenes queramos hasta mañana ... tomemos un tren ida y vuelta a algún lado y dormimos en el camino. No era descabellado, ni siquiera original, porque nos lo habían sugerido en Venezuela.

Fuimos a Rotterdam, donde esperamos como una hora el tren a Antwerp acostados entre los lockers cerca de una china que dormía acurrucada dentro de su maleta. En Antwerp ya era de día. César y Posto dormían mientras yo escribía.

Ya en Ámsterdam, tras 6 horas interrumpidas de sueño, fuimos a buscar a Chía y estaba donde la habíamos dejado. Era la única ciudad en la que no quería separarse de nosotros. A las 11 a.m. aproximadamente comimos en las escaleras de un supermercado. Pan francés. Queso holandés. Lo más barato.



Luego de comprar franelas nos separamos de nuevo. César y Chía fueron a ver el museo de cera de Mme. Toussaut. Yo fui al Van Gogh (a su concepción impresionista de la vida, la muerte, la familia y la soledad), mientras Posto esperaba descansando en la puerta. Nos reencontramos para ir al Sex Museum, que cubrió enteramente nuestras expectativas. Parecía tonto y mal hecho, pero era bien elaborado. Pensado y estructurado para impresionar, informar y educar. Había desde documentales en video sobre pornografía hasta descripciones de perversiones sexuales en fotogramas. De lo más rosa a lo más negro. Al salir, nos quedaba una vez más poco tiempo, pero corrimos hasta la estación y lo logramos. De hecho, sólo había fallado para tomar el tren a Ámsterdam. Eventualmente nos cansaríamos de correr.

O. Amberes, 180798

Que gente tan loca, Dios mío

Trascipción del mail de fecha 22 de julio, de O. a los perversos orales, con su autorización, para panfletonegro.com
Fotos: Roland Devereaux

Hola mi gente.

Aquí el negrito corresponsal en las europas, trayéndoles un repoltaje pelvelso del love parade de Berlín.

Antwerp, viernes 20, medianoche.

Pasando frío como un pendejo en una esquina de centro comercial antwerpeño, espero el autobús que tiene media hora de retraso, pero llega, plagado de rubios, rubias y un chinito fashion. Hay dos paradas en el camino a cuál más poblada de vainas raras: colores brillantes de ropa y pelo, mucha pelusa y plumas, la vuelta de los 80's aderezados con piel de vaca y tigre.



Berlín, sábado 21, 9 a.m.

Luego de dormir poco y mal, de un viaje aburrido donde el techno a todo volumen, el humo del cigarro y Tom Cruise saltando de un helicóptero en un efecto malo de benji no te dejan conciliar el sueño, paramos en el Zentralflughafen, un aeropuerto de la capital alemana, ubicado no se si al sur o al norte por un serio problema con la rosa de los vientos. Reflexión 1: toda ciudad debería tener el Ávila de fondo. Luego de un desayunito más bien pobre, cada uno por su lado y a patear el pavimento hasta que empiece el derrape.

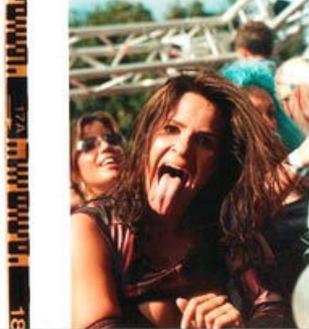
El primer paso es el abastecimiento: practico mi pobre alemán con la compra de una tarjeta de teléfono y dos rollos de cámara. La gente sonríe; de mí o conmigo la verdad no me importa mucho. Hasta las 2 p.m., lo que hice lo pueden encontrar en la sección viajes del segundo número de panfletonegro.com: subir a la aceituna ensartada de Alexanderplatz, paseo con la boca abierta por Postdamerplatz, que parece un escenario gigantesco para "Blade Runner 2, el regreso", Checkpoint Charlie y el museo del muro, y la CATEDRAL en mayúsculas de Berlín, qué monstruosidad. De ahí al zoológico a buscar a Yaremí. La llamo a su celular y está en el tren, que llega a las 18h al Zoo Station. Tengo tiempo para tomar la vía larga al zoológico: pasar por el medio del love parade que recién comienza. Las criaturas raras del mundo vagaban errantes por las calles hacia el mismo destino, la avenida 17 de junio, donde se concentran viejas topless, gays bottomless y niñas en tanguitas que ni Margarita en semana santa. Las caravanas son camiones repletos de bailarines, DJ's y animadores/as semidesnudos y batiéndose durísimo. Puro abdomen plano y glúteos tiesos. Cada camión es una miniteca y van de un extremo al otro de la avenida, creando un remolino de gente en el Siegessäule del Tiergarten, la torre de "El cielo sobre Berlín".



Cuesta caminar, pero no hay apuro. Es como el carnaval de Río: sólo sostengo bien mi morral, compro un pito y a hacer bulla y bailar changuita señores.

En el Siegestsäule hay una tarima para los DJ's principales, entre los cuales hay nombres como los de DJ Hell y Paul van Dyk. Cuando llegué al ZooBahn, nadie sabía dónde esperar los arrivals, así que llamé de nuevo para decirle a Yare donde estaba y que me buscara al salir. Nos encontramos y de vuelta a la perdición.

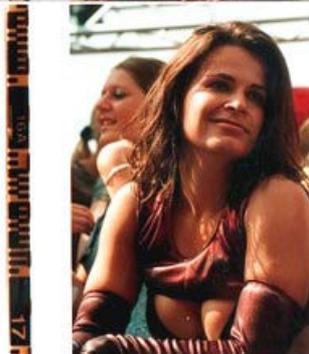
Cada treinta segundos profiere un “que gente tan loca, Dios mío” que podría ser título de un



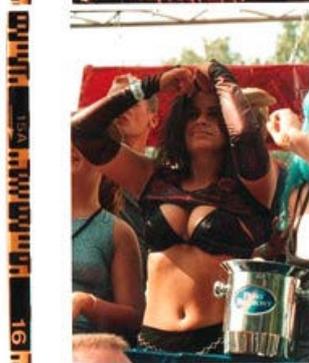
cuento, pero en cinco minutos la sacan a bailar. Es una tipa que quiere ensanducharla con su novio y ella se la recontra baila y todos voltean esperando un show sáfico y se decepcionan tras una despedida con sonrisitas.



Luego de atravesar la puerta de Brandenburgo, que está completamente forrada por una foto alterada de la puerta de Brandenburgo con las columnas rizadas, vemos un gentío alrededor de algo.



Hay una pareja bailando en ropa interior. Ella lo provoca a él y actúan como si no se conocieran.



Vaya usted a saber como empezó la cosa. Todo el mundo pita y aúpa a los amantes y el tipo se va sintiendo el centro de atención del love parade 2001, casi nada. La tipa le mete mano y se deja meter mano. La gallera se alborota (¿una mujer presume de posible, Cami?) y la tipa baja el interior del chamo. Se lo empieza a chupar. Fotos. Fotos. Fotos. Chinos tomando fotos, mujeres tomando fotos, hombres tomando close-up's. La chama lame, chupa, mordisquea y el chamo con cara de sobrado, pero la verdad es que no se le para. No se le paró mientras estuvimos ahí, como



15 minutos, y ya la chama se rendía mientras.

Salimos de ahí, salchichitas, foto con la polizei y ella toma su tren a Badhersfeld a las 2 y pico de la madrugada. Yo camino un rato, pero a las tres todo muere. Me voy al aeropuerto, a esperar mi autobús que sale a las seis a los Antwerpens y al llegar, después de comer, me meto en un cyber café a esperar que echarle el cuento a los panas me lleve a mi casa por un rato.

Y lo logro.

Un abrazo a todos.

O. Antwerp 22072001.

PD: mil gracias, Gerard, por la “camarita” salvapatria.

Leave it behind

Un buen día recordé que en el Koopjeskrant, el negocio redondo belga, existía una sección descifrablemente titulada 6.10 concerttickets. Esperé al viernes en la mañana, día en que puntualmente salía a la calle el periodiquito de páginas amarillas y efectivamente, había al menos diez entradas para los dos conciertos que U2 daría el siguiente fin de semana en la ciudad, a la venta a precios exorbitantes. Ese domingo Gerard y yo manejamos hasta poco



después de Lier para buscar dos entradas en arena a poco más del doble del costo original. En la gira POP me convencí a mí mismo de que nunca vería a Bono y su combo y ahí tenía el ticket en la mano, que hubiera temblado de no ser por ese pesimismo que me impide celebrar las cosas hasta que ya nada puede detenerlas. El tema no se tocó por siete días.

Ese 5 de agosto llegué a casa de Gerard quejándome de las cada vez mayores fallas de mi bicicleta así que después de su ducha y buscar en el mapa una ruta ciclística razonable al Sportpaleis de Amberes, me prestó su bicicleta y una cadena. Excelente táctica además, porque rodando no tan cerca del recinto ya no había puesto para un carro más. Y el tram colapsaría de seguro a la salida. Encadenamos las bicicletas a una reja y entramos a la arena. En la puerta había al menos unas quinientas personas dispuestas a pagar cinco veces el

costo de la entrada mientras ya los Stereophonics ya comenzaban su rol de teloneros. Con la entrada nos colocaron una pulsera de papel plastificado y entramos a la olla a afrontar la dura realidad: el belga promedio es como diez centímetros más alto que nosotros. Apenas veíamos pedazos de guitarra y retazos de camisas a través de la filigrana de cabezas que poblaba la cancha. Avanzando lo más que podíamos tropezábamos con verdaderos fans de los Stereophonics que a mí me sonaron a otra banda británica más. Pratt dice que todas las ciudades quieren ser París; pues todos los grupos británicos quieren ser los Beatles. Al rato, luces e impaciencia. Cuatro chicas uniformadas de negro con un corazón rojo de luces en el pecho intentaban animar a las miles de personas iniciando una ola. Llegaba unas diez sillas más allá.

Aprovechamos la pausa para buscar unas cocacolas y regresamos para ver hasta dónde podíamos llegar. Nos detuvimos cerca de un grupo de gente como de nuestra estatura detrás de quienes teníamos excelente visibilidad de la tarima que estaba casi vacía. La ola ya recorría la mitad de las tribunas y en el camino se atravesaba un par de espinas dorsales de cornetas. Comenzaron los aplausos, silbidos, "Bono, Bono, Bono", las manos sobre la cabeza y ya la ola daba una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete vueltas enteras al Sportpaleis cuando las luces se apagaron. Te apuesto lo que quieras a que arrancan con Elevation y Gerard no me paró mucho. Un grito, un sólo ruido, indivisible, cuando aparecieron y dispararon Elevation. Luces blanquísimas nos ciegan con cada coro.

Siguieron Beautiful day y Until the end of the world. Bono se acercaba a la gente gracias a que la tarima extendía sus brazos en medio de la arena. Acerca sus manos, mira a las chicas a los ojos, se acuesta y se deja fotografiar por una mujer, le quita la cámara y le toma una foto en la que seguramente contendría la emoción para poder mostrarla a sus amigos. Sobre la tarima se encienden cuatro pantallas que siguen cada movimiento de Bono, The Edge, Adam Clayton y Larry Mullen Jr. Bono saluda al público en perfecto flemish, con algo más que un buenas noches Antwerp y se dispara New Year's Day. Tras veinte minutos de brincos ininterrumpidos, continúan con Kite, Gone y New York, que se quedaron en mi memoria como "tres canciones suaves del último disco". Sube a un par de niñas para que vean el concierto desde la tarima. Bono juega con la gente y la anima increíblemente, Edge se acerca y lo acompaña en sus juegos sin perder la guitarra ni un segundo, Mullen y Clayton permanecen en la tarima y parecen disfrutar del espectáculo. Regresan los brincos con I will follow y Sunday bloody sunday, que se extiende para siempre mientras Bono obtiene una bandera de Irlanda y la mira con nostalgia o tristeza o rabia, estirada en el suelo

de la tarima.

Stuck In A Moment You Can't Get Out Of en conjunto desde la tarima, In A Little While (con una vocalización coleada de Spirits in a material world) y la banda entera se acerca al vértice donde se unen los dos pasillos, que debe ser el centro de la arena. Le acercan un redoblante y un platillo a Mullen, Edge tiene una guitarra acústica y Clayton trae su bajo y entre todos montan Desire a diez metros de mi cara. La sección rítmica se retira mientras Bono habla de Berlín y de su participación en el cine con Wim Wenders como introducción a una versión acústica de Stay, faraway so close.

Luego vinieron Bad y Where the streets have no name mientras comenzaban a descender cortinas del techo en las que se proyectaba inmensa la sombra del cantante. Del suelo aparecen pantallas que proyectan una bailarina de colores ácidos para dar entrada a Mysterious ways (en la que Bono introduce timidamente el corito de "Sexual Healing") y permanecen uniformadas de un verde fosforescente durante The Fly. The edge amenaza a Bono con la guitarra, lo lanza al suelo y las botas golpean las cuerdas.

Interrumpen el espectáculo y regresan con estrobos. Se proyectan fotos de guerrilla, de guerra, de pacifistas; un mensaje en el que remarcan que los cinco países con mayor índice de exportación de armas son también los más pesados participantes de la ONU. Por supuesto, arranca Bullet the blue sky. Me puse a brincar como un degenerado. Las luces se apagan todas y mientras Edge destruye su guitarra, Bono, con una lámpara potentísima en la mano, apunta a la gente como con un arma gritando desesperado zooropa! zooropa! zooropa!

Arranca With or without you y Gerard se da cuenta de que tiene los brazos erizados. Bono estira una mano al público y le halan la camisa hasta casi hacerlo caer. Hace un amago de patear al culpable y le lanza una mirada de indudable odio, se rasga la camisa en un grito y se retira. No le cuesta entrar de nuevo en su papel y la banda se retira por segunda vez.

Vuelven con One y una franela nueva exacta a la anterior. Casi en silencio suena Wake up dead man y mientras las luces proyectan en el techo y sobre la gente todas las cosas que podemos dejar atrás, despiden el concierto con Walk On.

A la salida, realmente batallamos por conseguir una franela de la gira y nos acercamos al centro para comer unas pitas cerca de la catedral, en homenaje o añoranza a las tantas arepas en Misia Jacinta al salir del poliedro.

Bruselas con B de Bizness

Uno de los líderes del departamento llegó a mi puesto ese día a preguntarme si me gustaba el fútbol. Ante la respuesta procedió a explicarme que un proveedor estaba muy interesado en vender un producto e invitaba a tres personas del grupo de trabajo a conversar un rato sobre el mismo y ver luego el partido inaugural de la temporada, Anderlecht vs. Antwerp F.C.

Pensé entonces en hacer por vez primera en mi vida una crónica deportiva y al darme cuenta de que Delio Amado León, Daniel Chapela, Turi Agüero, Dámaso Blanco, Vicente D'Alessandro, Alí Khan, Max Leffeld y todas los demás legendarios comentaristas deportivos realmente llevaban en la sangre el deporte y se sabían la vida de Iván Olivares, que el padrino de Jhonny Ceccotto le regaló un triciclo cuando cumplió tres años y ahí empezó todo, el equipo para el que jugaba Aruna en el África meridional, nombre del director técnico incluido, el número de jonrones que metió Galarraga durante su estadía en los Criollitos de Venezuela y demás detalles que parecen tontos, pero que como los de una novela, ayudan a entender la situación, los personajes y la circunstancia, terminé haciendo una crónica de viaje con tintes deportivos.



A Brussel Centraal llegué a mediodía. Sin idea de a dónde había llegado decidí caminar a la derecha a tropezarme con algo antes de ir a la Gran Plaza y al Atomium, los objetivos del día. Dos calles más allá estaba la catedral de San Miguel y Santa Gudula, perfecta para una foto-postal porque a diferencia de la mayoría de los monumentos Belgas esta edificación posee un espacio propio y no es parte de un conjunto que, al final del día, hace ver las



cosas como... como... como amontonadas. Adentro, el ambiente ligeramente musical por encima del silencio regalaba una paz poco frecuente entre los que tienen que conocer una ciudad en un día. Compré un mapa, el DJ da la iglesia monta Bach, Aria de la Suite Nro. 3, y yo me siento a escribir al ver que las arañas doradas que iluminan una capilla reflejan en su abdomen, que cuelga a veinte metros del techo, tantas sillas, velas, estatuas y vitrales que me siento aún más pequeño. Abandoné el sitio casi con nostalgia.

La Place de l'Agora estaba convertida en mercado y el gentío me decía que me acercaba a la Gran Plaza, encuentro que decidí postergar tomando un poco de aire en las Galerías Reales Saint-Hubert, como las de "El otro cielo" de Cortázar, salvo porque éstas son anteriores a las galerías parisinas. Luego, tras unas vueltas para esquivar las terrazas de cafés y restaurantes, llegué a la gran plaza: la Casa del Rey estaba cerrada al público y había demasiada cola para el ayuntamiento, así que sólo me senté a observar cómo se puede rodear de edificios una plaza hasta hacerla parecer un cuarto muy grande con un techo altísimo. Seguí caminando con la firme idea de no saber a dónde iba y la intención de detenerme justo donde y cuando me diera la gana hasta que me ganó el hambre y me acerqué a una estación de metro, para después del almuerzo tomar la ruta inmediata a

Heysel.

Heysel, la explanada del ocio Belga, alberga el parque de exposiciones, edificios comerciales, un parque de toboganes y juegos acuáticos, mini Europa y el Atomium. De lejos, el Atomium se erige impresionante y hace increíble la idea de que tiene casi 50 años de edad. Es, después de Postdammer Platz, lo más futurista que se me ha parado en frente. Fué construído para la exposición universal del '58, inevitables las comparaciones con Eiffel, diseñado en base a la estructura de los cristales de hierro. El elevador sube 92 metros en cosa de diez segundos y el vértigo se maximiza cuando apagan las luces y se deja ver el ascenso por el túnel iluminado. Desde arriba, Bruselas es un conjunto en el fondo del paisaje. Mini Europa no podía estar mejor ubicado: parece un gran ciudad vista desde muy alto y hace más real la sensación de recorrer una estación espacial. Adentro, hay varias esferas que pueden ser visitadas: la superior es un mirador y restaurante, la inferior es un museo de comics dedicados al edificio mismo, y en las esferas restantes hay desde reseñas históricas de la construcción hasta salas de reuniones.

Ya abajo, aproveché que estaba cerca del punto de encuentro para dar una vuelta por mini Europa, un sitio bien didáctico con un recorrido ligero y entretenido. El Vesuvio tiembla a tu paso, el Ariane despegar cada diez minutos, barcos bomberos apagan el fuego de una plataforma petrolera en el mar del norte cada vez que se presiona un botón.



Los niños realmente se preocupan por aprender nombres, capitales, himnos y formas. Pero se hicieron las 5. Corrí al punto de encuentro y llegué a dos minutos de ser el último. Fuimos a comer y a hablar de negocios en un sitio mexicano. Un producto interesante, una alianza estratégica, un trabajo conjunto, una evaluación, escuchamos atentos y ofrecimos lo que estaba a nuestro alcance: hacer pruebas de la herramienta a ver si era lo que necesitábamos. Satisfechos o no, era hora de fútbol.

Partido de apertura del torneo 2001 - 2002 de la primera división entre el campeón, Anderlecht, de Bruselas, y el visitante, Antwerp F.C., mi equipo sentimental, junto a los Tigres de Aragua. Más de 23 mil personas colmaban el estadio. Alrededor de 1/8 del estadio era de los visitantes: vestidos casi uniformemente de rojo, la barra de Antwerp justificaba su calificativo de la fanática más ruidosa de Bélgica. También la más violenta. Agredían verbalmente a los 7/8 restantes del estadio, que uniformados de púrpura y blanco, esperaban calmados y confiados del triunfo. Antwerp canta al unísono en flemish mientras los dos equipos calientan en la grama. Antwerp canta al unísono en flemish durante todo el primer tiempo de un partido bastante parejo que se va al medio tiempo sin goles. Con golpes de travesaño, bloqueos espectaculares del portero rojo y un guardameta blanco, De Wilde, haciendo ejercicios para mantener las piernas calientes. La estrella del Anderlecht, Gilleis De Bilde sale a calentar, pero no entra durante el primer tiempo. Son las nueve de la noche y aún el sol opaca la luz de las lámparas. Durante el medio tiempo, todos salen a tomarse una cerveza. Un anunciante ofrece una cerveza a cada fanático si Anderlecht golea con una diferencia de tres o más a su rival. Otro anunciante, Belgacom, uniforma de aguamarina las vallas giratorias.

Segundo tiempo, el hombre del micrófono anuncia que durante el descanso ha entrado a la cancha Gilleis... y todo el estadio grita "¡De Bilde!". Y señores, en cosa de cinco minutos, De Bilde se escapa sólo por la derecha, pase a Hendrickx al centro y se abre el marcador,



silenciando la barra de Amberes. Empiezan los comentarios: es que la defensa ha sido pobre, lo dejaron solo, hace falta velocidad. Antwerp F.C. se desanima visiblemente y en cuestión de minutos derriban un jugador en el área. Cobra De Bilde. Gol. Anderlecht 2, Antwerp 0. Barra Roja inexistente. Anderlecht aún con ventaja pierde oportunidades de gol clarísimas. Antwerp baja a defender. Cuando el Anderlecht cobra un corner sólo hay un jugador rojo decididamente atacando, algunos esperan un balón al borde del área, otros rodean el medio campo. Aún teniendo la defensa como tarea, se les escapa De

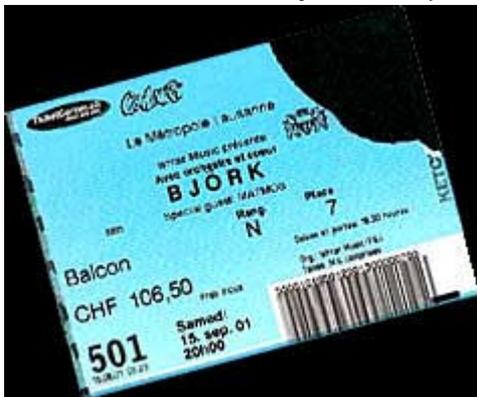
Bilde y los patrocinantes tiemblan cuando la diferencia crece a tres tantos. Pero les regresa la sangre cuando uno de los descabezados ataques de Antwerp introduce un jugador al área del Anderlecht, que casi de inmediato se lanza a la grama y se deja oír el pitazo del árbitro. Sin cámara lenta, binoculares, repetición instantánea o una queja gritona de Lázaro Candal, se asegura al unísono y tanto de cerca como a cien metros de distancia, tanto fanáticos del Antwerp como del home club, que esa vaina no es penalty ni en China. Pero es el gol de honor flamenco y como tal será celebrado. Se hace el silencio, se levanta el público de las sillas, es el momento de Antwerp, las vallas giran hasta coca-cola para teñir de rojo la frontera entre la grama y las rejas, el verdugo inicia su carrera, dispara, el portero se lanza y, maldita sea, detiene el balón. Siete octavos del estadio se levantan en un grito. Pero el otro octavo, contra todo pronóstico, tras unos minutos de respetuoso silencio, estalla en cantos. Por los quince minutos restantes, la barra roja grita y aplaude a su equipo hasta el pitazo final. Salgo del estadio con la determinación de ver a Antwerp en casa, contra uno de esos equipos que llegaron a primera división por azares del torneo.

Charla corporativa final y regreso en cola a mi casa, luego de un día largo e inusual.

Björk: un hada, un cisne

¿Quién demonios puede ser telonero de Björk? En el tren esa era la pregunta que se intercalaba en mi cabeza con las imágenes del amanecer en la costa del lago Neuchatel, el temor al frío y el brillo blanquísimo de los Alpes al fondo. Una amiga me esperaba en Lausanne: yo tenía tres años sin verla y un día, de la nada, acordamos un encuentro en Suiza para ver a Björk. Ella compraba los tickets. El día pasó entre museos, iglesias y paisajes del lago Léman con una observación inevitable: todas las mujeres de Lausanne son hermosas. Todas. Mujeres latinas, africanas, francesas, nórdicas y mediterráneas, pero todas hermosas. Y esto incluye a Hop y Andrea, que me recibieron a media tarde con bebidas y una conversación alegre. Al rato nos acercamos al Metropole, un teatro con capacidad de menos de mil personas (me pareció tan grande como el Ateneo de Maracay) que funciona en los bajos de la torre Bel – Air, el único edificio alto de la ciudad. La intimidad del ambiente le daba aún más valor a la experiencia. Nos tocó la última fila y la visibilidad era perfecta cuando se respondió mi pregunta: probablemente los mejores teloneros para Björk sean los músicos de Björk. Sí, Matmos grabó junto a la islandesa el álbum Vespertine. Tocan un blues del espacio. Temas acústicos que derivan sutilmente en lo electrónico. Músicos absolutamente versátiles, capaces de hacer música difícil de catalogar dando golpes a un globo mientras un ruido sale del sampler. Un tema lo interpretan casi por completo con golpes a distintas partes de una jaula de pájaros. En Internet se puede conseguir al menos un tema de ellos, Sun on 5 at 152, que interpretaron con exactitud increíble.

Salimos, pero antes de terminar la coca-cola, empezaba el espectáculo. La escenografía no había cambiado: una plataforma para los secuenciadores y sintetizadores con lámparas que para iluminar hacia adentro semejaban el cuello de un cisne. Sólo eso y el foso de la orquesta. Una luz ilumina a la audiencia y sin aviso, ella la bloquea sentada en una silla. Luz cenital y caen mil pétalos de rosas blancas mientras ella juega con una caja de música, cuyo sonido es el tema Frosty, del Vespertine.



Continúa con All is full of love, demostrando que su voz es real. Los aplausos la hacen saltar y darle palmadas a los Matmos, y si a esa emoción le sumamos el traje negro con falda de plumas, semejante a un cisne negro, parecía una niña. O un hada. Le siguieron unos siete temas de Vespertine en los que resaltó la participación de la orquesta y un coro de cerca de diez niñas groenlandesas (jamás pensé que un día escribiría esa palabra). Interpretó también I've seen it all del soundtrack de Dancer in the dark, cantando sus líneas y las de Thom Yorke. Luego vino el intermedio.

“Now it's time for the well-known songs”, me dijo Hop al ocupar de nuevo su asiento. El fondo de dibujos árticos era ahora un imaginario zoológico invertebrado. El cisne regresa de rojo y de las plumas de su falda cuelgan cascabeles que suenan a su paso. Hace ruidos con su respirar que dejan identificar al rato un ritmo. La releva con suspiros o rugidos la líder del coro y tras un par de minutos la apoya la orquesta con los acordes de Hidden Place en un crescendo increíble. Toda la última fila se puso de pie. Y no se sentó más. El resto del público se nos uniría luego, casi al final. La sección electrónica hizo su entrada con uno de los músicos barajando un mazo de cartas junto al micrófono. Aplausos y gritos identifican el comienzo de Venus as a boy. Isobel, Joga, Hyper-Ballad, Bachelorette, con cada tema había más potencia en la voz, más brincos y más sentidos “merci beaucoup”. La entrada de la orquesta en Isobel es orgásmica, canta Joga como en los brazos del amor de su vida, el final de Hyper-Ballad es absolutamente bailable, así como la versión casi hip-hop de Bachelorette. Se va el hada y una ovación clama por su regreso sin pausa. Al menos 5 minutos de aplausos, gritos y silbidos la traen de vuelta. Ella y su pianista (Zeena, también tocaba el arpa) interpretan Anchor song. Los gritos

regresan con los primeros acordes de Human Behaviour. Todos de pie y bailando hacen mayor la tensión de esta versión de su canción-bandera. La percusión, las cuerdas, la voz, nadie sabe de dónde sale tanta energía que en un grito lleva a Björk a brincar de un lado al otro del escenario.



Se va de nuevo, pero regresa para cerrar con un tema inédito, It's in our hands, aderezado con aplausos.

Fuimos a tomar algo para regresar poco a poco al mundo, al pentágono, Bin Laden, las torres gemelas y luego a dormir. Al día siguiente sería Ouchy, en el borde del lago, el museo olímpico y tomar el tren de regreso, donde escribir esta crónica se me intercala en la cabeza con la pregunta: ¿Qué hacen en Lausanne con las mujeres feas? ¿Las fusilan? ¿Las deportan?

O. 16092001

Ladies and gentlemen we're floating in space

El disco más reciente de *Spiritualized* es una sorpresa desde la portada. Una de las pocas bandas experimentales (populares) británicas, demuestra que no son sólo una novedad musical y utilizan su empaque como molde plástico para la cara de una niña japonesa. Ya en el disco anterior, habían convertido toda la información del disco en la de un medicamento a ser aplicado por vía aural. Contenido: 1 tableta = 70 min.

Musicalmente, aunque la banda tiene una alineación nueva, mantiene una marcada relación con los trabajos anteriores. Hay temas amargos y felices, lamentos y literales oraciones de salvación. Juegan a revisitar un poco el soul, el gospel y el rock and roll. Casi todas las canciones incluyen una importante participación orquestal con la que hacen aún más complejas las interpretaciones, a ratos, nos encontramos rodeados de instrumentos que parecen ir por caminos irreconciliables y que en conjunto arman una pieza de armonía perfecta.

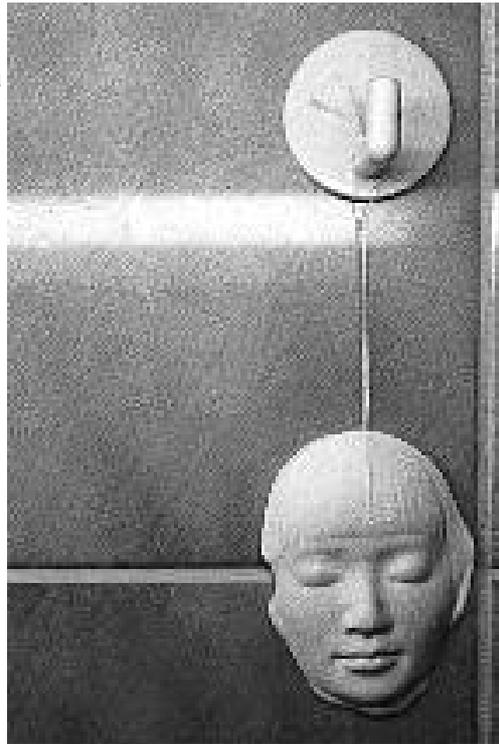
Mientras *The twelve steps* es violenta y rocanrolera, de guitarra, bajo, batería y harmónica, *Out of sight* es melancólica y una sección de vientos enérgica acentúa el dramatismo de la letra. *On fire* abre el disco con piano de blues y coros, *Do it all over again* y *Stop your crying* son el lado naive del disco y el crescendo de *Don't just do something* es quizás el vínculo más directo con los trabajos anteriores.

Tan sorpresiva como el mismo disco es la gira que acompaña la presentación del *Let it come down*. El ambiente lo prepara, no muy bien a juzgar por la reacción de la gente, el DJ Ashley Wales, con un set de música minimalista más bien desastrosa. Mucha gente salía del Hof Ter Lo de Amberes a tomar una cerveza, muy pocos estaban dentro y daba la sensación terrible de llegar primero a la fiesta. La tarima está a reventar, en la penumbra es difícil distinguir entre los aparatos que la pueblan. El público es variopinto, pero se hace frecuente ver franelas raídas de la gira del disco *Pure Phase* y las franelas nuevecitas de esta gira que hacen brillar el rostro de la japonesita en la oscuridad.

Tras muchos problemas técnicos que prolongan la presencia del DJ Wales, al fin entran a la tarima los catorce músicos. Siete conforman la sección de metales; bajo, batería y una percusión que incluye un xilófono; teclados y tres guitarras incluida la del líder de la banda: Jason Pierce, a.k.a., J. Spaceman. El setlist está pegado en el suelo y todos saben que el concierto arranca con dos cortes del *Ladies and gentlemen we're floating in space*: el blues de *Cop shoot cop* y sus violentas interrupciones se prolonga por cerca de quince minutos y se enlaza misteriosamente con una muy ruda *Electricity* que extiende su final con una descarga que recuerda a Sonic Youth, de estroboscópicas y golpes inclementes a los instrumentos. Las luces entran y encienden y aún desde el borde de la tarima cuesta darse cuenta del momento en que la descarga de *Electricity* cambia a la melodía dulce de *Shine a Light*, que implica al menos el cambio de todos los pedales (uno de los guitarristas tiene de un momento a otro una guitarra distinta) y sorprende a todos a juzgar por los fuertes aplausos de una sala a medio llenar.

Busco en el setlist mi favorita, *No God, only religion*, pero no está. Mejor así, no hay nada tan desagradable como esperar durante todo el concierto una canción que no llegará.

Electric mainline es sostenida por los tres guitarristas con el mismo ejercicio de prestidigitación en distintos trastes en un intermedio instrumental seguido por el rostro casi



inexpresivo de Spaceman durante las ligerísimas variaciones vocales de *Out of sight*, que en vivo es avasallante, y *On fire*.

En ese momento, me confunde que una de las guitarras con el overdrive al máximo imita lo que hace una sección de cuerdas en *No God, only religion*. Reviso de nuevo y allí está, escondida bajo las iniciales NGOR. Redobles imposibles de batería, la gente grita "Excellent!" pero Pierce sigue en silencio, recibiendo aplausos inmutable. El primer segmento termina con una *Don't just do something* grandiosa y el encore con una brutal *Come together*. J. Pierce se despide con un parco "Thank you".

Los aplausos los traen de vuelta. Entra Spaceman de último aplaudiendo al público que ha gritado sin cesar por casi diez minutos. Fuera de programa, interpretan *Lord can you hear me*, el outro del *Let it come down*, para cerrar un concierto impecable.



Every Clubbing soul

Le conté a O y me dijo que lo escribiera y me cedió su espacio. Le dije que no sabía nada de música o escritura y me dijo que no me preocupara, que todo el mundo perdona que un fotógrafo eche un cuento. Sólo por eso escribo.



Hace cosa de un mes vi un video, entre dormido y despierto, que me espantó el sueño a las 2 y media de la mañana. Era el "Frontier Psychiatrist" de The Avalanches. Sencillamente era una vaina demasiado volada como para haber sido hecha por humanos. La música era lo que vendría a ser un par de DJ's contrapunteando, con batería, bajo y guitarra en vez de arpa, cuatro y maracas, y las imágenes daban la impresión de que los tipos eran los Monty Pythons metidos a músicos. Una tortuga con cabeza humana, un par de psiquiatras

insultándose, un duelo vaquero al fondo, junto a las trompetas, con cortinas de salón al fondo. Una paloma del tamaño del pollo Maggi corriendo por el escenario y una viejita tocando la batería. Eso bastó para conectar con los dedos temblorosos la computadora y comerme las uñas mientras audiogalaxy me enviaba la canción.

En los días siguientes seguí buscando cosas del grupito.

Australianos, de Melbourne, habían tocado en varios festivales importantes en el verano (entre otros el Benicassim de España y el Pukkelpop de Bélgica, junto a Red Snapper). Venían precedidos por un álbum debut tan exitoso como el primer trabajo de Groove Armada, se encontraban de gira y el mes siguiente pasarían cerca, no como banda, sino como un DJ set. Una discoteca en Gent. Eso, para un fotógrafo significa fotos de la banda. La seguridad en las discotecas está menos pendiente de las cámaras que en los teatros. Y como la gente se mueve más y se acerca menos a la tarima, se pueden hacer buenos acercamientos y exposiciones largas sin que lo golpeen a uno y la foto se vuelva un asco. Ya un trípode es para profesionales. Yo, amateur hasta la muerte.



Las budgies, Dympy y Mireia, tras buscar el Culture Club (y encontrarlo demasiado temprano), que en la página que anunciaba la gira (<http://www.bigmouth.co.uk/>) aparecía como Royal Club, y que al final eran el mismo sitio, me llevaron a tomarnos una merengada de Bailey's en un bar irlandés y me preparaban porque "we were going to find every clubbing soul in flanders". Qué buena la merengada.

Se hicieron las diez y nos lanzamos a la rumba. El Culture Club es grande. Tiene 2 ambientes que casi no están separados, pero que son completamente distintos. Desde la sala pequeña, a través de una lámina acrílica, se veía casi vacía la sala grande. Unas bebidas amenizan la espera. Flores se abren en la

pantalla gigante. Cuatro platos esperan a los DJ's de The Avalanches, mientras los residentes se limitan a poner un tema tras otro en el mismo aire electrojazz de Buscemi o St. Germain. El local se va llenando y las chicas se levantan del sillón rojo del primer salón.

Las flores se van de la pantalla y un minero gordo hace su mejor esfuerzo por seguir los pasos de dos bailarinas tipo Geri Halliwell en It's raining men, aleluya. Se trata del video de Since I left you que anuncia la llegada de las estrellas. Desde atrás, donde estamos nosotros, el toque es un desastre. Suenan interrumpidamente mariachis, polkas, vallenatos. Un vals que unas babyfreaks bailan en medio de la pista. Ruidosos scratches unen beats irreconciliables. Mireia se empieza a ladillar, Dymps siempre se mantiene calmada. El instinto me lleva al frente y abriéndome espacio entre el gentío el sonido se hace más claro. Mientras más cerca estoy de la tarima, hay menos gente indiferente o bailando y más gente boquiabierta. Las budgies tenían que ver eso, así que las busqué.

Nos instalamos en primera fila. Nuestros vasos ocupaban la misma mesa que los tocadiscos. El intro, esa amalgama de ruidos, era una demostración de las habilidades de DJ Dexter, luego vendría la fiesta. Con perfecta fluidez la música va de Billy Jean de Michael Jackson a music:response de los Chemical Brothers. Un grito de Axl Rose termina el intro de Welcome to the jungle y da paso a Underworld.

Ya no hay un alma que no baile y yo tomo foto tras otra, sin flash por lo de la ilegalidad. Pero quedaba poco en el rollo, así que regresé a bailar con las muchachas. El fotógrafo del local tenía al menos dos flashes y encandilaba con cada foto. Le pregunté si me podía vender un rollo y pensó que yo era el fotógrafo oficial de la banda y dejé que lo creyera. Me regaló uno de 800 ASA y me dio permiso de tomar fotos desde el espacio de los DJ's residentes. Y por supuesto, pude usar el flash sin remordimientos.

"That boy needs therapy" se oía detrás de los temas, tímidamente, pero por más que todos invocáramos música propia, sólo sonó el "Since I left you", quizás por hacer un poco de caso al video que se repitió durante las dos horas de scratches, risas, bailes y exposiciones largas en tonos violetas y rojizos que pocas veces fueron interrumpidos por codazos o brincos mal dados.



Dato del mes

El dato del mes de Enero es el tema "Frontier Psychiatrist", de The Avalanches. Las razones, primero, porque apenas conseguí la canción estuve agitando la nuca ininterrumpidamente por tres semanas y segundo, porque un contrapunteo de DJ's tan bueno no se encuentra a cada rato. Ahí les dejo esa.

El Jhonny Rotten de la salsa

Corre el año de 1999. Durante la última serie de miércoles insólitos que recuerdo, estaba planificado un toque de Sur Carabela y La Muy Bestia Pop que nunca tuvo lugar. Escribí a los organizadores a ver si tenían otra fecha tentativa o algo y no tuve respuesta por bastante tiempo.

Unos días más tarde leí en el periódico que había muerto Cayayo, el mismo día que PAN iba a tocar en el Radio City, caminando por Sabana Grande. Me pareció burda de triste, porque el pana era joven, primo de una amiga y porque Sentimiento Muerto, Dermis Tatú y PAN eran de las mejores bandas que había oído en este país. Pero realmente me pegó cuando abrí el correo, ese mismo día. Entre muchos otros acumulados de varios días, tenía un mail de Carlos Eduardo Troconis en el inbox. Casi me da una vaina. Me permito transcribirlo textualmente (y espero no molestar a nadie con eso):



Date:	Tue, 09 Nov 1999 12:04:57 -0300
Subject:	Re: sur caravella / Insolitos responde
From:	"Carlos Eduardo Troconis" <insolitos@cantv.net>
To:	"Orlando Verde" <overde@yahoo.com>

Hola Orlando, te escribe Cayayo, uno de los organizadores de los Miercoles Insolitos, para mi es mas que lamentable la suspension del dia de Sur Caravela y La Muy Bestia Pop, La Muy Bestia se nego a participar por cuestiones de ego al tener que compartir los porcentajes de taquilla por igual junto a La Corte Y PAN, ciertamente merecian estar y en calidad protagonico pero por razones del elevado cosdto del alquiler del Radio City tuvimos que reducir los dias quedando como unica oportunidad para La Muy Bestia Pop el mismo dia de PAN y La Corte, es decir, el miercoles de arriba, el 17, quedamos a pesar de semejante desilucion en buenos terminos y con futuros planes para el 2000 pero para este a_o no creo que podamos conseguir el dinero para producir el concierto de su reaparicion.

Gracias por estar atento, si no lo sabes, las entradas quedaron a 4000 bolos y las estan vendiendo en Esperanto (C.C. Vizcaya y tiendas Neutroni ademas en las taquillas del Radio City el dia del evento) la funcion arranca puntual a las 8:15 pm dando puerta a las 8, tocara primero Culto Oculito con un repertorio nuevo (bien Interesante), luego La leche y cierra Caramelos; particularmente te recomiendo la fiesta post-concierto en la discoteca Moebius en la calle Madrid de Las Mercedes a partir de las 11 pm creo que a 2 lucas la entrada y lo mas importante es la presentacion de BACALAO MEN que es algo como acid-salsa trip hop bien particular, si no, ellos estaran compartiendo con Desorden Publico en el cierre el sabado 4 de Diciembre en el Radio City.

Cualquier informacion adicional no dudes en escribirme.

Chao.

Cayayo

El festival fue suspendido, por supuesto, y desde ese momento busqué a Bacalao Men, para ver de qué iba la cosa.

Uno de los fines de semana siguientes tocaron en Corp Banca una mañana. Alguna gente subió a la tarima a expresar sus condolencias (al menos Argel, vocalista de PAN, y Cangrejo, de Seguridad Nacional y algo así como el cuarto integrante de Dermis) y Bacalao hizo una improvisación para Cayayo. El toque fue extraño, pero para jamás haber oído al grupo, muchos temas se me quedaron en la cabeza.



Luego vinieron toques en el MACCSI (junto a los amigos invisibles, ver foto), en la Terraza del Ateneo, en el auditorio de Corp Banca, en el Teresa Carreño, como teloneros de Cerati, en el Festival de Nuevas Bandas 2000 y el legendario mano a mano en la Casa Italia, contra Team Malín. Y siempre pasaba algo distinto. Nunca tocaban todos los temas: el Vigilante sonaba pocas veces, pero todas eran brutales o a José le anexaban un freestyling con el MC Chupacabra de la Sonora Ponzóna o se subía una loca a hacer un performance improvisado durante La Construcción. A veces proyectaban el dibujo

del tipo de la emulsión de Scott, marca registrada, o montaban algún tema punkeado. El pana del corno (Rainer Ossot) siempre tenía pinta de recién haber terminado de echarle bolas en la oficina: a veces, entre un tema y otro era que se quitaba la corbata. En el toque con Team Malín alguien llamó a Pablo Estacio el Johnny Rotten de la salsa. Me dio mucha risa. En el MACCSI, improvisaron junto a los amigos un boogaloo.

De vez en cuando sonaba Cucaracha en la radio y hasta llegó a haber un unplugged en Sin Sueño, de Hot 94, con una versión brasileña de I Wish My Fish.

La pregunta entonces era ¿Qué esperan para sacar el disco?

Hoy lo tengo en mis manos. Y el temor a que el producto del estudio no diera la talla frente a la fuerza que tienen en vivo ya no existe. El disco, de 55 minutos y algo, puede ser oído una y otra vez y cada vez habrá un elemento nuevo.

Las pistas son complejas mezclas de percusión, bajo y batería sostenidas, con detalles agregados por la guitarra de Rafa Gómez, los scratches de Hernia y el saxo de Aurelio Martínez. Las letras son a ratos absurdas y a ratos violentas, pero nunca dejan de ser divertidas. La grabación está enriquecida con samples y secuencias que en vivo no habían utilizado y hay enlaces sonoros como la voz de Simón Díaz en El Picó, o un verso prestado de Rubén Blades en San Judas Tadeo.

Bacalao Men no oculta nunca la influencia del sonido de la Fania, pero un tema tan salsoso como Los Perros, por ejemplo, se transforma de inmediato, con el overdrive de la guitarra y los redobles enérgicos de Sebastian Araujo en la batería, en esa salsa rara que los distingue pero que citando a Rafa "todavía se puede bailar".

Quemando Flux es una joya. La percusión de Vladimir en I Wish My Fish es bestial. El trabajo vocal del Vigilante da una sensación viva de crescendo. En resumen, el disco debut de Bacalao Men es un excelente trabajo, de esos que aparecen cada cierto número de años en la discografía nacional.

Dato del mes

El dato del mes es, valga la redundancia, el disquito de Bacalao Men. Por las razones antes expuestas y porque el único detalle que no me gustó del disco fue el nuevo final de José. Del resto, excelente.

You little punks think you own this town

Eels, *Souljacker*

Un día que estaba lloviendo parejo me encerré en una tienda de discos a pasar el rato. En las máquinas esas de muestras gratis en las que usualmente está Kylie Minogue o el último disco de Shakira, sorpresas te da la vida, estaba el último disco de *Eels*. Sus discos anteriores eran bastante crípticos para mi limitado entendimiento y por eso no los había escuchado sino un par de veces. Estaba en una época en la que sólo oía discos que me atraparan de una, rock sin mayores rodeos. Me puse los audífonos y empecé a batir la nuca hasta que unas mamis me empezaron a ver raro. La cabeza la seguí agitando, pero con discreción. *Dog faced boy* abría con una guitarra pegajosa y la voz enérgica de Mark Everett, a.k.a. E, gritaba “You little punks think you own this town” y yo sentía que era la primera pista de un disco histórico. “Seguro es la única buena”, me bajé las expectativas a propósito. Segunda pista y el bajo se me quedó pegado en la cabeza para siempre: la gente se dividió en dos esa tarde: los que me decían que ya basta y los que terminaban haciendo el ruidito. Me salté dos canciones suaves y me dije que tenía razón, que nadie podía sostener tanto rock por mucho rato, pero tras dos clicks de >> estaba una pieza llamada *Souljacker part I*. No podía ser cierto, nadie hace un disco tan bueno en estos días. Lo dejé porque se hizo hora del cine. Volví al la semana. Mientras escuchaba esta joya leía el artículo del DJ Killingspree en el que decía, refiriéndose a *Souljacker*, “this shit, y’all, this shit is biblical”, frase que refiriéndose a CUALQUIER otra cosa me hubiera sonado sobreactuada o a slogan. La segunda vez que uno escucha *Souljacker*, sigue roncanroleando, pero salen a flote elementos nuevos. El bajo de Kool G Murder es impecable. Las letras narran historias absurdas de una manera hermosa. “Woman driving, man sleeping/there’s no radio to play” o “the world needs to know you’re here/so spread your wings and fly my dear” son frases que oyes y te acercas, a ver si pescas otra. Y uno sigue oyendo y sin dejar de disfrutar el rock, empieza a dar favoritismo a *Fresh feeling* (que samplea un tema propio, del Daisies of the galaxy) o *Bus stop boxer*. Cada vez que uno oye *Souljacker* es una experiencia, hacía tiempo no encontraba un trabajo nuevo que pusiera en el repro y no hubiera forma de dejarlo como música de fondo, de no prestarle atención. El disco cuenta además con la participación de John Parish quién tiene en su haber nada menos que trabajos en conjunto con PJ Harvey (Parish produjo el excelente “To bring you my love”). Por si esto fuera poco, se dan el lujo de ser dirigidos por Wim Wenders para el video de *Souljacker Part I*, filmado en una prisión del servicio secreto ubicada en la antigua Alemania del este. No me queda más que citar una vez más al DJ Killingspree: “Welcome, friend, to the hardest rocking substance known to man”.

Trip hop y demás criollismos

Sur Carabela, *Debut*

Salida de emergencia era un programa que existía en Maracay en la época de Sonoclips. Me hice devoto, con catorce años, al programa conducido por Alejandro Basilev cuyos controles eran manejados por la Pato Carmuega. Descubrí, tarde en las noches, el rock argentino, el grunge y que había algo más allá de Michael Jackson, New Kids on the Block y Bon Jovi. Me mudé a Caracas y no sabía de dónde sacar un sustituto para esa guía. Rockadencia tenía días buenos y en general, eran demasiado comeगतos para mí. Ivette Ciabaldini, seguro escribí mal el nombre, era la voz de unos de los programas que logró sustituir en mi concepto de radio a Basilev y la Carmuega. Cosmobaby, programa que según creo ya no existe, me presentó a Morcheeba, a los Dub Pistols, a Cibo Matto, a Portishead y a mucha gente que por falta de tiempo o de norte o de recursos, no tenía otro sitio en el cual

encontrar. De la época de Rockadencia, jamás logré volver a oír ni una pista de Grillos mientras tanto y por eso empecé a grabar los temas que más me gustaban. De la época de la Cosmobaby, jamás volví a oír a Sur Carabela. El tema homónimo sonó varias veces y nunca pude grabarlo, aunque se me quedó fijo en la memoria. Como es tradición en la movida musical caraqueña, si uno quiere ver una banda tiene que investigar, porque los medios no ayudan, pero por más que busqué, nunca había nada de *Carabela*. En la serie de Miércoles insólitos del '99 por fin apareció el nombre, pero justo ese toque lo suspendieron, por las razones expuestas el mes pasado. Hasta que llegó el día: 24 de marzo de 2001, compartían tarima con Fauna Crepuscular, que presentaba su primer disco, *El primero siempre es rápido*. Había mucha gente ahí por la fauna, pero algunos estábamos esperando el trabuco de Sur Carabela.

El proyecto original, que tenía a Valeria García en la voz y a Oswaldo Rodríguez en las secuencias, ahora era un bandón con nada menos que al ex-PAN Wincho Schäffer en el bajo y hasta un MC. La voz de Valeria seguía impecable, Wincho hizo una versión en solitario de un tema de PAN y nunca terminé de entender qué hacía ahí el MC. La cosa sonaba de lo más Bristol y me alegró reconocer el tema que abría, el mismo que esperaba no oír nunca más. El disco no podía defraudar, porque el sonido que producían en vivo estaba demasiado bien acoplado.

Tatjana me lo mandó a finales del año pasado y era predeciblemente perfecto. Mitad en español mitad en inglés, es un producto completamente mercadeable a nivel internacional. Los temas *Deal*, *Lejos de aquí*, *Sur reciente* y *Cause* (tema que por fin me explicó la presencia de Clarkiman) son 100% radiables y desplazarían fácilmente a una Dido o a Hooverphonic, con el perdón de los fanáticos. *From us to us* me sonó un poquito demasiado al *Something I can never have* de Nine Inch Nails, pero no deja de ser un temazo. En algunas pistas participan músicos como Cayayo, DJ trece o Bostas Brain. Los scratches del DJ Baffa, las intervenciones de la guitarra y la sutilidad de la batería hacen pensar en las horas de laboratorio que se invirtieron para depurar el trabajo de Sur Carabela; los temas tienen una carga de sensualidad y de ausencia urbana imposibles de obviar. El disco cierra con un tema que no tiene nada que envidiar a los mejores blues de Biella D'Acosta y en general, da la sensación de un pop electrónico que nos es extraño que sea local, quizás por la factura, por el aplomo en escena o quizás, también, porque está dirigido hacia afuera. Ojalá lo logren.

Dato del mes

Dos temas son los datos de este mes: *Wild Wood* de Paul Weller, pero no la versión normal, no, la vida no es tan fácil. Existe un b-side en el que la canción está remezclada por Portishead que, por cierto, vendrá con disco nuevo para abril o mayo. Un temazo. El otro es el *Foguete de reis o A guerra* de un grupo brasileño llamado Cordel do fogo encantado. Si Pablo Estacio es el Jhonny Rotten de la salsa, estos tipos son los Sex Pistols de la samba. Una agrupación conformada por una guitarra acústica, tres percusionistas y un vocalista que, pandereta en mano, se entrega en escena que ríete de Eddie Vedder en sus años mozos. Canta, declama, baila y hace pucheros. Un grupo que balancea la escena y la música de manera sorpresiva en temas alegres y poéticos.

El nocturno entretenimiento anarquista

Me gusta creer, no sé si así ocurrió, que Die anarchistische abendunterhaltung, también conocidos como DAAU para resumir, fue en algún momento uno de esos grupos de muchachos de pelo largo, desaliñados, que ensayan impromptus en las calles empedradas de Brujas o Edimburgo. Al menos es esa la impresión que dan cuando improvisan la introducción a las casi dos horas de nocturno entretenimiento anarquista.

La agrupación nació en 1992 de la mano de Roel Van Camp en el acordeón, Han Stubbe en el clarinete, Simon Lenski en el cello y Buni Lenski en el violín, quienes se reunían en jams de horas ociosas a interpretar temas en esencia académicos que alternaban entre guiños a Vivaldi y a los Beatles. En 1997 aparece una grabación de la gira de 1996 que contiene varias partes de la pieza Drieslagstelsel. El siguiente año, para su disco *We need new animals*, incorporan batería y teclado, manipulados por Jason Lewis y Phil Evans respectivamente. Evans colabora en la producción del larga duración y además los influye en la exploración de nuevos ritmos, como el reggae o el flamenco.

Había oído hablar algo de ellos y ya en un par de festivales había dejado de verlos por haber otra cosa más llamativa. Además, según lo que pensaba del grupo, no es el tipo de música que oíría en un festival. Pero recientemente anunciaron una gira corta por teatros de unas mil personas y me pareció que podía ver ambas cosas: un importante teatro flamenco y un toque de DAAU en un ambiente acorde con el grupo.

El Bourlaschouwborg es una sala impresionante. Desde el centro del cuarto balcón, rodeado de estudiantes por ser la única sección a precio reducido, me hizo falta que Tatjana cariñosamente me explicara los capiteles, el marco del escenario y la circunferencia decorada del techo.

A juzgar por los rostros curiosos, las franelas y los dreds rubios, al menos no era el único newcomer de una sala quizás acostumbrada a galas de teatro y trajes de firma. Roland no paraba de recriminarse no haber traído un ojo de pez para tomar unas fotos alucinantes del terciopelo rojo de las sillas. Para evitar inconvenientes, le sugerí que guardara la cámara bajo el asiento, pero apenas empezaron a bajar las luces del tercer balcón, las únicas evidentes, dando protagonismo a los agudos violines que desde el fondo contribuían a la sublime atmósfera, la sacó y empezó a



medir la luz. La gente se debe haber reído mucho de ese par de tontos, el que busca un cachito de luz para escribir y el que casi no ve el concierto sino con el ojo derecho y a través del lente.

Una luz azul rey ilumina una pantalla al fondo y convierte los instrumentos en sombras hasta que entran los cuatro músicos originales de la banda. Improvisan una introducción que se va acelerando mientras las luces se acercan al rojo. Simon Lenski, en el cello, descarga agitando la cabeza mientras frota las cuerdas para terminar el intro con la parte VI de Drieslagstelsel. Con los aplausos entran a escena el baterista y el tecladista y mientras un pizzicato de cello y violín dirige la música, el soplido del clarinete marca la entrada de 4 potentísimos reflectores que desde las esquinas dramatizan la descarga. Ya al cuarto tema, desde lo tan alto, se distinguen las hebras de hilo que se desprenden del arco del violín. Un tema que el clarinete hace sonar a desierto y medio oriente coloca un sol rojo en la pantalla,

al fondo. Dejan colar un verso de Carmen que el teclado sostiene mientras los demás aceleran variaciones hasta el paroxismo.

Una voz presenta el siguiente tema en neerlandés y en inglés. No pocos murmullos traducen al francés, lo que obliga, entre risas, a que el micrófono repita “Oui, oui, la prochaine chanson s'appelle Gin & Tonic”, para dar inicio al clímax del concierto. Las versiones que hacen de Gin & Tonic, Life Transmission (tema que da título a su más reciente disco) y Hot Shades se acercan decididamente al Drum n´ Bass con la presencia del bajo que proviene del sintetizador y la rapidez de la batería que da la impresión de una secuencia de fondo que no existe. Hot Shades se interrumpe un par de veces por un chá chá chá disimulado. El violinista se transmuta entonces en cantautor para cerrar a la española, pero los aplausos obligan un encore de dos temas fuera de programa.

Los músicos se despiden, las luces finalmente entran y entre aplausos dispersos y emocionados, se repite con silbidos el tema de cierre, una versión en la que clarinete y violín se disputan el protagonismo del Paint it black de los stones.

Antes de salir de la sala, me acerco al parterre a robar el playlist que yace al pie del cello abandonado mientras Roland me confiesa que cree que sus fotos son una burla. “Sin llorar”, le digo justo antes de que nos digan que están cerrando el teatro.

Dato del mes

Me voy de poco imaginativo este mes y dejo solo un dato: hace unas noches prendí de madrugada la radio y sonaba una oda a la musica lasciva: Red right hand de Nick Cave and the bad seeds. Creo que desde Wicked Game ninguna canción me sonaba tan carnal como esta. Y bueno, si encuentran el Drieslagtelsel parte dos de los DAAU, la pegaron del techo.

Datos biográficos obtenidos en <http://www.daa.u.com/>

Foto del concierto y pobre traducción neerlandés – español de los datos biográficos por Roland Devereaux.

Bounce yo´ head

Us3 & DJ First Rate

El 3 de marzo de 2002 fue fatídico desde el comienzo. Pero a la vez, una demostración de que se puede disfrutar las cosas que salen mal. Empezó, como todos los días del tiempo, a medianoche, celebrando mi cumpleaños con una fiesta aburrida y vecinos molestos golpeando las paredes. Primer revés: decidí que nos íbamos a otro lado y los que estaban aburridos se fueron. Quizás sólo se quedaron los fieles a la causa. Total que la fiesta se convirtió en 4 panas echados en el suelo, oyendo música, acabando con los pasapalos y las cervezas, lo cual es enteramente disfrutable.

Pero la cosa siguió mal: ese domingo me desperté a la hora en que debía estar en el programa de radio, debido a un sueño engañoso en el que la hora permanecía invariable en la media hora anterior al borde. Sin embargo, el programa quedó bien aún cuando mi tono de voz evidenciaba pedaleo a velocidad poco acostumbrada.

Decidí ir temprano a Bruselas. Ver una expo, comer, caminar; jugueteo previo al concierto de Us3. Y dejé la cartera en mi casa. Sólo tenía mi cámara, mi libreta, la entrada y el pasaje de tren. Así que, sin dinero ni para ir al baño, vagué. Primero, con ideas pesimistas sobre el frío o el estado de mis rodillas, decidí caminar hacia el Palacio de Justicia. Su dominio absoluto sobre Bruselas lo convierte, más que en un mirador, en una máquina de paz. Tampoco había visto antes el Palacio Real y tuve que reconocer, entre el sightseeing y lo humano de la gente, que no conocía Bruselas.

Se hizo la hora mientras descansaba en la Gran Plaza y me acerqué al Ancienne Belgique, que junto al Paradiso de Amsterdam conforma la totalidad de los clubes legendarios de los países bajos.

DJ First Rate, el telonero, es un tipo hábil. Soul y R&B con buena evolución y sin abusar del scratch, lo cual se agradece cuando, después de tanto DJ, uno extraña las canciones que fluían de una a otra sin estridencias. La sala se iba llenando poco a poco, de gente, de ruido y humo. Entonces tomó el micrófono: "Can I do some scratching?". Raspó los platos hasta con la espalda e hizo vainas que jamás, quizás por innecesarias, le había visto hacer a nadie. Utilizó música que ya antes habían utilizado los Bboys (en la versión en vivo de Root down que rodó con el disco del Tibetan Freedom Concert) y Prodigy (en Full Throttle, si mal no recuerdo). Cerró su set de poco más de 30 minutos con el Sure Shot de los Beasties intacto. Lo dejó rodar mientras recogía sus discos.

Us3, la banda de Geoff Wilkinson no escapaba del sino de un día misterioso. Cuatro temas, veinte minutos y ya habían presentado a los integrantes sin mayor brillo. El bajista se quejaba constantemente por los monitores. El DJ First Rate, con intervenciones limpias, era ahora libre para hacer maromas. Wilkinson se limita a poner las pistas en un podio desde el que parece decir "aquí el que manda es el de anaranjado".

La alineación es casi por completo distinta a la que en 1993 protagonizó el revival de Blue Note Records que hoy lideriza St. Germain, la que sampleó a Herbie Hancock para el ya clásico Cantaloop/Flip Fantasia. Incluso el espíritu back-to-the-roots de los inicios parece extinto cuando casi una hora de concierto parece un programa mas de MTV en hora de rating, de esos que ponen un video de Usher, uno de Destiny's Child y otro de algun rapero falso, como formula infalible para la felicidad de los shareholders. El bounce yo´ head se extiende hasta los versitos que popularizó ¿quién? ¿Ice cube? Que van del "everybody in the house let me hear ya make some no-oise (no-oise)" al "come on move yo´ hips like this" golpeando gravemente el "hips".

Pero basta con reparar los monitores del bajista para que se haga New York en los años treinta: durante varios temas que incluyen, no por casualidad, al Cantaloop, aumenta la proporción de emocionantes monólogos de saxo, duelos entre una trompeta y una voz femenina que se disputan el tono más alto, una monotonía complicada en el bajo que de vez en cuando se permite una variación brillante o First Rate raspando con la nariz. Y Wilkinson en el centro sólo apunta a quien recién finaliza un solo y parece aburrido en su empíreo de "genio creador".

Yo pondría un baterista. Yo me haría a un lado. Yo, de ser Wilkinson, produciría el grupo, o aprendería a tocar algo. No me aparecería de anaranjado, a presionar play y pause en la batería electrónica. Y le pondría más jazz que pop al crossover. Pero yo sólo echo los cuentos de los conciertos que tengo la suerte de ver cada cierto tiempo.

El dato del mes

El dato del mes son dos temas, uno viejito y otro más reciente, que involucran a los Dub Pistols. El primero es Cyclone, tema que la cosmobaby hizo rodar hasta el hastío hace unos años. Rap sobre un sample de los Skatalites. Una pieza. El segundo es un duelo entre Molotov y los susodichos Dub Pistols que abre la banda sonora de Y tu mamá también. El tema es Here comes the mayo, con un ligero vínculo sonoro con el Jump Around de House of pain, para seguir en la nota del bounce yo´ head.

Christina sucks, Britney swallows

Jarvis Cocker, vocalista de Pulp, afirma durante su presentación en el festival británico de Glastonbury del año '98 que los festivales son acerca de la libertad de elección. Esa es la base que sostiene el agrupar en un mismo concierto almas tan disímiles como Suzanne Vega, Beck Hansen, Sting, Manu Chao y P.J. Harvey por sólo mencionar ejemplos. Las giras de casi todos los artistas coinciden en la nómina de los distintos festivales que ocupan el verano europeo y atraen decenas de miles de fanáticos que acampan por dos o tres días de alcohol, comida chatarra, sol y música. Uno de ellos, Rock Werchter, donde se ha presentado gente como Radiohead y Pink Floyd, logró reunir en su edición del 2001 a más de 50 grupos, en un calendario que se extendió desde el mediodía del 29 de junio hasta la madrugada del 2 de julio, con interrupciones que se iniciaban a las 4 de la mañana hasta el mediodía siguiente, para dar un respiro a los asistentes. Yo llegué casi a las 5 de la tarde del 29. En la estación de tren había autobuses hasta el sitio del festival. Luego, una caminata de quince o veinte minutos de rejas tapizadas de afiches de conciertos de Iggy Pop y Patti Smith. Uno que otro repetía Christina sucks, Britney swallows, patrocinando una fiesta o un disco. La gente caminaba sin camisas, con morrales que a veces eran más altos que sus cabezas. Franelas de Deftones, Placebo y Weezer a la venta anticipaban a los invitados del fin de semana. Tres decenas o más de vendedores de perros calientes, hamburguesas y papas fritas con mayonesa delataban la naturaleza neerlandesa del evento. Coca-cola, Red bull, agua, todo costaba, al cambio, más de un dólar y ya era caro. Recuerdo que en Woodstock '99 un frasco de agua costaba hasta 3 dólares.



En la puerta, la aglomeración de los asistentes. Deftones entraba en escena. Alzándome sobre la gente podía ver a Chino Moreno bajar hasta la multitud en las pantallas gigantes. Cuando finalmente entré, ya montaban los equipos de Tool. Aproveché para dar una vuelta: tiendas de hippies, franelas, cerveza, colas enormes para la comida, stands publicitarios regalaban lanyards con el programa del festival. En el Pyramid Marquee sonaba música electrónica, pero había decidido no saltar de una tarima a la otra, por ser esta una tarea agotadora. Error. Es una tarea agotadora, pero necesaria. Odié Tool. El vocalista no transmite absolutamente nada, la música es monótona y la pantalla refleja las aventuras del mismo grotesco dibujo animado por una hora. Fun Lovin' Criminals hicieron que la gente agitara un poquito la cabeza con las canciones populares como Barry White y Scooby Snacks, pero más nada. Todo esto mientras en la otra tarima Goldfrapp, Talvin Singh y Buscemi daban un ambiente de fiesta a la pirámide de lona.

A las 9:30 y con el sol aún brillando se subió a la tarima la estrella del día, Manu Chao. La gente se agolpaba frente a la tarima y pululaban franelas amarillas con el mensaje Próxima estación, Esperanza. Un grupo de mexicanos estaban en la primera fila sosteniendo una franela de Hugo Sánchez y una bandera. El concierto fue casi idéntico al ofrecido en el estacionamiento del C.C.C.T. o quizás un poco más corto. La diferencia, la importante diferencia, es que acá nadie dejó de brincar un segundo. En perfecto español nivel I, todos gritaban "¡Por la carretera!". Cerró el largo popurrí de temas solitarios y de la Mano Negra (The Monkey, Machine gun) con una enérgica versión de Mala Vida. Luego, la indecisión: tomar el último tren de regreso, ver a Hooverphonic o a St. Germain. Un cansancio general me llevó a buscar el tren. No lo logré. Regresé un par de horas más tarde para ver el revival

de los Stereo MC's y a Roger Sánchez. Los primeros no se pueden despegar del éxito de Connected, pero siguen siendo una buena banda, el último, es un DJ que aún con un trabajo impecable, pasó sin pena ni gloria. Cuatro de la mañana, pronto saldría el primer tren. El sábado llegué casi a las cinco, de nuevo. Me arrepentí de no haber visto de Ben Harper sino los diez minutos de cierre. Luego vendrían los Black Crowes, a quienes interrumpiría por ver a Suzanne Vega en la pirámide, con el perdón de los rockeros. Suzanne tenía un concierto sencillo. De dos guitarras acústicas y una voz dulcísima. Interpretó muy poco de su último disco, para dar espacio a los clásicos. Luka, Song of sand y la historia de David frente a Goliath que cuenta Rock in this pocket con cierta picardía. De vuelta al main stage, Beck. Junto a Manu Chao, P.J. Harvey y Weezer, Beck, fué uno de los mejores performances que alcancé a ver. A las 7:30 entraron a escena los músicos más extravagantes que existen: un guitarrista con capa de super héroe, un bajista que recuerda al Kramer de Seinfeld pelean por el protagonismo con Beck Hansen, el único cantante que brinca más que Jay Kay. Devil's Haircut, Mixxxed Bizness, Loser, Where it's at, The New Pollution fueron coreadas por el gentío mientras el líder de la banda hacia piruetas. Nobody's fault but my own encabezó los ratos de calma que interrumpió el "Hammertime". "Are you ready for hammertime?" gritaban los músicos y empezaban a correr de un lado al otro del escenario al ritmo del bajo y la batería. Tras el cierre, el baterista se sienta como un buda que fuma un tabaco inmenso y los demás bordean el área con cintas policiales de prohibición de paso. Ahí se terminó mi día, con Sting y Laurent Garnier por delante.

El domingo a las 3, un Weezer apoteósico en la pirámide. Decían sentirse bien porque a la sombra de la lona, la oscuridad del día en la segunda tarima semejaba la noche en la tarima principal. Debía haber poca gente viendo a Anouk, porque Weezer puso a brincar a muchísima más gente de la que cabía. Una W luminosa servía de fondo para Brian Bell, que no se quitó nunca el paño que le rodeaba el cuello y para Matt Sharp que no cesó de brincar con el bajo en la mano. Aunque los temas nuevos fueron bien recibidos, las más aplaudidas y brincadas fueron el trío de su álbum debut, Buddy Holly, the Sweater song y Surf wax America. Después de Weezer, pero en la principal, había un trío de toques que prometía: Muse, PJ Harvey y Placebo. De los tres, sólo la segunda cubrió mis expectativas. Muse, si bien era como ver a Radiohead en sus inicios, al rato cansa de tan iguales que son los temas. Y la actitud del vocalista es la del carajito del liceo que tiene un grupo de rock y siente que todos los demás son unos perdedores. Placebo es absolutamente insoportable. La música en vivo es estridente a propósito. Además de tardar al menos 40 minutos para preparar un escenario perfectamente común, la presencia de sus integrantes en la tarima era casi insultante, era como si te dijeran con sólo estar ahí que manejaban un porsche y tenían una novia top model. PJ Harvey era el otro extremo del espectro. PJ Harvey, zapatos de tacones con la bandera norteamericana bordada en lentejuelas, abrió su set con Mansize, del Rid of me y This is love y Good fortune, ambas del excelente Stories form the city, stories from the sea. Del To bring you my love, sólo tocó Down by the water, una versión bastante más cruda a la que sentí que le faltaba algo. Durante un tema del último disco, que me pareció sonaba perfecto, paró la música, le lanzó una mirada al bajista y presentó a Mr. XX YY in the Alter-tuned bass. Risas generales mientras el tipo afinaba. No se había dado cuenta. Polly Jean Harvey demostró profesionalismo con un concierto casi impecable y una cercanía al público que quizás se hizo más notoria por las "estrellas del rock" que la rodearon desde su empíreo.

Por supuesto, como afirma Cocker, puedes elegir ser un imbécil. Así, había golpes, insultos, burlas en la tarima de las bandas emergentes, gente que corría tropezando bruscamente a los asistentes que descansaban en el suelo, tipos orinando la grama donde otro se recostaría a descansar al rato. Pero es sólo parte de la experiencia. Con Faithless al cierre, fuí a tomar el tren. Ese lunes era mi primer día de trabajo.

¿En qué anda Sur Carabela?

No por casualidad coinciden la primera fé de erratas y la primera entrevista de esta sección. Ambas, por supuesto, sobre Sur Carabela, de quienes fue reseñado el disco Debut en el número 32 de esta revista, reseña en la que se mencionaba que los integrantes originales eran Valeria García y Oswaldo Rodríguez. Pero en medio de la charla con la banda, me sentí como unos de esos personajes que Fernando Sex y Guillermetal reventaban en su sección “La rodilla pelada” de los años mozos de Rockadencia, al saber que la vocalista original era Verónica Nilsen



(argentina, según recuerdo) y que abandonó el proyecto mucho antes de la grabación del disco. Pero no sólo hubo correcciones el domingo 5 de mayo, después del toque en la J.F.Ribas del TTC. Oswaldo también nos comunicó los planes inmediatos de la banda. Sur Carabela se encuentra trabajando en un disco nuevo que se espera que aparezca en enero de 2003 y muestra de ello son los temas Ocean, Péndulo y Some day (uno de ellos dedicado a Cayayo y otro interpretado por el guitarrista), que se dejaron oír en una sala casi llena, junto a los temas más emblemáticos de Debut, como Sur Reciente, Deal (una vocalización excelente de Valeria), From us to us y Lejos de aquí. A Bambi le aceleraron los beats y la presentaron con un “La hora Disney” que fue casi el único comentario que se oyó. Esta distancia entre el público y la banda la asigna Oswaldo al tipo de música que hacen. “El género de música que hacemos crea una atmósfera densa, y con ella nos comprometemos”, dice el encargado de teclados y programación. Valeria, la dulce voz de la banda, confiesa que un monitor fallido y estar algo enferma la tenían nerviosa. Pero ambos coinciden en que la banda esta adquiriendo experiencia y eso se traducirá en un mejor manejo de la escena.



Aparte de los toques en Caracas, nos informaron extraoficialmente que empiezan a trabajar en la internacionalización de la banda, que dado el tipo de música que interpretan era el paso obvio a dar. Se enfocan en México y Los Ángeles, pero no descartan Europa como posibilidad de mercadeo. “Estamos fogueándonos para cosas grandes”, comparte Oswaldo, en un tono fresco. Valeria, del mismo modo, alaba el nivel de integración de la banda como una de las fortalezas más grandes y remarca que no es fácil reunir tanta gente con “buena vibra”, como el experimentado Wincho Shaëfer, que entró al grupo luego de que Argel, ex vocalista de PAN, les informara que tras la disolución forzada de la banda a la que ambos pertenecían, estaba desocupado.

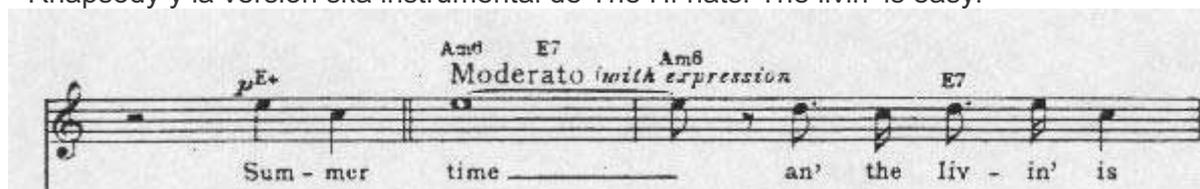
Es agradable ver que musicalmente se sienten libres. Que en vivo, el primer concierto fue casi reproducir el disco, mientras que ahora experimentan y enriquecen los temas. Sur Carabela está creciendo.

No me queda sino esperar, dado lo placentero de esta primera experiencia como entrevistador, que cada vez haya menos erratas y más entrevistas.

Foto movida de Sur Carabela: O. / Foto sharp de la entrevista: Tatjana Sledzinski

Dato del mes

Summertime, compuesta por George Gershwin en 1935, con letra de Ira Gershwin y Du Bose Heyward, para el musical "Porgy & Bess", ha tenido muchas versiones a lo largo del tiempo. Cuatro de las mejores han sido, he aquí los cuatro datos del mes, la clásica versión de Louis Armstrong con Ella Fitzgerald que forma parte de la grabación de Porgy & Bess, la salvaje versión de Janis Joplin, la versión trip hop de Morcheeba para el compilado Red Hot + Rhapsody y la versión ska instrumental de The Hi-hats. The livin' is easy.



Música para desayunar crêpes después de una rumba

Air, Moon Safari

Llegan a tu casa, apenas pueden subir las escaleras hasta la puerta. Una vez allí, descansas dos segundos para sacar las llaves del bolsillo y equivocarte un par de veces antes de abrir la puerta. Ella está recostada de la pared y sonrío cuando la ves. Al entrar, un ruido vacío, el mismo que permanece uno o dos días después de cada vez que bailas muy cerca de las cornetas, no te deja apreciar el silencio de la mañana. Te sientas en el sillón y dejas que la chaqueta caiga al suelo, igual habrá que lavarla. Reposas el cuello e ignoras que tu espalda está demasiado doblada, eso no importa ahora. Ella se acuesta y su cabeza reposa sobre tu pierna. Dormirías, dormirían, pero hay algo que no pueden ignorar: tienen hambre.

Hace poco viven juntos, así que aún quieres impresionarla preparándole el desayuno. No hay pan. Verificas que tienes todo lo que necesitas mientras ella intrigada te observa desde su reposo. La ves con dulzura y le preguntas si quiere unas crêpes con nutella y ella sonrío. Sólo falta algo: un poco de música. Quizás esa sea la elección más importante del día, la música que acompañará ese momento tan voluptuoso.

Tiene que entrar poco a poco en el ambiente, inadvertida hasta que sea inevitable. Y luego, evitar el protagonismo sin perder tu atención.

Te paras frente a la pila de discos y casi al tope esta la carátula kitsch del Moon Safari de Air. No dudas.

La femme d'argent sutilmente va invadiendo la sala, que es a la vez la cocina de tu estudio, en un susurro de lluvia y percusión. Ella cierra los ojos y juega con sus rulos. Enciendes el fuego y buscas las cosas que necesitas con el cuidado de nunca arrojar la puerta de las gavetas. Tener tanto cuidado se recompensa con la paz que refleja el óleo de una mujer que reposa sobre el sofá. La sartén se posa tan suavemente que parece flotar sobre las llamas. Entonces te das cuenta de que acertaste, porque empiezas a oír el bajo y los destellos del teclado y el moog.

“*Moon Safari* es un disco sutil e impredecible”, eso es lo que piensas cuando *Sexy boy* anima el aire casi sin quererlo. Ella mueve un poco la cabeza de un lado al otro y empiezas a vaciar la mezcla, sincronizando cada acto con un instrumento y fingiendo que conoces la letra moviendo los labios y dejando que las voces transformadas de Nicolas Godin y Jean-Benoît Dunckel hagan el trabajo. *All I need* endulza el aire cuando la voz de una mujer canta un poema que se enreda con una guitarra acústica. Lo electrónico comienza a adquirir un matiz de base. Comienza a perderse, a carecer de definición. Deja de pertenecer a un género para convertirse en música.

Kelly, watch the stars! es un tema naïve. Un regreso a esa música que oía mamá en el carro. Todo el disco es visitar una inocencia: alguien dijo que lo original suele ser producto de la mala memoria. Air utiliza en el *Moon Safari* esa memoria y la reinventa en el código de los tardíos años noventa. De una manera que aún hoy suena a descubrimiento.

Sirves las crêpes, le das de comer en la boca, sonrías (si vieras una escena como esa te parecería patética) y el disco está allí, acompañando lo cursi sin estorbar su camino.

A ratos notas el arreglo creciente de cuerdas de *Talisman*, la voz codificada de *Remember* (rodeada del misterio que aporta lo que parece ser un theremin), la voz dulcísima que

regresa en *You make it easy*, el aire hollywoodense de *Ce matin la*, el aire de lullaby de *New star in the sky* y la despedida casi mística con *Le voyage de Penelope* y te parece que forman un conjunto imprescindible.

El desayuno termina. Algún ave canta a lo lejos y el sol de la mañana heriría tus ojos. La miras y en un acuerdo van a la cama, pues ya han descansado.

Dato del Mes

Como estoy fiebrúo, el dato del mes es de Air. El trabajo conjunto de Air con Françoise Hardy titulado sencillamente *Jeanne* es uno de los temas más dulces que he oído en mi vida. *Jeanne* se encuentra en el single de *Sexy boy*, rodeada de remixes.

Gina Gershon es junkie

Lenny Kravitz live

Macy Gray es la encargada de preparar el ambiente para Lenny Kravitz en la gira promocional de "Lenny", su último trabajo. Casi es imposible ver su rostro entre el micrófono y el gorro que cubre su afro y cae desde su frente. Por poco más de media hora sostiene un concierto extremadamente sexual, con letras sexuales, gestos sexuales, sexuales bailes y sacudones de cadera en el suelo y hasta masturbación sistemática del paral del micrófono. Pero farándula aparte, los músicos de Macy dieron un espectáculo más bien plano, en el que un escenario reducido (la mitad ya la ocupaban los equipos de Kravitz) y un sonido bastante mediocre no ayudaron mucho. Quizás sólo se pueda destacar el haber hecho cantar a todo el mundo "my world crumbles when you are not near", mientras ella dirige acústica, casi a capella.

Se levanta, tras la salida de los teloneros, la cortina negra que cubre la primera gran impresión del concierto: la pared de amplificadores. Todo el fondo del escenario esta cubierto con amplificadores salvo por el altar en el que se instala majestuosa la batería de Cindy Blackman. Arriba cuelga una pantalla gigante, las espinas dorsales de cornetas y las luces.



Además de lucir su versatilidad al ir fácilmente de la guitarra líder a la guitarra rítmica, Lenny Kravitz es uno de los artistas que mejor maneja a la audiencia. Y la noche del 28 de mayo no sería una excepción. Dos niños que suben sigilosos a la tarima con ayuda de un rodie son sorprendidos y cuando esperan la humillación pública, Kravitz los sienta al frente y les dedica un solo. Una chica llamada Sandra cumple años: un afiche pide como regalo que diga algo. En medio de "Stillness of heart", se percata del afiche y empieza a preguntar quién es Sandra. Craig Ross y Jack Daley, guitarra y bajo en mano, respectivamente, sostienen el ritmo de la canción mientras dure lo que se le ocurra al jefe. Cuando por fin muchas manos apuntan al mismo sitio y una rubia está sonrojada por la emoción y el cansancio, Kravitz atraviesa a los más cercanos a la tarima, se trepa al primer nivel de gradas y lleva a la muchacha al escenario. El resultado: sonrisas generales, un tumulto coreando lo que queda de canción y quién-fuera-Sandra generalizados entre el público femenino y parte del masculino, quizás, porque uno nunca sabe.

Pero, a oscuras, sentada en el banquillo de su esquina, con toallas cubriendo sus hombros y un asistente que eventualmente proporciona un masaje, está la baterista, a quien le harían falta las sales, el protector bucal y Burgess Meredith gritando "¡No duele! ¡No duele!". Cindy Blackman literalmente "le cae a palo a las pailas" por más de dos horas, con solo incluido. Y el desgaste se hace obvio cuando comienza "Are you gonna go my way" y le cuesta mantener el beat.

Mientras muchos músicos se limitan a interpretar canciones, Kravitz presenta casi todos sus temas, asegura que "Let love rule" es el tema mas honesto que ha escrito y dedica "Blues for sister someone" a una muchacha que conoció en New York mientras en la pantalla gigante Gina Gershon encarna a esa joven junkie en blanco y negro.

Tras un par de descansos y visitar toda su discografía, Kravitz termina con la energía de

“Fly Away”. Blackman tendrá con suerte un par de días antes de la próxima pelea.

Un cover de Los Pericos

Los Skatalites en vivo

Hace poco vi una foto de los Skatalites en sus comienzos. No pude evitar imaginarme que mientras ellos inventaban el ska, Billo Frómota, desde un tocadiscos, ponía a bailar a mi abuela en algún matrimonio en Carora. Blanco y negro, pantalones de pinza y camisas vaporosas de seda blanca contrastaban con la oscura piel jamaiquina. Me preguntaba entonces cómo podían estar vivas estas leyendas y me daba extrema curiosidad ver en escena a los Buena Vista Social Club del ska.

El programa de la noche era extenso y reunía una banda local de ska, un grupo de música africana y a los Skatalites. Se saltó poco con los teloneros por eso del ahorro de energía y, por otro lado, mucha gente se tomaba una cerveza o fumaba un porro en el amplio jardín del sitio de concierto. La sala era pequeña y no estaba completamente llena. Muchos dreds y franelas de colores.



Poco después de las diez de la noche apareció Lloyd Brevett, frontman y contrabajista de la banda desde sus inicios. Los aplausos y gritos lo hicieron sonreír. Brevett toma el bajo y dá inicio a una noche casi mística en la que muchos se reencuentran con la música que ya han bailado mil veces en mil sitios distintos. El programa es extenso y los Skatalites tienen tantos temas famosos, que difícilmente hay un tema que nos suene extraño. “Man on the streets”, “James Bond”, “Sugar, sugar”, “Phoenix city”, ska, rock steady y un poco de reggae.

Brevett mantiene a la gente a salvo del agotamiento hablando con ese inglés jocosos y musical que hace de los comentarios un espectáculo en sí mismo. “This song was released in the 60's... Skatalites didn't like it and turned it into ska... and the name of the song is The guns of NAVARONE!!!!” (desvaríos generalizados).

Todo el mundo baila suave, ya el toque había pagado la entrada, cuando en medio de la sección rock steady, señores, empieza a sonar “Don Juan” de Los Pericos. Pensé “¿!Los Skatalites haciendo un cover de los pericos!?” y no me lo creía. El asunto me tumbó al piso de la incertidumbre. La habían presentado como un tema del último disco, salido este año (From Paris with love), así que no podía ser al revés. Pero todo tiene explicación bajo el cielo del Señor. “Don Juan” es una versión del tema “Golden Love”, de Lord Creator Patrick. Si mi amigo Jimijaz no me ilumina, muero pensando en la borrachera de Bahiano y su combo al lograr el sueño de todo músico, pero no, la vida no es tan fácil.



Salieron de escena y vi mi reloj. Sólo tenía 15 minutos para tomar el último tren y estaba a veinte minutos de la estación. Los Skatalites regresaron a escena ante los gritos que pedían más ska, pero ya yo había empezado a correr.

Dato del Mes

Tokyo Ska Paradise Orchestra cuenta con un culto fiel entre los fanáticos de la música jamaicana. De ellos he oído algunas cosas que, según Jimijaz, ya las ponían Horacio y Caplís en su Radio Pirata hace años y podría decir que al menos los discos “Pioneers”, “Full Tension Beaters” y “Gunslingers” (un recopilatorio en vivo) son esenciales. Versiones de la música de Plaza Sésamo y de El Año del Dragón y temas tan potentes como “5 days of tequila” y “Filmmakers bleed” caracterizan a este grupo japonés pleno de jazz, reggae y ska.

Death to the Pixies

... para arúballo, jimijaz y doggie wan kenobi, colegas del pasillo del rock.

Yo no conozco a Pixies. No podría comparar lo que hace Kim Deal ahora con lo que hacía antes. Si esto le molesta a alguien, puede dejar de leer e irse a la sección de Tedios que maneja mi amigo Pedro Rodríguez y que siempre es muy buena. No sé que hizo Kim Deal antes, pero es algo de lo que ella quiere desligarse, así que qué carajos. Lo que me ocupa es una de mis bandas favoritas: The Breeders.

Title TK es el título del nuevo trabajo de la banda de las hermanas Deal, trabajo que yo sólo podría catalogar de misterioso. Tras nueve años de "inactividad" (al menos Kim formó The Amps en el '95, banda que se disolvió un año más tarde), The Breeders regresa con un sonido distinto y una banda renovada. Kim compone los doce temas del disco en el que participan Armando López en el bajo, José Medeles en la batería y Kelley Deal complementando lo que se le ocurra a su hermana, porque, en efecto, con la música de la banda parece suceder lo que es leyenda tantos hermanos gemelos: las guitarras se completan las frases entre ellas y el juego de voces parece obra de telepatía.

Ya esto venía sucediendo en Last Splash, el disco anterior. P.O.D. (el disco debut) aún no he logrado asimilarlo por ruidoso, pero Last Splash, sin dejar de ser a ratos un disco casi punk, es complejo y brillante. El célebre bajo de Cannonball, el crescendo de No Aloha, S.O.S. sampleado por Prodigy para darle vida a Firestarter, la simplicidad alegre de Flipside y la perfección de Divine Hammer: son muchos momentos históricos en un sólo disco. Un sonido muy elaborado, a ratos denso y a ratos casi plano. Title TK, sin embargo, parece un demo-tape. Un demo de una banda nueva grabado en un garage durante un par de fines de semana de traspasado. Además, es, digamos, poco animado, comparado con lo que uno espera de Breeders.

Por eso, la primera vez que uno oye Title TK resulta extraño, ajeno. Quizás sólo Huffer (no por casualidad el primer single del disco) atrape a la primera oída.



Pero luego es difícil librarse de esas letras que encajan a la fuerza con la música. Uno poco a poco va, no entendiendo, sino fijando sonidos, descubriendo la riqueza de un trabajo pensado y complejo, en el que pareciera que las improvisaciones fueron calzando hasta generar un producto pulido.

Esa es, además, la actitud de la banda en escena. Sencillos, reducen el espacio acercando los amplificadores al borde, dejándoles menos de un metro de radio a los músicos para maniobrar. The Breeders no planea un set de maromas, The Breeders viene a hacer música.

Un rodie prueba una guitarra y Kim se le acerca (silbidos y aplausos generales) a pedirle un caramelo y un encendedor para su cigarro. Los aplausos impacientes se disparan cuando los cinco se disponen simétricamente frente al público. Kim con una franela que dice "crackwhore". Kelley, como si fuera al mercado. Todos sonríen ante la familiaridad con la que los tratan sus fanáticos y nosotros sonreímos ante la poca distancia que ponen entre ellos y nosotros.

Tipp City, originalmente de The Amps, abre el set. Huffer es coreada por todo el mundo entre brincos que no cesan mientras Saints y Flipside la siguen casi sin interrupciones. Kim presenta Head to toe como un tema de amor escrito por una mujer en Londres para una mujer en América, lo defiende como un tema hermoso, y se dispara un ruido al mejor estilo de las descargas de Sonic Youth. Kim bromea con Kelley y cruzan con dificultad la batería para contarse cosas al oído. Kelley toma el micrófono para I just wanna get along y la actitud que parece el sello de la banda se prolonga hasta el final del siguiente tema, el largo y dulce Off You, del TK. Las hermanas parecen sorprendidas de que las cosas salgan bien y sonríen cuando se pelan. Se les olvidan las letras y no importa porque los fans las completan. Algo así como lo que queda cuando se ha sido punk y se crece, pero no mucho.

La interpretación de Cannonball es sin duda la más esperada y democratiza la histeria y el brinco, pero quizás el tema mejor ejecutado sea Full on Idle, el cover que The Breeders hace del tema de The Amps. Es complejo y Kim lo sabe. Toma el micrófono y deja a un lado la guitarra. Enciende un cigarro y aunque tiene el micrófono en la mano, se acerca al parl para contarle algo al público. Ambas se ríen cuando se dan cuenta. Inhala y el tema empieza. Kim grita y lo que parece un tema improvisado, es copiado a la perfección en vivo.

Kelley toma el violín para cerrar con Drivin' on 9, dejan los instrumentos y salen de escena.

Sin excepción, todos los que piden un encore gritan "One divine hammer! One divine hammer!". Y la reconocen desde el primer acorde. Se despiden de nuevo y José baja a darle la mano a los más cercanos, a firmar discos y franelas y a regalarle el setlist a algún coleccionista. Provoca no estar en un festival y tener que salir a otra tarima donde hay otro concierto imperdible, sino en una sala cómoda y sentarse a disfrutar el sabor que deja un buen concierto, un buen ambiente.

Outro: Extravaganza

Aceleré el paso al oír la voz de Perry Farrell gritando "Don't stop me now! Don't stop me!". Ahí estaban: Dave Navarro en la guitarra, sin camisa y de pantalón de cuero negro. Sadomaso; sencillo, pero sadomaso. Farrell, por su parte, enteramente de blanco, lucía un abrigo de piel, un sombrero de copa con plumas y botas de punta fina. Corría de un lado al otro mientras sonaba "Stop!" del Ritual de lo habitual. En las pausas repetía sus planes de asegurar su culo por un millón de dólares y elogiaba el decorado de alambres y el ánimo de la gente. Jane's Addiction, decía el bombo de la batería.

A duras penas reconocí la mitad de los temas. No soy un fanático, pero no puedo no decir nada ante la energía de la legendaria banda. La guitarra agudísima, la voz quiróptera y la potencia de la batería. Los ritmos en el bajo, tan complicados como perfectos.

Stop.

Farrell sale de negro. Chal de terciopelo y pasos de bailarina por todo el escenario. Salta desde la batería mientras Navarro se apoya en un monitor.

Lástima el fallo de sonido durante Jane Says que deja el steelpan mudo. Habría sido un cierre espectacular.

Espiando alemanes

Trascripción de la grabación etiquetada [Köln 19052002]

Viaje: O. <overde@yahoo.com>

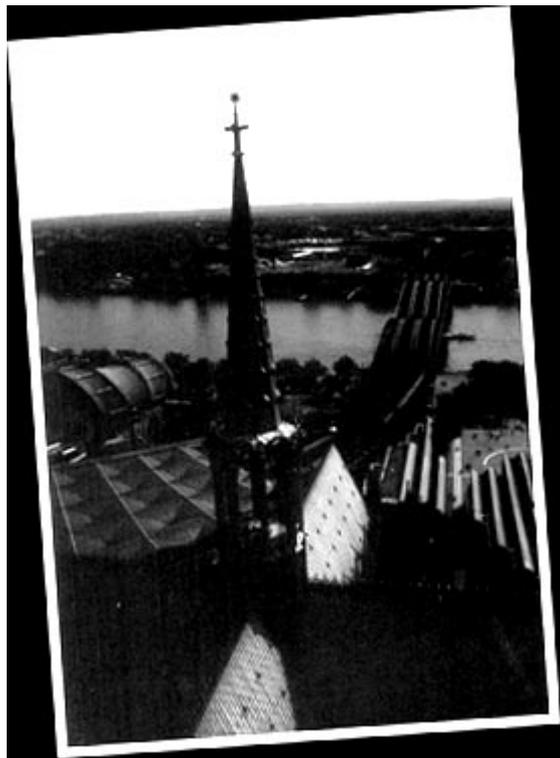
Fotos: Roland Devereaux <rolanddevereaux@yahoo.com>

9:45 a.m. Arribo a Köln HauptBahnhof. Reconocimiento inmediato de la zona mientras me reestablezco tras el sueño de tres horas que evidencia mi noviciado en el espionaje.

La estación de trenes borra de inmediato mi idea de que Colonia es una ciudad pequeña y apacible. Pero al salir se observa que algo de ella permanece: Colonia parece resistirse cuando su catedral, el "Dom", se levanta rodeada de arquitectura contemporánea, como una masiva isla gótica en un mar de aluminio. Empiezo allí mi recorrido. Hay misa. El cura inicia el cántico y todos siguen en alemán, sin desentonar. Unos tipos en la entrada parecen restringir el paso, por lo que decido subir al campanario.

10:10 a.m. Desde uno de los reposos en el recorrido de 509 escalones observo a través de una ventana. Enfrente, en el tercer piso del Dom Hotel, una cama está desecha. Detrás del mismo edificio, un hombre bota la basura. Los hechos no parecen tener conexión.

El aspecto de la iglesia es de descuido. Oscura de sucio y moho, oculta sus formas y apenas se identifican algunas de las gárgolas que de vez en cuando son sustituidas por un hombre que gritará agua con la lluvia. En el campanario se encuentra la campana más grande del mundo y desde el tope se tiene clara visibilidad de Colonia, desde el centro histórico hasta las plantas nucleares que pueblan las afueras, hacia el este, si mis habilidades cartográficas no son tan malas. La subida es agotadora pero el panorama es una excelente recompensa.



11:00 a.m. De vuelta, junto a la campana más grande del mundo, un anciano recorre una y otra vez el pasillo que une su oficinita con el otro extremo del cuarto. Da exactamente treinta pasos de un extremo al otro. En un extremo tose, en el otro, mira el reloj.

Al llegar a tierra firme, la cola para entrar a las torres de la catedral es inmensa. Hay misa, imagino que es el siguiente turno. Frente a la catedral hay muchísima gente, es domingo y el lunes es libre por pentecostés o Pfingstmontag, así que la cantidad de turistas es poco normal. Al lado de la catedral se encuentran dos museos: el Ludwig y el museo de artes románicas y germánicas. El primero es un museo devoto a las distintas tendencias plásticas del siglo XX; el segundo es un museo casi arqueológico famoso por su colección de mosaicos y cristales. Pero es casi mediodía y decido comer y sentarme un rato antes de decidir. Camino, buscando algo que tomar y un sitio donde comer, hasta el Rathaus, lo que vendría a ser la alcaldía, que también alberga un museo de arte del siglo XV, pero se

encontraba cerrado, así que camino hasta el Rhin, donde hay un parquecito y mucha gente tomando sol.



12:15 p.m. a orillas del Rhin, por las caminerías, un joven da vueltas en su bicicleta, en la que pedalea casi acostado. Con una banderita de colores identifica su tendencia sexual.

El número de parejas homosexuales, de gays y lesbianas, que se pasean tomados de las manos es tan grande, no exagero, como el número de parejas heterosexuales. Varios grupos de punks pasean con sus perros; una punk falsa habla por celular echada sobre una manta raída. Me siento en la grama a comer unos sandwiches que preparé antes de salir y desde el jardincito se ve el Rhin y el puente que une el Altstadt, la Colonia vieja, con la parte moderna de la ciudad. La calma que brinda estar rodeado de personas que sólo desean descansar, disfrutar del sol y la compañía de su gente, siempre es necesaria a mitad del día. Tras la recuperación, decido por el Ludwig, porque no me siento con ánimos de ver los mismos motivos religiosos y mitológicos revisitados todo el tiempo por artistas diferentes. A veces lo disfruto, pero ese día sentía la necesidad del arte como disparador de ideas, de emociones. Nada mejor que un Dalí para poner a volar el cerebro. “La estación de Perpignan” me convenció de que Cristo regresará. Y Cristo regresará en medio de una celebración fastuosa y Dalí será el maestro de ceremonias. El museo nació principalmente de una colección de Peter Ludwig. Una de sus esposas era una ginecóloga de ascendencia judía y los alemanes la persiguieron hasta que se suicidó, su hijo murió en la guerra y su colección de arte siempre fue atacada por la comisión nazi de cultura. Algunas cosas sobrevivieron y luego de la guerra amplió la colección de Warhols (el doble Elvis, las cajas de Brillo y Campbell’s), Lichtensteins (TAKKA TAKKA! Muy parecido al famoso WHAM!), Christos (varios empaquetados forman parte de la colección) y mucho arte alemán de la época (Marc, Grosz) que pueblan los tres niveles del edificio. El piso inferior estaba temporalmente dedicado a la economía del tiempo, exposición de la que entendí bastante poco.

2:43 p.m. Desde una ventana del Ludwig Museum se ve una fuente en la que fluye el agua como en un río y unos niños saltan de una piedra a otra. Uno de ellos resbala y cae pesadamente sobre su mano derecha. Se incorpora, ve a todos lados y como nadie lo nota, decide no llorar.

A la salida del museo doy un paseo por un mercado de antigüedades y me detengo un rato en un concierto al aire libre con una banda que hace versiones en alemán de “Baby, I love your way”, que la gente corea en inglés en medio de la borrachera. Camino hasta las torres que aún permanecen en pie y que hacían de Colonia una ciudad fortificada. Cruzo un puente y en la otra orilla del río la gente hace parrillas y juega con sus perros. Me como una salchicha y descanso sobre la grama. La vista del casco histórico de Colonia es impresionante, dominada totalmente por el Dom. Vago un rato y camino a la estación, listo para regresar y junto a un edificio, un par de punks duermen. Sus perros despiertos, miran amenazadores a quien pase, cuidando la totalidad de las pertenencias de los durmientes. Los niños de la calle, en Caracas, duermen sobre sus zapatos, para que no se los roben; los punks tienen perros.

8:14 p.m. Desde el megáfono se anuncia un retraso de 8 minutos en mi tren. Recuerdo que hace poco más de un año, en visita a la ciudad vecina de Aachen, el tren se retrasó casi una hora.

8:20 p.m. Desde el megáfono se corrige la información: la señorita dice que aún debo esperar diez minutos, poniendo fin al mito de la puntualidad alemana.

Fin de la grabación.

O. Pflingstmontag 2002

El ausente (crónica a ratos titulada “Ausente en La Corneuve”)

Yann Tiersen, en vivo en París.

Mi idea de lo que es un multiinstrumentalista se remonta al año 1999, en el que vi por primera y única vez (espero), a Kid Rock. Tras un espectáculo mediocre, el saltimbanco iba de instrumento en instrumento practicando un sólo ante la mirada atónita de adolescentes impresionables y la vista gorda del músico de turno que habría de sentirse, mínimo, humillado. Batería, bajo, guitarra y hasta de DJ hizo Kid Rock antes de pararse frente al público y gritar, orgullosísimo, “Talento nacional”. Me recordó un poco a Guillman, pero al menos el carabobeño defendía el rock nacional y no a sí mismo como el profeta del metal. Además después dijo algo que no podría citar de memoria, pero que era como un quejarse de llevar 10 años sin ser descubierto por las disqueras. Talento nacional, pues.

Desde ese momento, oía multiinstrumentalista y me daba un tick nervioso en el ojo izquierdo y el pulgar derecho mientras me venía a la memoria la imagen de gente anonadada y diciendo que si va a los turntables es mi ídolo. Y mientras iba conociendo música, gente como Trent Reznor o PJ Harvey, que deciden hacer un disco y van grabando instrumento tras instrumento hasta que la cosa está lista, no me pudo borrar la grima. Quizás porque en vivo se limitan a la voz o a la guitarra o a otra cosa, pero sin mucha maroma.

Yann Tiersen acaba de reivindicar en mi cabeza el multiinstrumentalismo como algo más que una muestra de poder. Acaba de defender el hecho de tomar posesión de un aparato tras otro con sobriedad y respeto.

Tiersen no existía para el globalizadomercadocapitalistasalvajeuniversal antes de hacer la banda sonora de *Le Fabuleux destin d'Amélie Poulain*. Después de ello, es considerado casi un genio.

Nacido en Brest y residenciado en París, Tiersen pasó por varias academias musicales, estudió varios instrumentos, participó en grupos de rock y pop, compuso música para cortometrajes antes de publicar su primer disco, *La Valse des Monstres*, que vio luz en 1995. Al año siguiente le seguiría *Rue des Cascades* y en 1998 publicaría *Le Phare* que finalmente lo llevaría a componer la música para la película “La vida soñada de los ángeles”, de Erick Zonca. De allí, tras varias colaboraciones, la película de Jean Pierre Jeunet lo catapultaría al status de “dios”, marketing strategies de por medio, por supuesto, mientras casi simultáneamente aparece el disco “L’absent”. Más tarde aparecerían sus trabajos titulados “Tout est calme” y “C’était Ici”, un doble disco en vivo grabado en París en febrero de este año con muchos de sus colaboradores habituales.

Hace unas semanas tuve la casual oportunidad de asistir a un concierto ofrecido por él en el marco de la *Fête de l’Huma*, la fiesta de la humanidad, un festival organizado anualmente en las afueras París, en el que, en ediciones anteriores, Manu Chao y la Mano Negra eran una fija. Quedé en encontrarme con el gordo Carlos Gabriel en la estación La Corneuve a las 7:30 pm, pero no llegó. Venía de Corea del Sur, donde había estado haciendo su tesis durante once meses, así que muchas cosas podían haber fallado. Tras un rato dabiéndome entre la certeza de que no vendría, la certeza de que me había equivocado al darle los datos y la nostalgia de once meses de cuentos coreanos (incluido un concierto de Tokyo Ska Paradise Orchestra), a las 8:20 decidí caminar hasta el concierto.

Junto a mucha gente que, como yo, iba al trote, atravesé veloz los stands pro-cubanos y anti-lepenistas, los afiches anacrónicos del Ché (Estd. May ‘68) y las pancartas que ruegan unión contra la extrema derecha, hasta que llegué a la tarima y al inmenso gramado de boinas, bufandas, botellas de vino barato, cigarrillos, barbas, cabellos y rostros bohemios que

era el público, qué otra cosa esperar de una “casi” reunión de gochistas en el Caricuaio francés. Primero en la pantalla gigante, cortesía de TF1, y luego suficientemente de cerca como para obviar el artefacto, Yann Tiersen ejecutaba un agitado solo en el violín, que luego identificaría como Qu'en reste-t-il.

Tras los aplausos se sienta con su acordeón frente un theremín y toca una melodía con los dos instrumentos, mientras la batería es golpeada sutilmente con las escobillas. Desde ese momento, músicos entran y salen de escena, van de un instrumento a otro, sube un cuarteto de cuerdas para tocar un vals, Tiersen atraviesa la orquesta para subir al vibráfono y acompaña al piano y al theremin con un tema que también reconozco por la película. Regresa al violín junto con la batería que se deja de sutilezas y nos deja atónitos con una interpretación que destruye varias hebras del arco con el que roza las cuerdas. Al público sólo le dedica un “Merci” entre cigarrillos y botellas de cerveza. Una jovencita tímida canta “La parade” estrujando sus manos, su voz dulcísima, mientras Tiersen toca el piano (él mismo interpreta luego un par de temas en el piano y la voz). Aunque parezca extraño en un francófono, especialmente francés, gran parte de las letras de los temas son en inglés.

Tiersen retoma el acordeón, el baterista baja al micrófono y Les jours tristes, un tema instrumental que se encuentra en la banda sonora de Amélie, es interpretada en su versión vocal, extraída de L'absent. La letra es coreada por casi la totalidad de los asistentes. La música de Tiersen, sobre todo los valeses y esas danzas casi gitanas, son una colección de crescendos intensos y de alguna manera la gente comparte la tensión desde el gramado. Con “Le jour d'avant” se puede sentir toda la energía contenida por gente que debería saltar, bailar y quebrar porcelana barata en el suelo. Sale de escena para regresar entre aplausos tres veces hasta que ya cerca de las once se encienden las luces y presenta a todos los músicos, más de veinte personas.

11 pm. La Corneuve. El gordo no estaba. Nadie había visto a alguien con su descripción. Un vigilante de la estación me dijo que hay dos estaciones La Corneuve en París: una de metro y una de RER. Segunda vez, pensé. Ya una vez había dicho el lunes a las cuatro en Notre Dame, seguro, y había fallado.

Al día siguiente, por casualidad, a las diez y media de la mañana, me encontré al gordo caminando por la Rue Rivoli.

Dato del Mes

Este es el número aniversario de la sección musical, que agradece las colaboraciones de Carlos Gabriel Morillo, Daniel Pratt, Beatriz Alicia García y O que la han mantenido de pie por doce números. El dato de este mes es, por tanto, especial.

Casi saliendo de la universidad grabé un cassette con música en el que sólo había voces femeninas y que no salió del walkman por varias semanas en las que me rescató de la parálisis cerebral que origina recorrer todos los días, ida y vuelta, en camioneta, la ruta Baruta-Chacaíto. Había temas de Fiona Apple, Portishead y hasta de Madonna (si, Madonna, ¿algún problema?). En esa cinta, una voz deliciosa acompaña a los Chemical brothers en un par de temas de sus discos Exit planet dust y Dig your own hole. Su nombre es Beth Orton y en su discografía de tres trabajos ha contado a su vez con la colaboración de monstruos como Terry Callier, Ben Harper, William Orbit y Ali Friend, bajista que ha trabajado con Red snapper. Los discos Trailer park, Central reservation, Daybreaker son una exquisita mezcla de pop-rock, folk y blues con melodías maduras y excepcionales. Entre los tres, se podría construir un disco de esos que habría que tener encima si se va a una **isla desierta**.

Un cover de Kieslowski

Heaven. Tom Tykwer. 2002

Hacer versiones, homenajes, covers, tributos, take-overs y demas bichos de uña es un concepto sin duda discutible del que ya se ha hablado mucho. Y con tantos detractores como seguidores, cosas como *A.I.* terminada por Spielberg o El General montando *We Will Rock You* en raggamuffin siguen sucediendo. Los genios, y tambien los sólo populares, al morir, dejan incompletos proyectos que consideraban malos, pinturas que ocultaron al mundo o escritos cursis e impublicables. Pero a veces, sencillamente, no les da tiempo de terminar un trabajo importante y la muerte nos niega un deleite.

Krzysztof Kieslowski falleció un par de años después de terminar su magistral trilogía *Azul, Blanco y Rojo*. Para ese momento, ya trabajaba en un nuevo proyecto junto a su Bioy Casares particular, Krzysztof Piesewicz: el guión de la trilogía *Heaven, Hell & Purgatory*.

Heaven aparecio este año en cartelera, producida, entre otros, por Anthony Minghella y Sidney Pollack. Tom Tykwer acepta la dirección del proyecto luego de su exitosa *Lola Rennt* y su no tan exitosa *The princess and the warrior*. Zbigniew Preisner no aparece por ningun lado: me imagino que tras hacer la música de muchas de las películas del fallecido director polaco, debía ser difícil creerse ese cuento del homenaje (aunque él mismo publicó un disco titulado *Requiem for my friend*, con mayor o menor grado de honestidad). Y es que no hay homenaje por ningún lado. En todo caso, Tykwer va de su estilo a lo que viene a ser como un intermedio y relajado intento de ver como vería Kieslowski. Así, hay una dirección pausada, close ups que los rostros del muchachito Giovanni Ribisi y la ya veterana Cate Blanchett sobreviven excepcionalmente, negros que se prolongan con voces en off y una música que suena a Preisner, pero que no es.

La historia de *Heaven* es sencilla: un joven se enamora con desespero de una mujer que paga con una culpa inmensa un error. Ambos huyen del mundo y vagan por la Toscana sin un destino fijo más que el efímero escapar de sí mismo y la no menos efímera cercanía del ser amado, rumbo a un final que es tan impredecible como inevitable, tan poético como absurdo.

A Tykwer se le agradece el resistir la tentación de hacer un road movie. También el respeto a la lengua en la que se habla la película (Ribisi y Blanchett se defienden con un italiano bastante verosímil) y el mostrar una Italia sin (tantos) clichés. A Tykwer se le agradece una atmósfera bien lograda, una puesta en escena sensible que no llega a ser cursi. A Tykwer se le observa madurez a la cabeza de una historia.

Habrá que ver cómo continúa.

Tortuga, de punta a punta

Viaje: O. <overde@yahoo.com>

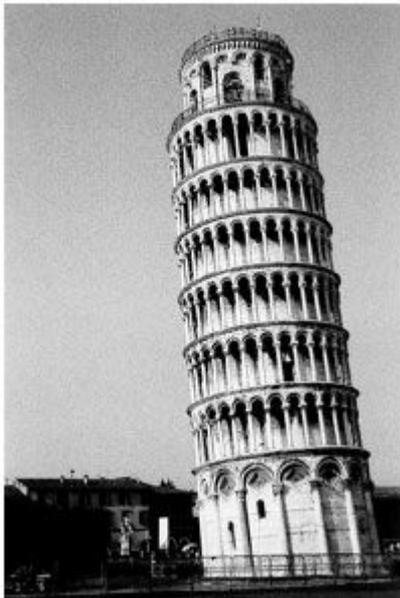
Fotos: Roland Devereaux <rolanddevereaux@yahoo.com>

Ryanair es una compañía aérea barata. Las reservaciones sólo se hacen a través de su web site o llamándolos directamente; te dan una clave con la que presentas tus documentos en la taquilla y ya. No imprimen los tickets ni hay un costoso sistema de red que actualice la información en todas las agencias de viajes desde El Cairo hasta Guasdalito. No hay primera clase y los asientos no están numerados, así que las colas tras el check-in para conseguir puestos juntos o algo parecido son algo así como una embajada del difunto terminal de Nuevo Circo en varios aeropuertos de Europa. La ventaja es obvia: el precio de los tickets se hace infinitamente más barato y le permite al turista (al morralero, la mayoría de los casos) gastar su dinero en lo realmente necesario y no en el traslado en sí.

Hace unos meses revisaba el site y vi una oferta excelente: tickets ida y vuelta a Pisa para el fin de semana largo correspondiente a la Asunción de la Santísima Virgen María por 60 euros. Habría que tomar en cuenta que un pasaje similar pero one way, por Alitalia, costaba al menos el doble del monto antes expuesto. Algo en mi cabeza me decía que recordara, que había algo más importante en esos datos.

Tras un rato de pensar en mapas y fechas, lo encontré: el 16 de agosto se corría, en Siena, a una hora de Pisa, el Palio, una tradicional carrera de caballos que se celebra en esta fecha y el 2 de julio de cada año, desde hace siete siglos. Ya era tarde para reservar hotel o asiento en las gradas. Me saldría carpa y más Nuevo Circo, lo cual, siendo honestos, me ahorra trabajo de logística.

A Pisa llegué la noche del miércoles 14, directo al campamento y convertido (por el cuento de que el italiano y el español son casi dialectos de la misma lengua) en traductor oficial entre el chofer del autobús de la ruta 3 y los morraleros, en su mayoría holandeses. Al final yo no entendía nada y terminamos perdidos caminando una hora, con noche espesa, por una carretera en doble vía, con muchos italianos de esos que ven la fórmula uno y les da por pisar transeúntes.



En la mañana realicé un corto periplo al mismísimo gabinete del Dr. Caligari: subir a la cima de la torre inclinada es una de las experiencias más inseguras que le ha tocado vivir a este pichón de cronista. Todos los planos internos son diagonales: techo, piso, paredes, escalones, todo. La escalera de caracol tiene una pendiente más pronunciada de un lado que del otro y al cansancio de subir los sesenta metros hasta las campanas, además del característico apoyo en las rodillas y encorvar de espalda, se suma ahora el irse de lado ante un descuido. Desde arriba la vista es impresionante, pero no tanto como el vértigo de asomarse o de sentir vibrar el campanile ante los tañidos de las 10 de la mañana.

Tren a Émpoli, cambio a Siena. Me siento al lado de la hija perdida de Kurt Kobain, una muchachita con estilo, postpunketa, postgrunge, postskater, que emana desenfado de adolescente. Su camisa azul me remite a las carajitas de bachillerato y le calculo unos 16 años. Lleva, por supuesto, su discman.

Al rato, uno nunca sabe cómo pasa, empezamos a hablar. Se llamaba María, entendía español, tenía cara de italiana, pero era rusa, de Moscú. Caminando por Siena nos sorprendió de entrada que toda la ciudad toscana estuviera tomada por la celebración del Palio.

Cada calle pertenecía a una contrada o barrio y como tal se identificaba. Cada calle estaba adornada con las banderas y escudos que le correspondían. Cada contrada tiene su iglesia u oratorio y además, ha cerrado una calle para la cena al aire libre que se celebra la noche previa a la competencia. Vagando por las calles se deja descubrir una Siena medieval, amurallada y tradicional, de muchachos practicando repiques de tambor o acrobacias de bandera para el gran día.

El Palazzo Público, el edificio más importante de la ciudad, está adornado con la bandera de cada una de las 17 contrade. Al frente, la calle empedrada que rodea la inmensa Plaza del Campo, ha sido cubierta con una capa de tierra de unos 5 centímetros de espesor.

Frente al Duomo, una impresionante catedral de mármol blanco y verde, se pasean las comparsas de los competidores.

Caminamos hasta el santuario de Santa Catalina de Siena, en medio del Barrio de la Oca. Banderas y escudos con un ganso agresivo pintan la calle de blanco verde y rojo y nos ven con malos ojos mientras pasamos entre las mesas. En la Iglesia de Santo Domingo, María decide regresar a Florencia, donde pasaría la noche en una carpa compartida, porque todo estaba fully booked, también.

Ya libre de la responsabilidad que representa ser un ejemplo de la cultura latinoamericana, que quizás será comentado con las amigas, por lo que debe uno comportarse con decencia, y alejado de todo cuanto pudiera sugerir una pizca de machismo, apenas me dí la vuelta tras hacerle adiós con la mano, relajado, volví a ser yo y, descaradamente, me puse a ver culos. Pareciera que toda italiana estuviera dotada del abdomen más insolente y perfecto que pudiera encontrarse.



A las 7:15 p.m. es la prueba general. El Campo está lleno y un cañonazo da la partida. Desde mi pésima ubicación, fuera de la plaza, en un acceso en bajada, apenas veo a los caballos al trote pasar tres veces por una esquina. La prueba es corta. La gente regresa a las calles y yo ya estoy cansado y con hambre. Pizza al taglio, gelato di nocciola y al camping.

El viernes 16 arranca con una misa en el Il Campo y actividades de preparación en cada contrada. El periódico del día ofrece un repaso de los participantes, las rivalidades y las alianzas, anuncia al caballo asignado a Leocorno como favorito. Mientras tanto voy al Museo de la Opera Metropolitana, por la colección de obras del Duccio de Buonisegna y la vista desde el inmenso facciatone, la fachada de la nueva catedral, que nunca fue terminada.

A mediodía ya las bardas que cercan Il Campo están



tomadas por los que desean estar al frente, así que compro panini para llevar, 1.500 cc de agua congelada, saco un libro de Bukowski y a esperar. Ocupamos nuestros puestos por más de seis horas para mantener la efímera primera fila a la carrera. Recibimos sol, casi desnudos, descalzos, felices, leyendo, casi todos, en idiomas distintos, acompañando la espera con kilo y medio de hielo.

Cerca de las tres de la tarde el sol se oculta tras una nube por poco menos de un minuto, todos aplaudimos.

El cañonazo de las cuatro nos pone de pie. La policía saca a la gente de la pista y una división de caballería militar da una vuelta al trote. Sorpresivamente para mí, el líder grita al completar el giro y los seis u ocho jinetes se lanzan a toda marcha con sus espadas amenazantes erguidas hacia el frente. La gente delira y los jinetes abandonan Il Campo al completar la vuelta.

Entonces empiezan las banderas. Cada contrada desfila por la pista, con trajes casi bufonescos, ondeando las banderas que les corresponden, haciendo con ellas malabares increíbles. Soldados medievales los acompañan y las diez contrade que compiten traen al caballo que ha sido bendecido en la iglesia del barrio. Las siete que no participarán, despliegan de igual manera los colores de su contrada. La gente aplaude las tres primeras, pero ya las siguientes catorce se hacen repetitivas. Además, los ánimos se van caldeando: hay discusiones en las gradas, peleas en la plaza, impaciencias y gritos. Otro cañonazo y las palomas dan una vuelta anticipando el recorrido por el que estamos esperando. Los caballos entran al palacio mientras desfila el premio: el palio es un banderín con la imagen de la virgen, que en esta ocasión ha sido pintada por Botero. Todos adoran la imagen mientras la carroza que la conduce rodea la plaza.

Al fin salen los caballos con sus jinetes. Son las siete. En el sexto piso una mujer grita tan fuerte que opaca a la multitud. Los caballos están agitados y se intentan morder y patear entre ellos. Una voz regaña a los jinetes y los hace abandonar la cordada que marca la salida y los hace entrar al azar, uno por uno, repitiendo los nombres de las contrade: Leocorno, Oca, Tartuca, ... Una salida en falso, suspenden a Selva y las damas de franela naranja lloran e insultan a otro jinete que quizás tenga la culpa. La chica del sexto grita y la gente se ríe de ella, quien los insulta al mismo volumen. Hay más presión en la plaza, y más calor, aunque el sol ya se ha ocultado detrás de los edificios. Ocho de la noche. Partida. Onda y Tartuca pelean por el primer puesto pero en tres segundos Berio, el caballo del barrio de la tortuga, toma la delantera. Onda mantiene el segundo puesto, pero Tartuca toma ventaja. Primera vuelta y un caballo se tropieza contra una de las paredes que han acolchado para la competencia. Segunda y Leocorno sustituye a Onda en la caza del líder, mientras los fanáticos de Tartuca ya se dan por victoriosos y empiezan a desplazarse hacia las bardas. Una mujer delgada empuja a los grandulones con facilidad y, llorando de emoción, salta la barda y recibe, junto a otra centena de fanáticos, al ganador que recién cruza la meta. Tartuca, de punta a punta. Escalan hasta donde reposa el Palio de Botero y se lo apropian y empiezan a pasearlo. Hay quienes lloran en las gradas. Hay quienes agitan sus banderas llorando. Hay abrazos y gritos y la sensación de que nunca entenderé lo que realmente ha significado este día para los habitantes de Siena.



La fiesta dura toda la noche y el Palio es paseado con orgullo y cantos por las calles empedradas. Empezando por el Duomo, las iglesias ven entrar y salir la bandera que se depositará en el museo de la contrada ganadora.

El sábado recorro la ciudad por última vez y en cada esquina hay reuniones de familias o grupos de amigos.

Ya de vuelta, la gente aplaude que el avión de Ryanair, en el que realmente no confían, pero es barato, aterrice con bien.

O. 22102002



Fanático no es gente

Guns and Roses en vivo, diez años después.

2 meses antes pensé que era en joda, pero era cierto. El cierre del festival Pukkelpop 2002 estaba a cargo de Guns and Roses.

5 horas antes, mientras otros artistas se presentaban, ya entraban al backstage y a la torre de sonido los equipos de Guns and Roses.

1 hora después de la hora estipulada, 2 horas después del final del concierto de Suede, y como todo el tiempo desde que anunciaron que Guns and Roses iba a dar una gira, la gente seguía especulando sobre la anulación del concierto.

“La gente” era una mezcla de rockeros anacrónicos, admiradoras de Axl, wannabees de Slash, curiosos y escépticos. En esencia, el mismo tipo de gente que iba a ver la versión remasterizada de Star Wars: los fanáticos cegados y los que nunca entendieron por qué una mala novela espacial con peores efectos especiales puede ser una de las máquinas de dinero más grandes de la historia. Respecto a Guns yo estoy del lado de los fanáticos con tendencias a la curiosidad, al igual, imagino, que mucha de la gente que me rodeaba, porque primero hacían chistes y después corearon todas las canciones sin desafinar.

La espera, el frío, el barro, la lluvia y estar de pie por horas había convertido la tarima principal en silbidos, insultos y gritos, pero bastó el primer acorde de Welcome to the jungle, ejecutado con tal precisión que parecía un disco, para que la gente gritara y brincara de emoción, con los primeros explosivos del espectáculo.

Axl no va a cambiar nunca, a juzgar por su actitud en escena. Actuó exactamente como uno esperaba que actuara. Como si un tipo un poco mayor y regordete fuera un imitador del Axl Rose joven de los buenos tiempos. Corría de una esquina a otra del escenario, con la voz invariablemente aguda. Quizás se le notara un poco menos de energía. Pero al menos conserva la pose de todos los afiches de los tempranos noventa: una mano en el micrófono y la otra estirada hacia atrás mientras pega un grito.

Los temas elegidos para la reaparición fueron tomados casi en su totalidad del Appetite for destruction. So easy, Mr. Brownstone, Out ta get me, Sweet child of mine con solo de guitarra de Robin Finck casi idéntico al original de Slash. Durante Live and let die, acompañando la energía del tema de McCartney, continuaba la demostración pirotécnica en la escena.

Knocking on heaven's door fué interpretada con mayor mesura y menos teatro. November rain fué a la vez nostálgica y hermosa. Patience, Paradise City y jamás terminaremos de agradecer que no hayan tocado Don't cry (o algo del Spaghetti incident). Tres o cuatro temas del nuevo disco, Chinese Democracy, que mantienen el espíritu del grupo pero no suenan a repetidas, al menos. Un concierto regular. Esas son las semejanzas. Pero también hay diferencias.

Axl ha convertido Guns and Roses en un circo. Quizás en el '92 cuando fueron a Venezuela ya eran un circo de freaks, pero yo no me di cuenta. Ahora es demasiado obvio. El primer freak es Finck. Salido de Nine Inch Nails, parece una araña en sus movimientos, algo así como una andrógina mezcla entre un mimo y Robert Smith. El segundo freak es Buckethead, el otro reemplazo de Slash. Mide al menos dos metros y durante el concierto nunca se quita su máscara de Michael Meyers, el asesino en serie que siempre se enfrenta

a Jamie Lee Curtis, ni abandona jamás la canasta de KFC que lleva en la cabeza. “Monsignor Buckethead”, como lo llama Axl, durante todo el espectáculo apenas cambia de posición, no expresa nada, no mueve sino los dedos; eventualmente, camina como un robot. Llega un momento en el que ejecuta un solo (no por azar incluye los temas de Halloween y Star Wars en su improvisación) que precede por pasos de baile al mejor estilo Breakdance de los tempranos ochentas y maromas increíbles con unos chicos. Abundan los absurdos. Axl es el otro freak, imitándose a sí mismo desde Welcome to the jungle hasta Paradise City. Las cámaras envían a las pantallas gigantes imágenes alteradas al estilo Matrix.

Dizzy se ve menos plástico, menos producto: el tercer guitarrista de la alineación original y único que permanece en la banda, interpreta enérgicamente. Y desde acá abajo, viejas franelas negras de calaveras y revólveres, cantando todos con un mayor o menor grado de emoción.

Yo tenía quince años cuando dejé de estudiar para un examen por asistir a un concierto. La materia la repetí y hasta feliz no paraba. En la universidad, había los que no se vestían sino de negro, los que no hablaban sino de los riffs de la guitarra de Slash. Diez años más tarde, el tren de vuelta a casa estaba lleno de esa misma gente. Somos los mismos en todos lados y tiempos: en Venezuela, Europa, dónde sea, en el siglo que sea, fanático no es gente.



He knows: la paranoia según Mark Pellington

Arlington road, The mothman prophecies

Muchos directores de la actualidad cinematográfica tuvieron como escuela la dirección de video clips. Mark Romanek, David Fincher y Spike Jonze son sólo algunos ejemplos de quienes saltaron de MTV a Hollywood, quienes pasaron de los cortometrajes millonarios de Michael Jackson, Madonna o Weezer, a los largometrajes multimillonarios de la industria cinematográfica americana. Todos ellos habían demostrado ya una personalidad visual antes de entrar al cine y quizás por ello sus respectivas óperas primas eran vigiladas con mayor expectativa que la que disfruta cualquier otro director nórdico.

Mark Pellington, quien ganó respeto por haber dirigido el famosísimo video de Jeremy, de Pearl Jam, debutó con *Going all the way*, en el Sundance Festival del 97. Pasó casi desapercibido ante la taquilla, pero su trabajo le valió ocupar la dirección del thriller *Arlington Road*. Con mucho del mismo equipo que ya había trabajado antes con él y dos señores actores al frente, Jeff Bridges y Tim Robbins, Pellington recrea entonces una visión desesperante del terrorismo desde el primer cuadro: un niño que camina sangrando, mareado, porque ha sido seriamente herido por un explosivo.

Hay algunos vínculos con el pasado: Jeff Bridges ya había sido el policía perseguidor de Tommy Lee Jones en *Blown Away*. El caso de la destrucción de la sede de la CIA en Oklahoma aún estaba muy fresco en el colectivo norteamericano, pues a pocos días del estreno de esta película Timothy McVeigh, autor del suceso, fue "invitado" a visitar las instalaciones de un centro de reclusión para sentenciados a muerte. Quizás esto nos mezcla con mayor efectividad en la historia, pero ello no desmerece el tino con el que las acciones son llevadas a la pantalla en el momento perfecto para hacernos armar la trama sin perder la tensión. Seguimos paso a paso los descubrimientos que podrían ser absurdos de la mano de un Jeff Bridges que en serio parece estar loco hasta que el final llega, contundente. Cine a la Hitchcock con una edición vibrante.

The mothman prophecies, su más reciente trabajo, es una variación sobre el tema de la paranoia. Ya no es la intuición profesional, sino un fenómeno paranormal el gatillo de ese saber demasiado. Además, ya no es sólo una persona la que atraviesa el predicamento, sino un grupo de "elegidos". Sin embargo, el estar aislado sólo o en grupo, cuando quienes comparten el conocimiento se consideran locos entre sí, crea un ambiente psicológico que es la base de una historia interesante y bien contada. *The mothman prophecies* no es una obra maestra. Ni siquiera es una historia original. De hecho, está basada en los sucesos reales que rodearon una tragedia de mediana escala en los Estados Unidos recientemente. Sin embargo, si alguna razón la salvará del olvido es que es una película con personalidad. Una película que crea suspenso cuando lo desea y no abusa de esa facultad, para no darle demasiado sabor a ficción; una película de sutiles detalles que quizás uno note de manera inconsciente y agregue a un muy lóbrego ideario individual acerca de la película, como si transcurriera frente a tus ojos y de una manera paralela y diferente, detrás de los párpados.

El punto frágil de la historia es el villano. El villano no existe, no se materializa nunca, es siempre una duda, una maldad probable. Es además un villano espectral. Tim Robbins juega al malo magistralmente en *Arlington Road* y nos hace más fácil respaldar al agente retirado del escuadrón antiterrorismo. Pero aquí el héroe no existe, dado que no hay un malo. O se desdibuja, complicando al espectador, lo cual a ratos le resta efecto a la tensión. Y probablemente lo más criticable sea la actuación de Richard Gere. O elegir a Richard Gere, quizás, para encarnar a un hombre atormentado. Atormentado a lo cosmonauta de Tarkovski, a lo astronauta de Kubrick. El protagonista no termina de convencernos de su drama y eso le resta verosimilitud a la historia. No como el Jeff Briges que justo antes de descubrir la verdad, acelera su auto para evitar un desastre y nos desespera en el asiento. Gere es plano, calmado, delicado hasta cuando manda todo a la mierda. Gere no es un paranoíco, nunca ha visto uno. O en todo caso, no sabe demasiado.

O. 18102002

El fin del mundo según Crispian Mills

Kula Shaker, Crispian Mills & The Jeevas

*That's where you find me
At the edge of the world
-Crispian Mills*

La primera vez que muchos oímos a Shannon Hoon, difunto vocalista de la desaparecida Blind Melon, fue haciéndole la segunda voz a Axl Rose en Don't Cry. Con Crispian Mills, pasó algo parecido, pero no con los gunners, a Dios gracias, sino con Prodigy. La suya era la voz del tema Narayan del celebrado Fat of the Land. Mills compuso el tema junto a Prodigy cuando ya era el líder de Kula Shaker, cuyo primer disco, K, ya había sido publicado el año anterior pero aún hoy día, aunque cuenta con miles de fanáticos, no es un trabajo cuyo mayor atributo sea la popularidad. Particularmente me lo tropecé gracias a Iván Loscher en un programa de radio matutino y luego me encontré el disco, usado, en una tienda que había en la universidad.

Los tres primeros temas de K son históricos: no soy el único que ve el orden de los temas en un disco como la batería de un equipo de beisbol. Según esa analogía, los tres primeros temas (el primer inning), como todo comienzo, son muy importantes. Para mí, El nervio del volcán, de Caifanes (Afuera, Miedo, Aquí no es así); One step beyond, de Madness (One step Beyond, My girl, Night Boat to Cairo) y K de Kula Shaker (Hey Dude, Knight on the town, Temple of the everlasting light) son tres de los mejores comienzos de la historia. El mejor cuarto bate de todos los tiempos es Until the end of the world, del Achtung Baby de U2.

Psicodelia indostánica y rock and roll es su forma más pura son los elementos que se mezclan en K. Letras que no suenan absurdas pero que denotan que la banda está en otro lado, lejos de tierra (un tributo a Jerry García, el díptico Grateful when you're dead/Jerry was there, es otra pista). Tattva es quizás el mejor tema del disco y fue transmitido por radio y televisión hasta el hastío. Incluso lo interpretaron en un MTV Video Music Awards europeo. One hit wonder lo llaman. Como Collective soul al publicar su primer disco, conservando las distancias. Kula es tan prolífico que en cosa de 3 años publica además casi 10 singles plagados de b-sides, al menos 3 EP's, colaboraciones con bandas sonoras y culmina con la aparición de Peasants, Pigs and Astronauts, su segundo y no tan afortunado disco. A mí me confirmó que Kula Shaker era un grupazo pero el disco se seguía consiguiendo en los remates de todas las tiendas de discos de Caracas. Sound of drums y Shower your love eran temas sencillos completamente radiables, pero no, eso no sucedió. Quizás en Maracay, donde las estaciones de radio han demostrado con el paso del tiempo que ponen mejor música que en Caracas, pero no, ni siquiera en Maracay.

Además, aparecieron los primeros síntomas de preocupación por el fin del mundo. Los



temas compuestos por Crispian eran a ratos absolutamente decadentes y depresivos. Mystical machine gun y 108 battles era sólo una muestra de que el tipo realmente estaba teniendo discusiones consigo mismo. Y estaba perdiendo.

El 19 de noviembre de 1999 (exactamente tres años antes del momento en que se escribe este artículo), Mills manda una carta a todos los fanáticos suscritos al site de Kula Shaker titulada "A message from Crispian".

En dicho mensaje explicaba que se separaba del grupo, previo agradecimiento a los fans por su apoyo, persiguiendo "algo fresco y nuevo". Seducido por internet y el Y2K, Crispian tenía un sueño en el que su web site era una comunión de conciencias, un melting pot que agregaba al oyente en la generación misma del mensaje, un "espíritu colectivo que sea la crónica de nuestra presencia en este momento del tiempo", según sus propias palabras. "Mientras tanto me voy a la India". Y desapareció.



Un par de años más tarde, en el difunto audiodiscovery se encontraban canciones que había grabado como solista, temas más bien melancólicos, temas de hippie que pide dinero en la entrada del metro con su guitarra y ropa vieja.

Al tercer día resucitó de entre los músicos perdidos. The jeevas envió un email a todos los suscritos en la lista de Kula Shaker, para decididamente utilizar lo que ya tenían a favor de un grupo absolutamente distinto desde la alineación hasta el estilo. El nuevo trío encabezado por Mills, se mantiene sobre una línea más bien visceral: se

ha perdido ese sonido de un bajo que casi nos habla, heredero directo del Come together de los Beatles; la psicodelia desaparece casi por completo cuando Mills no tiene quien sostenga la guitarra rítmica y le permita fantasear. En estudio, en conclusión, Jeevas es menos refinado que Kula, pero en vivo, la energía no se ha perdido. Tras varios meses de giras a través de Inglaterra, en noviembre de 2002 al fin se deciden a cruzar el canal de la mancha con toques en Bruselas y Amsterdam.

El primer concierto fuera de UK lo abrieron con un chiste. Tenemos preparada una tranquila sesión de jazz para esta noche. De inmediato aranca potente el B-side más tocado de Kula Shaker: Gokula. Mucha energía desde el comienzo. Randy desde la batería se ríe satisfecho, aunque en la sala apenas hay 50 personas. Los tres cantan en casi todos los temas mientras Crispian brinca de un lado al otro y agita la cabeza con los acordes más agudos.

Aunque la gente canta timidamente y golpea el suelo con los pies ante Virginia, Ghost, Once upon a time in america y los demás temas del 1,2,3,4 (único trabajo de Jeevas, so far) era de esperarse que la gente se animara realmente con Grateful when you're dead, Gokula o la versión "ripped away" de 303.

Quizás por darle redondez al toque, cerraron con otro B-side de Kula, Hush, que acompañó a K como bonus track en algunas ediciones.

Ante los aplausos, Crispian dijo que no tenían preparado un encore y sin embargo, empezó a entonar el rezo que es la letra de Narayan. Así comenzó Into the deep, que continuó con una versión descarnada del Fire de Jimi Hendrix.

Es difícil predecir el futuro de Jeevas. No son mejores que Kula Shaker y no sería realista o sensato desligarse de un pasado que es más grande que el presente. Por otro lado, predecir se nos hace cada vez más absurdo. El mundo podría acabarse pronto.

Isla Desierta Dos

Yo crecí rodeado de música: padre y madre melómanos y dolores de parto bailando un rock n' roll. Mi canción favorita a los cuatro años era Peace frog, de The Doors. Ismael Rivera los domingos en la mañana, trova cubana los sábados en la tarde. Muchos de mis recuerdos los asocio con música y muchas veces comprar un disco es regresar en el tiempo y entender.

Una de las joyas más valiosas que puedo encontrar tras pasar una y otra vez las páginas de mi libreta de discos, es uno de esos discos que oía de niño sólo porque estaba en el tocadiscos de la casa, sólo cuando papá lo ponía. Esa joya es "Canciones del solar de los aburridos", de Willie Colón y Rubén Blades.

Dignos representantes de los mejores años de la Fania All Stars, Colón y Blades reúnen en este trabajo varios de los temas más inteligentes de la salsa de todos los tiempos, que sin descuidar la misión final de entretener y mover a la gente, se proponen enviar un mensaje para el que busque algo más. Recuerdo una fiesta en casa de Esteban, un gran amigo, en la que su mamá, al oír las risas y ver los bailes, nos comentó su deseo de que no fuera solo disfrute, sino que oyeramos también la letra, refiriéndose a la dura crítica a la política imperialista yanqui del clásico "Tiburón" que abre el disco.

Sin embargo, la mayoría de los temas son divertidos. La antirracista "Ligia Elena" y su grabación genial de Rubén imitando a una viejita que se queja de la desaparición de su rubísima hija de sociedad con un trompetista negrito y humilde. La iluminada "Madame Kalalú" es ya un personaje del ideario colectivo de todo el que se denomine amante de los ritmos caribeños. Pero colada entre el ruido y el agite de "El telefonito" o "¿De qué?", una pieza titulada "Y deja" es una de las melodías más dulces que se le pudieran dedicar a una mujer, un ritmo ligero y carioca dándole música a un poema de amor.

La tantas veces versionada "Te están buscando" y los chistes internos entre los colegas de la Fania complementan este disco que quizás en el entorno latinoamericano sólo sea comparable con Siembra, del mismo dueto.

Mi criterio para elegir un disco que me acompañe por el resto de mis días es que logre cambiar mi estado de ánimo a través del tiempo. Canciones del solar de los aburridos es de esos discos con poco desperdicio que uno podría oír por el resto de sus días siempre y cuando no deje el botón de REPEAT accidentalmente encendido. Máximo una vez al día recomendaba un amigo. A menos que el disco lo pida, agregó yo.

El dato del mes

Durante mucho tiempo Airbus era para mí la banda que en su vida lo único que hizo fue un remix de Portishead. Pero ese remix hizo historia: era el bien conocido "Airbus reconstruction" del "Sour times (Nobody loves me)" que puso a Beth Gibbons (quien, valga el chisme, tiene un disco nuevo en la calle junto a Rustin Man, ex Talk Talk) a gritar que nadie la quería. Después (de eso hace ya siete años o algo así), nada. Por fin, cuando busco, hay un tema salido a flote: Gravity. Está por ahí y justifica el antecedente.

Animal, boy, thing (Lástima los carajitos Mix)

Pocas veces se bailará tanto como en un concierto de Underworld. Las luces, los beats, la gente que te rodea; no importa cuán grande sea el espacio que ocupe la multitud, al rato dará la impresión de una discoteca llena. En medio de un festival, cosa que usualmente se traduce en carajitos pirceados, barro y audiencias divididas, pocas bandas logran esa unanimidad, esa transformación del público que de la nada trae mamis arregladitas, ropa de moda y, sobre todo, la democracia del baile. A lo largo de esta crónica, estimado lector, descubriremos cómo sucede este acontecimiento.

Lo primero es el factor mamis. Las mamis son teenagers arregladitas que parecen tener 21 años no importando la edad que tengan. La ropa que llevan lo obliga a uno a ver sus ojos en pos de la discreción y la caballerosidad. Pero durante un concierto de Underworld, los rostros de trance y gozo nos obligan a desviar la mirada a la sensualidad de los bailes. Pero, ¿de dónde salen? La pregunta se refiere a por qué, si durante todo el día uno ha visto una paisaje grunge, de repente se siente un ambiente chic. El secreto está en las tiendas de techno, uno o más escenarios que dedican todo el día a la música electrónica y que uno a veces no visita de tantos conciertos en otras tarimas. En este caso, gente como el DJ Shadow o Gonzáles vienen a ser teloneros remotos para el dúo de Rick y Karl. Darren Emerson, el ex tercero y ahora solista, demostraría en una tienda parecida si era él el cerebro del clan o no (lo cual parece ser cierto a juzgar por el poco éxito de Two months off, el más reciente trabajo de Underworld, primero desde su salida). Las tiendas de techno (en todas sus variedades), no nos desviemos, albergan a est@s party animals, que a veces hasta tienen la delicadeza de tomar una ducha y buscar una franelita nueva de las chicas superpoderosas o algo igualmente kitsch.

Mientras esto sucede, la tarima principal esta poblada por soldados del metal que agitan las cabezas bajo el influjo maléfico de la música de Korn y en algún momento se preguntan si el vocalista está en verdad tan gordo o la cámara está defectuosa. Apenas termina Korn, los fanáticos salen a buscar algo de tomar y cuando regresan, sus lugares han sido tomados por una fauna completamente distinta. Sin embargo, detrás de mí se instala un grupito de 6 a 8 púberes con franelas negras. Al lado un pana prepara el MIDI, para grabar la sesión, como lo hizo hace unos días en Köln, como lo hará meses después en Gent.

Al fondo del escenario se infla una gran pantalla de plástico, un híbrido entre un colchón enorme y muchas almohadas unidas, pero inflable y plástico, eso sí. Los visuales hacen pruebas mientras ya suben esa especie de altar que son los artificios electrónicos que estos nuevos dioses utilizan para seducir a sus fieles. Los niños de negro siguen ahí y cada cierto rato me tropiezan entre sus brincos y chillidos.

Al fin arranca Dark Train. Nadie baila, es más bien una inestabilidad, como si todos nos balanceáramos lentamente y en grupo tras finalizar los aplausos de bienvenida. Rick se toma su tiempo al ir agregando sondos en la consola mientras Karl se coloca sus audífonos y se deja llevar, en la tarima, como si estuviera solo.

Poco a poco van apareciendo los rastros de Cowgirl (Everything Everything se repite sin cesar) mientras los carajitos se burlan de la música y de la audiencia como yo lo hacía en mi época de pseudoskapunkgrunge. Igual era una ladilla: Dark Train es como un pasadizo hacia un mood al que no se puede llegar rodeado de abucheos adolescentes. Cowgirl finalmente acelera los beats y la gente empieza a bailar mientras Karl declara que es invisible, que no hay razón para mirar. Tres mamis están frete a mí, ninguna me prestará atención, pero bailan divinamente.

Karl toma la guitarra y ejecuta un tema del disco nuevo que para ser honesto, me aburrí muchísimo. Santana goes techno. Nada del otro mundo. Y como si lo supiera, sin intro alguna, Rick lanza el bajo de King of Snake seguido sin pausa de Pearl's girl. Un par de temas monumentales, un láser verde que meticulosamente scannea a la multitud. Además, ocurre el milagro y los fans de Korn have left the building. Más espacio para bailar y varios nos miramos entendiendo que el alivio no es individual. Así se crea esa comunidad voodoo que son los autodestructivos participantes de un rave.

Un último tema del A hundred days off, obligado, porque lo están promocionando y la fiesta comienza de nuevo con un Born Slippy brutal que todo el mundo corea gracias a Trainspotting. Push upstairs continúa y le da paso a Rez.

Rez suena a despedida y la prolongan entre sonrisas y manos serpenteando. Terminan y la gente se queda con ganas (difícil que no suceda), Rez es un final muy ligero. Recogen sus cosas, ya hace media hora que debieron haber terminado. Los gritos y aplausos los retienen en el borde de la tarima, aunque ya las luces están encendidas y anuncian el fin de la jornada. Rick habla con Karl, luego con alguien del personal técnico. En cosa de dos minutos Karl dice que consiguieron algo de tiempo y arranca Moaner, mi favorita. Karl declama, se arrodilla, grita, poseso, animal boy thing, moaner moaner moaner.

El final más enérgico que se pudiera imaginar.

Nadie se queja, ahora sí ha terminado la fiesta.

A manera de agradecimiento (con dejos de farándula)

Por favor, no me tomen por antipático: empezando el año tuve la suerte de caminar por la National Portrait Gallery de Londres junto a mis amigos, Nelson y Karla, quienes amablemente me recibieron como un miembro de su familia y a quienes les agradezco enormemente su hospitalidad. Para más sifrinería, anotaré que llevaba mi franela de Spiritualized, sólo porque es un dato importante (pido paciencia).

En la galería de descubridores de nuevos mundos, rodeados de pinturas del Capitán Cook, el Alba Quartet se prepara para ejecutar piezas de Mozart, Dutilleux y Webern para los visitantes. Tomo asiento y cuando Nicola Sweeney, violinista, se percata de mi presencia, se sorprende y se lleva una mano a la boca en un gesto de casualidad increíble.

Se acerca a mi puesto, se sienta y me comenta que ellos participan en la grabación del próximo disco de Spiritualized, que será publicado en los próximos meses. Me comenta además que su novio es parte de la sección de metales del disco anterior, Let it come down, que fuera reseñado hace algunos meses en esta sección. (clic)

Farándula de carambola.

Como guerra de minitecas

No había terminado el liceo cuando en el parque de ferias de San Jacinto se llevaban a cabo estos pintorescos espectáculos en los que sencillamente, el ganador (usualmente ZC o El Canto del Cisne), era el que sonaba más duro.

Así fue el concierto al que asistí la noche del 16 de enero de 2003 en un auditorio lleno de la Universidad Libre de Bruselas, estelarizado nada menos que por William Lara (que se mantuvo todo el tiempo oculto, detrás de la batería), Juan Barreto y Tarek William Saab (un tanto más gordo, para que no digan que la revolución trae hambre). El telonero no era menos que Maurice Lemoine, reportero absolutamente oficialista de Le Monde Diplomatique.

Lemoine abrió con un abanico de verdades que revelan una oposición torpe, con algunos datos absurdos (dijo que la pobreza jamás había estado tan baja como durante el gobierno de Chávez), ignorando muchas otras verdades que revelan un gobierno irrespetuoso y contradiciendo a futuro lo que dirían las estrellas de la noche.

El moderador, un belga, creo, bonachón y ligerote cuyo nombre no alcancé a oír, entregó las reglas del juego: tras agradecer a Maurice, indica que es el turno de Saab, con traductora rubia luego de Barreto, con morena, y despues le toca a El Canto del Cisne hacer sus preguntas.

Saab defendió al gobierno de toda acusación totalitaria, argumentando que en Venezuela no se asesina o tortura a la oposición. El timbre de la defensa era del tipo “podríamos hacer las cosas peor, así que dejen de quejarse, malagradecidos”. Faltaba más. Su segundo tema fue el single “La ley de tierras y la oposición caudillista” del que solo interpretó los acordes más básicos, pues esos increíbles solos en los que se explica por qué si ya la ley de tierras, la de hidrocarburos y la de pesca entraron en vigencia, la cosa sigue tan igual, brillaron por su ausencia.

La primera contradicción con Lemoine vino cuando, tras la seguridad con la que el telonero afirmó que todo estaba bajo control, a Tarek se le escapa que en Venezuela se cocina con leña. Genial. La segunda, ya una contradicción general, cuando denuncia una agresividad y violencia “inéditas” en la historia de Venezuela por parte de la oposición (olvidando por completo las tanquetas del '92, por supuesto).

Tarek cierra su concierto con un poema SUYO. Por Dios, SUYO. Tantas cosas han escrito desde Bolívar hasta Alí Primera, pero al humilde poeta le parece que lo que mejor refleja este momento de trance es un poema propio.

Barreto toma la voz para explicar qué es la V República y hace referencia a anacronismos de oposición. Metió en su “Recuento de la contemporaneidad latinoamericana (Extractos positivistas Vol. I)” a todo revolucionario de oficio desde Zapata hasta Sandino. Gracias a Dios no mencionó al Ché (one more time, Estd. May '68), porque habrían hecho una ola sus fans.

Habla entonces del referéndum consultivo y reta a la oposición a demostrar que realmente tiene dos millones de firmas (cosa que se vería con el referéndum que intentan evitar, me imagino) e ignoró olímpicamente agregar que precisamente, el que no acepta el reto es el presidente mismo.

El auditorio tiene el derecho de palabra, monárquicamente gobernado por el moderador

belga, que, tan buenazo que se veía, callaba a la gente como si de sus hijos se tratara, ante las voces de autoridad que le exigían conservar la etiqueta (ilusa, pensé para mis adentros). “Ese es el problema de Venezuela, la falta de respeto”, reclamó la señora y no pude sino darle la razón. Un muchacho que estaba cerca tuteó a Tarek para reclamar algo y el moderador belga, tan buenazo que se veía, le lanzó un cachetón. Lo peló.

Las preguntas “bolivarianas” eran respondidas con slogans (“evitaremos la guerra civil aunque para ello tengamos que dar la vida”) y las preguntas que pedían explicar o aclarar las contradicciones mencionadas (¿por qué si la oposición es tan débil, no se va a votaciones y resuelto el problema?) eran evitadas. Las críticas a la acción del gobierno (“Uds. reclaman una oposición mediatizada y responden con un oficialismo mediatizado en el que el canal del estado es usado para acusar, enardecer a los chavistas e incluso radios locales, presuntamente oficialistas, invitan a destruir medios de comunicación”) se intentaron callar con la premisa: “señora, ¿tiene ud. una pregunta o no?”.

En resumen, un concierto bastante aburrido en el que si algo valió la pena fue la destreza de las traductoras simultáneas, que aparte de lo lindas, hicieron su trabajo al pelo y hasta tradujeron el chiste de Tarek sobre Irene y Miss Universo, y el perenne chistecito de Barreto según el cual, tener claro el deseo de proteger lo que tenemos (sin tener idea de cuán pelabolas podemos ser lo opositores) no nos hace peores personas. Saab y Barreto no tocaron los temas que el público pedía a gritos: simplemente subieron al escenario a interpretar las canciones de siempre, las canciones que la audiencia ha oído mil veces y se sabe de memoria y ni las entiende ni las considera buenas.

Sin embargo ganó ZC, porque desde la tarima siempre se suena más duro.

Una cosa si le agradezco al presidente Chávez: el buen tino de no entregarle a Saab el Ministerio de Educación. No vaya a ser que mis hijos tengan que estudiar “Mi pueblo es un tren/que pasa de madrugada” en bachillerato. Que Dios no lo quiera.

-O. 16012003

El dato del mes

el dato del mes no es propiamente musica (va ademas de ultimo minuto, sin acentos ni mayusculas. si alguien detesta eso, no siga leyendo, no es mi intencion herir almas sensibles). el dato del mes (reiterativo ademas) es un cuento del venezolano manuel llorens que recién fue publicado en el numero de febrero de la revista electronica ficcion breve, que yo, por carinio, llamo miccion breve :-)

el cuento se llama "de cuando en cuando un Dios". es un relato corto cuyas referencias a los ochentas dorados del pop venezolano lo convierten en un texto excepcional.

la direccion es www.ficcionbreve.com

vayan alla, pero regresen, porque me puedo meter en un peo con el editor.

-O

¡Janis vive! (o La asombrosa capacidad de síntesis del humo del cigarro)

Beth Gibbons & Rustin Man. Out of season.

Una de las amigas que más aprecio, la menor de una de las familias que más aprecio, dijo una vez y se me quedó en la cabeza, que Beth Gibbons era lo más cercano que había a la reencarnación de Janis Joplin. La vocalista de Portishead nunca hizo nada para desmentirlo, bien podría ser cierto. Solo diré que a ratos estoy de acuerdo con que Beth se parece a los episodios calmados, los episodios “blue blue blue”, de la rockera muerta.

Out of season, el trabajo recientemente publicado por Gibbons junto a Paul Webb (aka Rustin Man, ex bajista de Talk Talk) es, en resumen, una “melancolía ‘blue blue blue’ como solía llamarla Octavia”. 10 temas que no atrapan pero plenamente disfrutables desde la primera vez que son oídos; 10 temas inesperados, por anacrónicos. Un equipo en el que no por casualidad y quizás como buena señal acerca del futuro de Portishead, participan Clive Deamer y Adrian Utley, batería y guitarra de la banda de Bristol. Utley, además, hace las veces de productor en algunos temas, cosa que ya había hecho para el celebrado “Felt mountain” de Alison Goldfrapp (Nota del editor: este dato se demuestra incorrecto y es corregido en el artículo Junk food divas).

En Out of season no abundan los experimentos sonoros de samples y scratches a los cuales Geoff Barrow, cerebro de Portishead, era adicto. Es un disco melódico: uniforme y no por ello aburrido. Un disco más bien acústico. Un disco de susurros y escobillas en la batería. Un disco de poesía. La voz de Gibbons es completamente excepcional y a veces es acompañada por un llanto de sirenas que hace de background. Una muestra de 30 segundos de cada tema puede ser oída en www.bethgibbons.com sitio que anuncia también los escenarios elegidos para la gira que da soporte al debut “solista” de Beth.

La gira Out of season es una interpretación en vivo de todos los temas del disco, pero de una manera a la vez tan distinta que enriquece y complementa increíblemente el trabajo de estudio. Una gira de teatros con un juego de luces a la vez discreto e impresionante, mil veces ensayado, siete personas en escena que parecen improvisar perfectamente acoplados, cosa imposible.

Mientras suena la pista de Rustin Man, el último tema del disco, van subiendo los músicos. Utley toma una guitarra, Webb un acordeón, una luz cenital muestra por fin a Beth que ya estaba ahí: Mysteries es el inicio real del concierto. Tres minutos más tarde Beth se voltea hacia la batería a emitir esa vibración de frecuencia imposible que es su voz y que ella misma modula haciendo girar un botón. Romance entra luego, tras un leve saludo en francés, con un bajo y una guitarra que no suenan sino policiales.



Drake es casi un intermezzo jazzístico. Como si Beth fuera una suerte de medium y le prestara esta vez su cuerpo a Billie Holliday para balancearse siguiendo los golpes del bajo. Resolve prolonga la sutileza del ambiente y le dá permiso a Spider monkey de continuar erizando la piel de los asistentes cuando Beth toma una guitarra, dá un paso atrás y empieza a gritarle al micro en ese registro de soprano, de esa manera que solo ella...

Tom the model es interpretada de manera más sencilla, sin la sección de metales y con el violín jugando el rol del arreglo de cuerdas. Sand River deja entrever tímidamente un beat, como si la interpretación fuera un remix en vivo hecho por Portishead. Pocas veces se tiene la oportunidad de disfrutar de un sonido tan perfecto, tan limpio, tan lleno de detalles (durante Drake, el sonido del bajo es emitido por ese armatoste que tan diestramente lleva la batuta de un mariachi).

La interpretación de Funny time of year, sin duda el tema más importante del disco, fue definida por la revista británica NME, y les robo el adjetivo porque no hay otro, como "incendiaria". La interpretación se prolonga con muchísima fuerza, con reverb en la guitarra de Utlej mientras sin mayor delicadeza Deamer golpea un redoblante. Janis toma un cigarro y se adueña de un teclado que azota inclemente mientras agita el pelo. En silencio agradezco a Dios que me siga dando razones para pensar que cuando muera no sentiré haber perdido mi tiempo.

El encore despierta la pregunta: ¿tocará algo de Portishead? De alguna manera, todo el mundo espera un cover pero nadie sabe si sucederá. Y de suceder, nadie tiene la más vaga idea de cuál será.

Alguién gritó con asombro (WOW! dijo). Alguien reconoció, arriba, en el balcón, los primeros acordes de Candy Says, de Velvet Underground. Una versión preciosa del tema compuesto por Lou Reed en la recta final de los sesentas. Qué muestra de buen gusto elegir este tema de entre tantos, un tema que los más fanáticos tendrían fácilmente un par de años sin oír.

El cierre esta a cargo de Show, uno de los temas más sencillos del disco. Los músicos se retiran y Beth agradece con su pobre francés y se ríe y se acerca al público pidiendo un yesquero. Apenas ha pasado una hora desde el comienzo del primer tema. Si hay algo de qué quejarse es de lo corto del espectáculo, pero todos esperábamos algo así. Aún no se han encendido las luces y aunque está prohibido fumar, alguien dá una calada y un rostro se ilumina serenamente. Se me antoja que esa imagen resume el concierto. La asombrosa capacidad de síntesis del humo del cigarro.

Yo sigo aplaudiendo. Intentando recordar dónde he oído antes "Candy says/i've come to hate my body". Lou Reed también vive.

-O.

<overde@yahoo.com>

De Antímano para el mundo

Oscar D'León live in Belgium.

El invierno no había terminado. Atravesar Amberes en bicicleta para asistir a la rueda de prensa de "El Sonero del Mundo" era casi quebrar la piel del rostro y las manos.

El hotel queda en las afueras, donde hay más brisa, tan placentera como dolorosa. En el morral llevaba la grabadora, las credenciales de panfletonegro, el email que autorizaba mi presencia en la sala, la cámara y una bandera de Venezuela, por si acaso.

En el lobby hay mucho movimiento, mucho negro cuarto bate. Arriba está Lázaro Valdés, líder de Bamboleo comentando que en su familia se está muy orgulloso de las varias generaciones de músicos, de las que destaca a su abuelo, Vicentico Valdés, a su padre, pianista de Benny Moré, a su tío, percusionista de Irakere y la cercanía con Chucho Valdés.



Tras una pausa, entra Oscar D'León, dicharachero, con la familiaridad que lo caracteriza, entra a la sala con un "¡Bueno!" y uno por uno, saluda y le da la mano a todos los periodistas, en su mayoría Belgas, Holandeses, uno que otro latino coleado, pero casi todos hispanoparlantes. Mientras que Valdés fue casi enteramente traducido, cosa que hizo la entrevista bastante lenta, al sonero del mundo lo primero que le dijeron fue "aquí todo el mundo habla español", cosa que aprovecha para hacer un chiste comparando su calva con la de un enviado de un programa latino de radio en Bruselas y para dar una breve introducción a su presencia en Bélgica.

"Vamos pa' llá". Comenta que en su cuarta visita en Bélgica promete un concierto pleno de música latina desde rancheras y chachachás. Agradece a la prensa el apoyo que le dan a los movimientos latinos en Europa. Recuenta que durante su primera visita, verano del 90 o el 91, su música no era conocida pero que caló lo suficiente como para motivar que actualmente sea el nombre más llamativo del festival latino más grande de Europa. Nombrado Rey del Carnaval del Festival de la calle Ocho, ha tenido una agenda apretada de medios y presentaciones públicas. Resalta que por la antigüedad del compromiso presente no pudo asistir al concierto en homenaje a Celia Cruz, cosa que lamentaba muchísimo, el no estar con Celia, dado lo reciente de sus problemas de salud. "Gracias. No te beso porque te pinto", le comentó entonces a un periodista que le regaló una foto de él junto a Celia, tomada tres veranos antes, en un festival.

- Sigues tocando música cubana - afirma, preguntando, un periodista.

- La música cubana es la que me ha dado presencia mundial. No la voy a dejar por nada, por el contrario, voy a seguir enriqueciendo mi repertorio con música cubana de otrora, porque me ha dado muy buenos resultados y no solo por eso, sino que además es mi música de planta, como decimos.

- ¿Hacia donde siente ud. que va la salsa? ¿Qué se puede esperar de la salsa ahora y en el futuro próximo? - mi primera pregunta en la historia del show business

- Los jóvenes tienen mucho que ver con el movimiento. Lo único que priva es la piratería de discos, que está cercenando las ideas de las grandes empresas disqueras y la desaparición de las pequeñas. Si esto se logra arreglar, van a salir muchos nuevos valores, que los hay, pero que no se les da cabida porque las disqueras no invierten en nuevos artistas. Eso puede producir una merma en el avance de la salsa. Hoy se hace salsa pop. Celia entró en esto y este servidor también entra en esto con el nuevo disco, que salió apenas unas semanas atrás, con un tema que se llama la Mazucamba.

- Mazucamba, a mí me encanta – la traductora comenta que le encanta.

- Lástima que no hay un reproductor aquí para oírlo – dice Oscar, tras confirmar que no hay manera de oír su nuevo disco, aunque una periodista de primera fila lo tiene y le pide que lo firme.



Comenta la variedad de su disco reciente, que trae salsa, vallenatos y demás exploraciones del universo bailable latinoamericano. No podía faltar quien preguntara su secreto para mantenerse tan joven y presto responde que uds., las mujeres, son las que lo rejuvenecen a uno.

Tampoco podía faltar quien preguntara su opinión sobre la situación política y él declara que la ve difícil pero que él siente mucha esperanza. Declara que aunque tiene sus ideales, no siente correcto parcializarse por un lado o el otro, sino más bien unirse al deseo general de una solución pacífica y democrática a la crisis actual.

Recuenta, a petición, sus incursiones en la salsa erótica y el bolero, grabaciones con otros artistas y reconoce que su nuevo disco es un experimento pero está seguro de su éxito. Una señora pregunta qué debe hacer para contagiar el sentir de la salsa desde el programa de radio en el que trabaja. Mucha gente europea quiere lograr que la música latina gane espacio en su pedazo del mundo, y por un momento se discute sobre la diferencia cultural, sobre cuán arraigado está el trópico en el Caribe y sobre cómo se le bloquea el acceso en el norte. No es mucho lo que ella puede hacer, pero poco a poco los festivales latinos dejan de ser sólo un hecho pintoresco de verano y van creciendo y la gente no sólo compra el disco a la salida del concierto como souvenir, sino que intentan aprender a bailar y hasta disfrutan de la música mientras cocinan. Cada vez es más tangible el hecho de que los músicos latinoamericanos llevan una imagen de una cultura y, sí, el señor D'León es nuestro embajador ante miles de espectadores del mundo.

En el Sportpaleis de Amberes, nuestro embajador es precedido por su orquesta, que prepara el terreno de manera instrumental y dicta lo que será la forma general del concierto. Ya tocó Bamboleo. Ya Mala Fé tocó su merengue neoyorquino y subió a las mujeres latinas de Bélgica a mover las caderas. La que ganó llevaba un top con la bandera de Venezuela. Y estaba divina. Luego vendría Kassav con soca de Guadalupe (aunque para mí no existían antes de esa noche parecían tener un renombre envidiable), pero ahora está la orquesta de Oscar D'León interpretando versos de temas clásicos de Lavoe, Puente, la Dimensión y demás leyendas de lo latino. Cuando entra la estrella, la tónica no cambia: Castellano, qué bueno baila usted; un trozo de Siete hombres y un destino (¿o era de Bonanza?); banderas de Venezuela que lanzan al escenario; Llorarás, gente que se lanza a bailar a la tarima, mujeres que enloquecen cuando se baila cerca del público. La gente enardecida baila con personas que no conocen, que no volverán a ver. El sudor le dá un aspecto terrible a la gente. Probablemente yo soy el único mariquín que se dá cuenta. Me estoy haciendo viejo.

Como lo prometió unas horas antes, lleva a su público de paseo por el Perú, por el México de José Alfredo Jiménez y por cerca de una hora, muy pocas pausas interrumpen el espectáculo en el que hasta su bajo y él se hacen dos en uno por unos minutos.

Como la entrada era gratis, me voy antes, cuando se van los venezolanos de la tarima. Otro día oiré soca, o quizás no. Hace más frío afuera, pero recordando la energía que le puede transmitir a miles de personas un señor de sesenta años que se ha pasado treinta entreteniendo a la gente, hace que casi no me dé cuenta y que el camino a casa se haga más corto.

Confieso que hasta un poco orgulloso me sentí.

El dato del mes

El dato del mes no tiene nada que ver con la crónica del mes. El dato del mes obedece a que recién estoy entrando en un submundo de la música electrónica que siempre había visto como de lejos y con mala cara. Es el mundo del lounge, el Buddha bar y el electro jazz. El mundo que se empezaba a ver a través de St. Germain y Thievery Corporation. De ese mundo de híbridos aparece el encuentro del tango con los samples que proponen los argentinos radicados en París de Gotan Project. Su disco "La revancha del tango" es uno de los mejores trabajos que llegué a oír el año pasado. El otro dato es Koop. Koop es un grupo de downbeat jazz sueco, que realmente sabe como incorporar los virtuosismos de flauta y una batería a ratos hiperquinética a un ambiente relajado. El único disco que les conozco es "Waltz for Koop" del que Soul for Sahib, Bright Nights y Relaxing at club Fu**ing son tres joyas que hay que oír. Bueno, eso, destáquense con la búsqueda.

Michael Kelly is dead

Bloody Sunday de P. Greengrass

Ivan Cooper oye la lista. 13 personas han muerto en Derry el 30 de enero de 1972. Finaliza el domingo sangriento de Irlanda del Norte: tras un día absurdo, de luchas, de ver la sangre de sus amigos, de sentirse responsable de esas muertes y heridas, Ivan Cooper al fin se levanta y el mundo deja de existir para él y sólo hay espacio para su llanto y para repetirse que Barney ha muerto, para recordar que tuvo que decir a la madre de Michael Kelly que su hijo había muerto en la marcha que él había prometido sería un reclamo pacífico por el respeto a la dignidad y a los derechos civiles.

Bloody Sunday no es un documental. No es tampoco del todo ficción. No se puede mentir del todo sobre algo tan terriblemente cierto. Tampoco se puede saber la verdad de algo sobre lo que siempre hay tantas mentiras. Bloody Sunday recrea los hechos de ese domingo fatídico en el que los soldados del gobierno británico dejaron de ver a los manifestantes como gente y empezaron a verlos como terroristas. Narra en su preparación cómo los militares hablan abiertamente del “enemigo”, refiriéndose a niños de diecisiete años. El ejército está enardecido: van a encarcelar hooligans. Van a servir al buen gobierno de unidad británica. El ejército, los adeptos al gobierno, disparan a una muchedumbre porque ahí, entre ellos está la amenaza que el gobierno tantas veces ha señalado, la amenaza que sus superiores les describieron por radio, desde una oficina.

La historia nos es familiar: una marcha pacífica en la que hay gente enardecida se desvía de su ruta. No todos son inocentes. Un grupo defiende al gobierno y no permitirá que la marcha de los “terroristas” llegue a la casa de gobierno, caiga quien caiga. Poco importa quién disparó primero, ya la simplificación de bandos es la guerra en sí. Al final se justificará, se dirá que nos defendimos, los militares serán condecorados por la reina, los pistoleros del puente serán exculpados, porque no se puede demostrar que asesinaron a alguien. ¿Y es que no es delito entonces pararse en un puente y disparar a una muchedumbre? ¿Se sale libre después de hacer eso?

Ivan Cooper ve caer activistas desarmados de la lucha por los derechos civiles. Banderas blancas cubren cadáveres. Madres llorando a sus hijos, hijos llorando a sus padres. Ante la prensa, bando y bando dicen “la verdad”.

Bloody Sunday me deja claro que la verdad no existe. Que si existiese, no importaría. Que lo que importa es que yo entiendo lo que sucedió, independientemente de ser protestantes o católicos o chavistas o de oposición o que los pistoleros estén o no uniformados. No hay necesidad del efectismo de un Saving Private Ryan o de lo explícito de Black Hawk Down para entender el horror del odio que lleva a la gente a disparar obedeciendo un sencillo flujo de adrenalina.

Lo importante no es quien disparó primero, Bloody Sunday no intenta aclarar un momento por demás confuso, lo importante es que al crear ese odio, al simplificar, al deshumanizar y demonizar al que no piensa igual, es cosa de una chispa, de un error, de un chisme, para que se desate la locura. El resto es retórica, política, mentira.

Menos de cinco minutos

Perla negra, tema clásico de Yordano di Marzo, indispensable a la hora de la fogata con guitarra en la playa, recita en su letra:

La cama todavía caliente
quién sabe cuanto sabrá
y en menos de cinco minutos
dejo mi aliento
en un cuerpo cansado
de tanto rodar.

Ruben Blades, algún tiempo más tarde, al presentar en su disco en vivo la “Canción del final del mundo”, comenta que a un misil le toma cinco minutos impactar tras el lanzamiento y que en esos cinco minutos no hay gran cosa que uno pueda hacer. Alguien del público pícaramente le comenta que sí hay algo por hacer. Rubén le replica, aun más pícaro, “si lo tuyo es de cinco minutos tienes problemas”. Risas generales.

Hay cosas que se pueden hacer en cinco minutos. Hay cosas que salen mejor si uno se toma su tiempo. Y a quienes se toman el cada vez menos frecuente trabajo de respetar la evolución de las cosas, se les agradece que lo hagan. Kubrick y sus silencios desesperantes a tiempo real, el mismo Rubén y los crescendos de temas como Buscando América. No es algo que uno pueda disfrutar siempre, pero que cuando finalmente uno se toma la pausa, agradece mucho que cosas así existan. El problema, para mí, es que en menos de cinco minutos (y no solo hablo de música), difícilmente se podrá crear una evolución emocional. White rabbit, de Jefferson Airplane es el gran contraejemplo, pero son contados.

En ese orden de ideas, anticipo que no es mi intención comparar a Colplay con los monstruos del párrafo anterior, sino destacar la rareza de A Rush of Blood to the Head, un disco en el que casi todos los temas sobrepasan los cinco, cosa por demás atípica en el massmediatizado-mercado-contemporáneo-global-de-optimización-de-la-producción-de-temas-radiales-de-tres-minutos-y-digestión-inmediata-que-sirvan-para-cubrir-el-gap-entre-una-propaganda-y-la-otra.

Acercas de A Rush of Blood to the Head, me apresuré a decir que Coldplay había publicado el mejor disco de U2 después de Achtung Baby. Tuve la suerte de verlos en Munich en 2002 y se me parecieron a U2. Parachutes me sonó a U2. La voz de Chris Martin me sonó a la de Bono. Buckland me sonaba a Edge (Nota a tiempo de edición: a veces encuentro similitudes increíbles). Pero hay más dentro de ese disco blanco en el que un hombre digital es erosionado de la portada.

A Rush of Blood to the Head es una inmersión en otro mundo. No daré demasiados detalles. Este artículo es algo así como un dato del mes que me salió muy largo. Además, el disco es suficientemente popular como para que no tenga que hacer descripciones muy largas. Sólo podría decir que es un trabajo muy bien balanceado en el que las cosas llegan a tiempo, como en las películas de Hollywood. Politik es un comienzo enérgico y un adelanto de lo que viene: la batería y el piano son golpeados de manera sincopada y tras medio minuto de ruido, viene una pausa vocalizada y dulce, como si una calma siguiera a una rabia y finalmente, a los cuatro minutos, el tema decanta en una frustración, en una profunda tristeza.

De esa tristeza nos rescata sin mucha euforia In my place, vínculo obvio con Parachutes, y más tarde The Scientist nos hunde de nuevo en el guayabo infinito. El ave fénix de Clocks (algo así como “el mejor tema de U2 del año”) da inicio a otro disco, más ecuánime, pero en el que cada tema denota libertad de composición. Claro, si este es su mejor y más libre esfuerzo, a Coldplay le falta crecer aún un poquito para no quedarse a medio camino entre Travis y Radiohead (me refiero a que cualquier persona que tenga que rimar space con space o que no logre sostener el comienzo genial de The Scientist, aún no ha dado todo lo que tiene, espero).

Los últimos tracks del LP son refrescantes, un outro largo y sencillo que va del country al dream pop con naturalidad y sin mayor pretensión sin dejar de lado la calidad. Eso si no lo podrá negar nunca nadie: hoy día, pocas bandas son tan profesionales como este cuarteto británico.

O.

PD: el editor de esta revista, ejemplo vivo de tolerancia democrática, no está de acuerdo conmigo. De hecho, piensa que Coldplay es un cuarteto de mariquines. Cold pussy, los llama.

Pueden insultarlo a su cuenta, daniel@panfletonegro.com

Crónica de un concierto al que nunca fui

Los gusanos, CELARG, 29081992

Un pana, que conoce a un pana, que conoce a un pana, me dijo: guarda esta vaina. Hay como tres copias en el mundo, directo de la consola.

OK, Burda de santo: el concierto abre con un cover. Satélite de Soda Stereo es apenas reconocible de tanto metal que le ponen la guitarra y la batería. A mí particularmente me descoloca, una noche de octubre del 92, el protagonismo que tiene un timbal en un concierto de "rock".

Sex appeal coquetea con algo de ska. Aún no comienza lo que es realmente los gusanos, aun merodean por estilos afines, estilos que los influncian. Lloviendo: Palabras de amor, el más chili peppers de los temas del concierto. La guitarra de Víctor Rossi se muestra prometedora, varios de los solos más pegajosos que haya oído de rockero nacional alguno.

Torombolo, Víctor Mayo para los compañeros de clase, toma el micrófono con la versatilidad de maestro de ceremonias que se vuelve tan importante para la escena de los gusanos. El color del horror es una colección de historias de D-Última y son presentadas como debe ser, con un repaso de la crónica roja caraqueña: un tipo entra a una casa y mata a cuatro personas, otro mata a su esposa en una samurai en la autopista de Petare antes de suicidarse. Cuando finalmente ví a Los gusanos, ese año, más tarde, el intro era el atentado a Antonio Ríos, ¿lo recuerdan?. El tema es enérgico, a diferencia de la versión "demasiado" depurada en estudio del disco, como finalmente saliera a la luz pública, con el apoyo, per cosi dire, de Sonográfica.

Tras Sangre y lágrimas Torombolo se toma una pausa para ir al baño, cosa totalmente inesperada, y alguien toma el micrófono para entretener a la gente anunciando que quedan pocas copias del disco (home made) Canciones de amor. Torombolo regresa con el chisme de que saldría un disco grande para diciembre. Rifan chapitas antes de El ansia y advierten del contenido no apto para almas sensibles de El lado prohibido, un funk decididamente libidinoso en el que látigos que aún denotan desparpajo nos ubican cronológicamente en una fecha muy anterior al video de Roxana Díaz. Un concierto brinda más cercanía mientras mejor comunicación haya entre el público y la banda y en ese aspecto es el concierto prohibido del Celarg insuperable. El clímax del diálogo precede a Danzas negras. Torombolo insulta a un carajo que se pasa todo el cassette gritando mariqueras y recita las acusaciones de que los gusanos ya no son políticos y ven Mtv. Siguen hablando porque una guitarra esta desafinada y nos explica Danzas negras. Bajo el influjo de Cure, Danzas negras hablaba de puertas hechas astillas, de la imposibilidad de olvidar a los torturadores y las lágrimas en rostros de mujeres, signos inequívocos de las dictaduras suramericanas. Lástima la versión tropical que fue final para el disco en estudio.

Es este el concierto en el que Víctor dá su primer solo de guitarra. Una versión "hyper hot" de Antonio Lauro en la que Víctor acelera su Natalia, la acentúa, mete y saca el overdrive y se echa una cantidad impensable de pelones, completamente acorde al post punk que los pudiera haber influenciado.

Es durante el solo que mi cassette cambia de lado, estrategia de la buena fortuna para evitarme arrecheras en el futuro.

Fé nunca salió en estudio, tengo entendido. Distinto destino acompañaría a El angel de la calle, el rap mestizo que describe, como en una entrevista, la vida de un malandro que oye los gusanos, lee bukowski y carga un hierro bajo la franela de los Bulls, malandro que ellos confiesan que existe. Antes de El corte amenazan con desnudarse, cosa que los muchachos, según la farándula y Sonoclips (aprovecho este medio para hacer mi pública declaración de amor a Carla Tofano, a quién una vez me tropecé en la olla de un concierto de Dermis Tatú y no pude decirle sino alguna torpeza), solían hacer.

Una de las rarezas del concierto es Ave de rapiña, que empieza con una declamación poética de Torombolo. "Cuanta sangre derramada por una codicia infinita / cuanto dolor". La letra del tema es brillante. Una de mis críticas favoritas al imperialismo yanqui, por debajito pero no mucho, del Tiburón de Colón y Blades. Una cita bolivariana muy anterior a la banalización del pensamiento del Libertador que propone el gobierno de hoy día, "siembra la miseria / en nombre libertad". Y me asfixias y me mientes y sobornas y corrompes, asesinas, discriminas y me invades, evades verdades y la guitarra de Víctor alcanza al maestro de ceremonias valiéndose de riffs inteligentes.

Una de las canciones que cambió mi vida fue "La gangrena" de los gusanos. La oí en rockadencia, el domingo que me mudé por primera vez a Caracas, hace casi once años. Ahora tenía ese manifiesto del rock mestizo entre mis manos en una versión única y por favor no se burlen de un alma sensible afectada por la nostalgia :-). Vladimir Quintero dá un solo de percusión que a pesar de ser presentado como música para bailar, se nos hace lento y no por ello menos virtuoso.

Es entonces, durante el último tema del concierto que me viene la duda: Torombolo presenta un tema sin nombre, un "calypso cool" que finalmente asumiría la identidad de Yo me voy y aparecería en el segundo disco de los gusanos, y comenta que la gente si habla paja, porque nosotros somos un grupo de gente seria y nosotros no salimos desnudos en esta vaina. Todo parece indicar que dice lo contrario a lo que hace. Yo me voy es un temazo, la quintaesencia del sonido de gusanos y uno de los mejores trabajos mestizos, al lado de Caifanes y la Maldita. Y el tema termina y Torombolo agradece a los organizadores y pide disculpas por su aspecto.

Si alguien sabe qué pasó en ese concierto, por favor, escíbame. Y si alguien conoce a Carla Tofano, por favor, díganle que la amo.

O.

PD: el pana Héctor Torres escribió una inteligente Carta a Benedetti que fue publicada acá y el uruguayo la leyó. ¿Correrá O. con igual suerte y la Tofano leerá su mensaje?.

PD: tras oír el trabajo Mastropiero que nunca de Les Luthiers por espacio de unos 4 años e imaginarme lo que estaría pasando en el podium, por fin conseguí ese concierto en video y la verdad, me lo había imaginado de manera totalmente errónea. ¿Podrá O., tras once años de incertidumbre, saber qué carajos pasó en aquel agosto caraqueño?

El dato del mes

Quizás alguien haya leído una crónica de hace algún tiempo titulada Every clubbing soul, acerca de un DJ set de Dexter y el otro DJ de The Avalanches. Pues en Audiogalaxy está el intro de ese DJ set, casi íntegramente el que yo oí esa madrugada en Gent. 25 minutos de scratches y bien hilado absurdo. El que lo quiera, que lo busque rápido. No vaya a ser que lo quiten.

Junk food diva's

Goldfrapp – Moloko, Live & studio.

Fé de erratas número dos (seguramente he cometido más de dos errores en los casi dos años que lleva esta columna): Adrian Utley, guitarrista de Portishead, no produjo ningún tema de Goldfrapp. Tal afirmación fue hecha en el artículo ¡Janis vive! acerca del trabajo solista de Beth Gibbons. Si bien Utley participó con su ya reconocible Bass Guitar en el Felt Mountain de Goldfrapp, toda la producción fue realizada por Alison Goldfrapp y Will Gregory, quienes repiten sus roles en el segundo y largamente esperado trabajo, Black Cherry.

Pero para este disco, el dúo abandona casi por completo la melancolía dark del album debut y la trocan por una electrónica con influencias discofunkadélicas. Esto pudo tomar por sorpresa a mucha gente, pero ya el año pasado, en sus fechas como DJ, Alison mezclaba casi exclusivamente temas de lo más kitsch de los ochentas. Tras bailar cuando ella pone White horse de Laid Back o cuando en su gira previa, hace dos años, versionaba Let's get physical de Olivia Newton-John, la sorpresa es menos. Aún así, cuesta acostumbrarse a este nuevo trabajo.

Moloko, por su parte, ha permanecido fiel a una cierta tendencia de la cual su más reciente trabajo, Statues, no se aleja. "Junk food this good doesn't come along everyday", decía VH1 sobre el primer disco de Moloko, Do you like my tight sweater?, publicado en 1997, y la misma estética demente se ha mantenido a lo largo de su discografía, así como la misma calidad a la hora de hacer pop radial yailable.

Ahora, tanto en estudio como en vivo ambas agrupaciones, Moloko y Goldfrapp, parecieran haber confluído, cada una a su propia manera.

Me parece importante, por ejemplo, el afán de experimentar que presentan ambas agrupaciones. El que aparezcan de la nada trombones o un theremin, o una guitarra con overdrive acompañada de maracas o voces alteradas bien colocadas, es un esfuerzo de enriquecimiento y un reclamo del derecho a hacer de la música lo que más nos divierta, con el menor número de reglas posible.

Ahora, para mí, escribir esta crónica es particularmente difícil, por la escasa referencia que tengo de los ochentas. Moloko y Black Cherry me suenan a ochentas de manera poco consciente y quizás la única herramienta que me permita justificar el parecido, sea un dejo de la voz de Ana Torroja, una lejana reminiscencia de Mecano. Espero que quien los oiga intente entenderme, a veces en mi cerebro las cosas más disímiles encuentran puntos comunes, lo cual no tiene por qué ser una fortaleza.

Continuando con el juego de similitudes y diferencias, en vivo, la gente de Moloko da la impresión de recién haber bajado del avión. Los teclados están encima de los flightcases; Roisin Murphy, la vocalista, parece estar borracha o víctima de un jetlag agudo. Una especie de Liza Minelli venida a menos con sus pasos New York, New York. El tecladista (¿Eddie Stevens?) pareciera estar disfrazado de duende y como tal se comporta, como escondiéndose dentro de su inmenso sombrero de copa. Los solos de teclado durante Forever more son virtuosos y salvajes, la guitarra funkeada de Sing it back (Modjo utilizaría un bassline idéntico para su "Lady") sabe como no pasar inadvertida. Moloko en vivo parece una referencia a los musicales de Hollywood, a las mega producciones de plumas rosadas, bastones y chisteras. Murphy no tiene reparos a la hora de jugar con su propia voz y la banda sabe integrar música inteligente a una base tan ... simple. Murphy se mete en un flightcase dejando sus piernas al aire, que se agitan como si un piano inmenso se la estuviera comiendo. ¿Ed? al mismo tiempo, se pone de pie sobre las teclas terminando Sing it back heroicamente, como el caballero que asesina al piano salvaje que intenta devorarse a su damisela. La falta de seriedad también contagia desde el podio cuando los integrantes de Goldfrapp entran con pintas que van desde casi druidas hasta casi putas. La decoración naïf, de luces de navidad que cubren el telón de fondo, y los jocosos comentarios de Alison al público y a sus colegas, todo nos invita a dejar todo juicio crítico del otro lado de la puerta. Ser profesional no implica seriedad, parece ser la bandera.

Mientras la Goldfrapp es una sado mistress de botas que casi alcanzan el borde de la minifalda, que masturba un theremin y no tiene reparos en rozar el microfono con la lengua, Murphy juega a ser una Shirley Temple crecida, una niña malcriada y juguetona.

Mientras Riosin (ruoshin, se pronuncia, según una amiga que ha vivido toda su vida en Cork y me dice que es un nombre muy irish) bailotea como una majorette, Alison grita salvaje frente a un micrófono alterado que agrava su voz de soprano (para delirio de los fanáticos, muchos de los cuales hemos venido a confirmar que es su voz y no un aparato) cuando las luces se tornan rojas.

La alineación es casi idéntica. Mientras Moloko agrega un guitarrista a la banda, Goldfrapp cuenta con un tecladista (¿Gregory?) que resuelve la sección de cuerdas con un violín. Del resto, bastan bajo, batería y teclas para hacer el ruido necesario. El resultado es que con Pure pleasure seeker, Familiar feelings, Forever more o Fun for me, por el lado de Moloko, o con Train (primer single de Black Cherry), Tip Toe (especie de tonta canción-excusa para bailar un striptease) , Human (del Felt Mountain, pero acercada a la nueva estética) y Twist por el lado Goldfrapp, se demuestra que aún hay bandas que pueden poner a la gente a bailar haciendo algo más que presionar PLAY y STOP, mezclar beats o subir el volumen a un canal u otro de una computadora.

Una vez llevaron a Los Amigos Invisibles a Glastonbury y al Gatecrasher por esa razón. El dance parece haberse convertido en exclusividad de DJ's y magos de consola. Quizás el tiempo de las bandas para bailar esté regresando.

El dato del mes

El dato del mes es un tema del duo británico Audio Bullys. Su disco Ego war es bastante normal en cuanto a calidad aunque su mezcla de beats con hip hop es poco frecuente, uniéndose así a la movida británica encabezada por The Streets y Stereo MC's. El resultado es que un rapero con acento británico suena a mafioso de película de Guy Ritchie. Sin embargo, "Face in a cloud", un sample de "Marjorine" de Joe Cocker rodeado de two step beats, es lo mejor que he oído en materia electrónica desde hace rato. Yo no veo televisión, pero me han dicho que el tema es usado por Jackass para alguna presentación o qué se yo, así que quizás les suene familiar.

Mario Puzo visita Los Reyes, México

El Crimen del Padre Amaro de Carlos Carrera

Advertencia: es bastante probable que termine contando el final de la película, pues TODA la película es esencial para decir lo que quiero decir, así que si alguien desea verla antes de leer, bien. Si alguien desea anticiparse a la película, bien. Si alguien desea no leer, bien. Es decir, me lavo las manos, yo no le cuento el final de ninguna película a nadie que no quiera oírlo.

Atte. El autor (siempre quise firmar "El autor" por un no sé qué de enigma que no llega a ser anónimo)

PD: También cuento el final de El Padrino, por si alguien no la ha visto tampoco, no vaya a ser que alguien no sepa aún que Darth Vader es el papá de Lucas Trotacielos.

Hace tiempo, en Feriado, el suplemento dominical de El Nacional, apareció una crítica que me hizo pensar mucho. La crítica iba dirigida a los críticos de Scent of a woman, que repetían que "Pacino estuvo bien, pero Gassman es Gassman" refiriéndose al protagonista de Profumo di Donna, la obra que habría sido el "original" de la versión americana. Comparar nuevos talentos con hitos en la historia del cine siempre ha sido un riesgo altísimo a dejar de lado toda objetividad y es por ello que no compararé el trabajo de Coppola con el de Carrera o el de Pacino con el de Gael García Bernal, sino la evolución de los personajes centrales de ambas películas, El Crimen del Padre Amaro y El Padrino, quizás para mí mismo, para entender qué fue lo que me faltó de la película mexicana.

Amaro y Michael Corleone no son en esencia malas personas, son dos personajes que ante las circunstancias, han debido convertirse en pecadores, cada uno a su manera, por defender su fidelidad a _____ :

- a. el gobierno
- b. la familia
- c. la iglesia
- d. la oposición
- e. cualquiera de las anteriores
- f. no sabe / no contesta

La selección múltiple es mi base para la discusión. Corleone defiende la imagen divina de su familia mientras Amaro resguarda el maltrecho honor de la institución católica, apostólica y romana. Así mismo podría crearse una historia parecida en otro entorno y el enlace con el pelicolón de Coppola seguiría ahí, inamovible, como un mal sueño o una foto de aquél maratón en el que llegaste de segundo y sostienes una medalla plateada (cromada, en honor a la verdad) mientras Tony sostiene un trofeo y Mary lo abraza sonreída.

Amaro es un personaje en esencia inocente que se va corrompiendo hasta formar parte del sistema podrido que luego defiende de sus propias fisuras, porque eso significa defenderse a sí mismo. Corleone es un personaje igualmente inocente que asume la responsabilidad de "trabajos sucios" del clan mafioso, ante las amenazas que caen sobre la familia. Según la novela de Puzo, el punto máximo que alcanza el integrarse a la criminalidad familiar consiste en el acto de mentirle a la mujer que ama. En la novela de Eça de Queirós, no sé cuál es ese punto último, pero en la adaptación cinematográfica de Carrera no se encuentra claro. Pareciera no existir, de hecho, ese colmo de la farsa.

Eso es importante. La evolución psicológica de Michael Corleone es brillante. No hay dudas acerca de los conflictos que pudiera estar teniendo el exsoldado acerca del bien y el mal. Amaro, por su parte, se ve tan feliz en su incursión en la corrupción de mediana escala que nunca nos da la sensación de intensidad que nos brinda un personaje bien construido.

La culpa no es de Gael García Bernal. García Bernal es un buen actor, sobre todo cuando le piden que lllore lo hace de perlas. A mi personalmente me parece que la culpa esta del lado del guión o del lado de la dirección actoral. Si un director pide algo a sus actores, sus actores hacen lo mejor por darlo, pero no darán lo que no se les pide. La historia está en la cabeza del director, él es quién debe exigir consternación o calma o histeria o una sonrisa pepsodent. Por otro lado, si el guión se aleja del centro de la historia, generalmente el resultado es un efecto que se desdibuja, que se diluye y nos conduce a otro lado o a ninguno.

Ese me parece el caso de Amaro. Amaro no tiene tiempo para pensar. Amaro se ve envuelto en tantas vicisitudes que difícilmente podría reflexionar, darse cuenta de lo que hace y reforzar así el que asuma su cinismo por no salir del pozo. El guión de El crimen del Padre Amaro se esfuerza tanto en denunciar la corrupción en la iglesia que se convierte en un montón de retazos unidos por una excusa. En cambio Corleone no es una excusa. Corleone evoluciona, piensa, calla; los tiroteos, la corrupción, los “favores”, son parte de la historia, pero no se salta de uno al otro a través de una excusa, sino que uno siente natural el pasar de una a otra paila del infierno llevado de la mano de Pacino.

Amaro parece evolucionar a escondidas del guionista, que se enfoca más en lo que sucede a la iglesia que en lo que le sucede a él; que se esfuerza tanto en la construcción de personajes secundarios que olvida por completo a su personaje principal.

Amaro recibe una lección de fidelidad de parte de su admirado sacerdote incorruptible que es excomulgado y así, como si nada, se monta en su camioneta y se va. Amaro lleva a exseñorita a abortar y afuera de la clínica, sólo, de madrugada, un elemento lo confronta con su humilde pasado, pero de inmediato, antes de que algo pueda suceder en la cabeza del padrecito, se desangra la niña y otra vez el corre y corre, lo cual además de restar verosimilitud (mal que aqueja a películas tan negativas como Requiem for a dream o tan balurdas como Speed), aleja (iba a decir “espanta” termino que me parece más acertado) todo posible impacto en el espectador.

Espero que despues de haber escrito tanto, haya habido tiempo para exponer una idea y no terminen por pensar que dos cuartillas se pudierna resumir en un “Carrera estuvo bien, pero Coppola es Coppola”.

Gunslingers

Tokyo Ska Paradise Orchestra. Euro Tour 2003.

Tengo varios artículos en la cola. Vainas de Eels, REM vs Coldplay y hasta mambo hecho en Bélgica y Alemania. Pero después de ver a Tokyo Ska Paradise Orchestra los ánimos de escribir acerca de otra cosa son mucho menores. Así que la sección de música repite, pues ya el año pasado tuvimos la colaboración de Carlos Gabriel Morillo, quién compartió con el panfleto la experiencia de ver esta impresionante orquesta en el Rising Sun Festival, en Japón, el 17 de agosto del año pasado.



Me enteré de madrugada. Leía una revista para mantenerme despierto tras una fiesta de cumpleaños. Faltaba un par de horas para el primer tren cuando ví que en el calendario del Summer Jam festival de Colonia aparecía el nombre Tokyo Ska Paradise Orchestra. Generalmente cuando leo algo así me convierto en un carajito de doce años y me pongo nervioso como una fan de Menudo. También estaban en la lista del Eurockeenes de Belfort, el festival francés más importante, y en el programa del Dour Festival de la mitad francófona de Bélgica. Ya era domingo. El lunes compré mi entrada para el último día del festival de Dour.

Unos amigos de Londres y el sur de Francia empezaron a averiguar las fechas que les convenían y consiguieron un calendario de catorce fechas en Alemania, Suiza, Francia, Austria, Bélgica, Holanda e Inglaterra a cubrir en tan sólo veinte días. La mayoría eran sets de 45 minutos en medio de grandes festivales. Pero había unos pocos conciertos dedicados a ellos. Uno se realizaría a pocos kilómetros de Amberes, norte de Bélgica, en un templo consagrado al ska y el metal llamado Lintfabriek.

Lintfabriek es una casa de tres plantas. Para el sábado 19 de julio había dos eventos programados: un festival de hardcore, punk, metal y demás maneras de invocar a satanás y el concierto de los skapara. Originalmente el festival de la yuka era una matinee du rock, pero debido a varias cancelaciones y la baja venta de entradas, decidieron unir las dos actividades. El resultado es un montón de metaleros tocando con la batería de Tokyo. Parecía un desfile de comediantes para un video clip. Gordos, rubios, melenudos, skinheads (lá lá lá), franelas negras y calaveras en donde debía haber japoneses hiperquinéticos vestidos de etiqueta.



Finalmente, después de Poison Idea, Raw Power, Capital Scum y Sick on the Bus, desmontan todo para darle paso a las estrellas de la noche.

En primera fila hay una japonesa que lleva en su diestra los brazaletes del Summer jam festival y de Dour, así que los vería por tercera vez (al menos) en menos de un mes. Yo la había visto en la primera fila de Dour, vestida de idéntica manera, con su camarita recién salida de la fábrica, agarrada de la baranda y brincando con Ska me crazy. Las circunstancias eran radicalmente distintas: Dour era al aire libre, a la una y veinte de la tarde

con un calor seco e infernal, tierra seca que se levantaba con el bailoteo demente de la olla y un set que apenas dejaba oportunidad de respirar. 40 minutos intensos de ska. Shot in the dark, Five days of tequila, Skaravan, Call from Rio, Brave Eagle of Apache, Soul Growl, Ska me Crazy, Howlin' Wolves y otro par de temas, en ese orden y casi sin pausas. La tarima era inmensa y habia una pantalla gigante en la que el director se habría de volver loco eligiendo a cual de los músicos seguir por un segundo. Diez japoneses que brincan de un lado al otro: un percusionista que se acerca al frente a agitar al público con unas maracas, la sección de metales haciendo toda clase de maromas, uno bailando, otro con el teclado en la mano. El MC era el único quieto, pues una lesión en el tobillo lo mantenía sentado en un banquito, alternando entre un saxofón y una guitarra. Recuerdo que durante Howlin' Wolves los metales habían desaparecido de la tarima, volteé a ver la olla (cosa de diez segundos) y al regresar mi vista, estaban todos allí, bamboleando trombón, saxos y trompeta en círculos. Con un sonido impecable, además.



Pero en el Lintfabriek de Kontich la tarima no es más grande que la de The fly, si es que aún existe el local de Chacao. No hay espacio para maniobrar ni pantallas gigantes, pero tampoco hay que respirar tierra ni necesidad de resumir el concierto y dejar de lado algún tema. El set es bastante más largo que en Dour y además incluye Filmmakers bleed, el gran tema que no sonó en el festival alternativo del sur. También hay espacio para All or nothing y Down beat stomp aparte de los clásicos que ya habían interpretado una semana antes.

El calor era impresionante. Ellos entraron de etiqueta, enteramente de negro, pero ya al final, eran varios los que tocaban sin camisa. La humedad apenas permite tomar fotos. Hay poca gente, pero nadie deja de bailar. Los pocos rockeros que quedan del pogo metalero empiezan a golpear a la gente, pero al rato entienden que esta gente es otra y que al bailar ska hay menos violencia y más mamis en la olla. TSPO parece un grupo de jazz que se divierte tocando ska: en cada tema hay solos virtuosos de distintos de los instrumentos, variaciones sobre los temas centrales y esa especie de disfrute bohemio que refleja un Herbie Hancock sentado en la banqueta y recostado sobre el piano disfrutando la interpretación de su baterista. Todos los músicos respetan y celebran la participación de los demás dando una sensación de colectivo en la que es fácil sentirse incluido.

Los micrófonos inalámbricos les permiten jugar un poco, pero no hay mucho espacio y solamente bailan mientras el guitarrista da UN paso para unirse al público.



Un encore y una sensación de gratitud y de intercambio de energías. Tokyo se va, pero se quedan sentados, en el patio de la casa y se toman fotos con los fans. Uno pide por favor permiso de tocar el trombón, otro pide las baquetas y el rodie entrega unas nuevas, porque en las usadas no se lee el nombre del grupo. Afuera se oyen comentarios: "este no es el mejor concierto al que he ido, faltan luces, espacio, pantallas, sonido, pero sin duda es la mejor banda que he visto en vivo en mi vida", "yo aún no entiendo que un grupo tan bueno siga siendo desconocido para la mayoría de la gente", "suenan en vivo incluso mejor que el el disco en vivo" y así. Un bandón.

Gunslingers es el término anglosajón para esa suerte de bandido-pistolero del lejano oeste, ávido de sangre y fuera de la ley, que incontrolable disfruta el rastro de muertos y desastre que deja en su camino. Así se autodefinen con el título de su más conocido disco

en vivo, como esos pendencieros alegres que dejan una estela de desorden a su paso, aunque la ley de las grandes disqueras y de un mercado hermético no lo deseen.

Rock o' clock

La banda arranca con el pesado blues *All in a day's work*. El tema que abre el *Shootenanny* de Eels se extiende por minutos y minutos sin que nada más pase en el escenario. Uno puede detallar qué tan calvo es el guitarrista, que en el bajo esta Kool G Murder y que en la batería no esta Butch. Y que no hay más nadie, que sólo parece faltar Mark Everett, a.k.a E. Cuando empieza a sonar la harmónica, podemos detallar que ninguno de los tres la está tocando, así que todos empezamos a buscar. Spotlights pa' todos lados. El blues continúa, o no termina de arrancar. Kran ... kran ... krankrankrankran... kran ... kran ... krankran ... kran y vuelta a empezar. E toca la harmónica, ¿pero dónde?

Mark Everret entra por una salida de emergencia y atraviesa a unas tres mil personas para llegar al podio. Una vez arriba, parece un policía, por los lentes Chip's-patrulla-motorizada y el transmisor que usa para llevar la harmónica a la consola. Eels finalmente ocupa el escenario.

Despues de un montón de discos más bien calmados (*Beautiful freak*, *Daisies*, *electroshock blues* más los que se me escapen), en 2001 Eels sorprende con el esencial *Souljacker*, un disco que se escapa del curriculum y más bien se alinea con el statement de E "I like to rock". Ahora, los discos buenos corren el riesgo de ser el mejor disco de tu carrera. Eso no es malo. Lo malo es no detenerse. Le pasó a Metallica con *Justice for all*, a Soda con *Dynamo* y sospecho que a Eels con *Souljacker*, pues *Shootenanny* no le llega ni lejos. Sin embargo, este nuevo trabajo, se apega al menos en lo enérgico al camino iniciado con *Souljacker*.

Así mismo el concierto continúa con rock and roll y versiones rockanroleadas de temas más calmados. Jamás pensé oír *Packing blankets* o *My beloved monster* tan acelerados. E elige temas de todos sus discos sin orden aparente y utilizando los mismos acordes para todo. Parece un concierto de los Ramones.

"We've just arrived now. I don't know what time it is now in California. I think noon or something like that. But here in Brussels, it is, let me check, ROCK o' CLOCK." Arranca de inmediato *Souljacker part I*, que para algunos de los que lo han oído representa la quintaesencia del rock. Entonces se calma un poco la cosa.

E es "conocido" por ser bastante Steppenwolf. *Souljacker* era atípico incluso en el sentido de parecer un disco muy alegre y colectivo para lo acostumbrado por Everett, pero en *Shootenanny* vuelve un poco de la melancolía y la individualidad de los trabajos previos. Parece un disco de despecho, de ausencias. Ausencia de pareja, quizás, ausencia del John Parish que indudablemente influenció el aspecto final de *Souljacker*, y ahora, en vivo, ausencia de Butch en la batería (y las maracas). Así, suaviza un poco *Rock hard times*, desempolva *Beautiful freak* y durante *Love of the loveless* se instala a conversar con el público: "Some people come to me and tell me: Mr. E ... Mr. E ... you look very sad ... well I am not feeling sad right now ... you are a beautiful audience, and I thank you for that ... and I would like you to do something nice for yourselves ... tonight, on the way home. Or tomorrow, just don't forget it ... for some it is a sweater you've long desired, for some it is a banana split ... it is different for everyone, but do something nice for yourselves, you deserve it". No en vano sigue siendo el "padrino de las babyfreaks con el corazón roto".

El paseo por la discografía continúa con las luces tan pobres. En el segundo de los cuatro encores retoma el primer tema, pero ahora incluye la voz, además de la harmónica. En el cuarto, con las luces encendidas y una audiencia enardecida, cuando ya algunos empiezan a salir, ellos tocan algo más de rock y hasta un cover que tengo desde ese día en la cabeza,

y tarareo a cada rato pero que aun nadie me ha sabido decir de quien es.

Las respuestas que he obtenido son tan variopintas como las facetas del grupo que genera la pregunta. Como las facetas de un Everett que va del rock plano, sin artificios, a cualquier otro género sin pestañear, y que, según una entrevista previa al concierto, la única diferencia que ve entre hacer un disco de Eels y su participación en el soundtrack de *Levity* (Thornton / Freeman, para más señas), es que ya no puede ser el jefe.

-O. 31082003
<overde@yahoo.com>

P.S: you rock my world.
URL: <http://www.eelstheband.com/>

La nonchalance

Avec: Têtes Raides

No hay manera de saber si el Theatre des Bouffes du Nord de París seguiría siendo tan hermoso tras una posible restauración, o si su belleza radica, precisamente, en la desidia que lo caracteriza. Al entrar me sentí como esa psicóloga que entra a una sala abandonada, poblada por mendigos y maleantes, de la mano de Bruce Willis en esa desesperante escena de Twelve Monkeys.

La decoración es un anticipo de lo que viene: mucha madera, cajas por todos lados, tablas de calidad pobre que cubren el suelo meticulosamente ordenadas, latas, láminas de zinc, todo eso al nivel del público. Detrás, en una tarima muy alta, hay una litera con una escalerita de madera, una ventana que da a una pared, una mesa con micrófonos y cámaras de video. Objetos cuelgan del techo. La gente que llevaba horas agolpada en la puerta se apresura a apostarse sobre los cojines en el suelo o en las sillas del parterre. Los tres balcones se llenan más despacio. En el techo, una inmensa claraboya se muestra oxidada y parece poseer restos de los vitrales que adornaron su pasado.

Muy cerca del público está el primer reto para este pseudocronista: hay una cantidad de instrumentos tal que de la mayoría sencillamente desconozco el nombre. Una tuba, un trombón, varios saxofones, un piano, un violoncello, un violín, batería, guitarras acústicas y eléctricas, un bajo eléctrico y un contrabajo, algo que me suena a theremín, pero que no parece ser eléctrico. Por la X, un xilófono. Hay más artefactos, pero su descripción haría este artículo interminable.

El segundo reto es la banda en sí. Los que hayan leído varios números de esta sección sabrán que mi mayor problema es la clasificación de los estilos. El editor de esta revista se dio cuenta una vez y me regalo un link a una guía multimedia de identificación de estilos musicales :-)

Yo recién los conocí, a través de un disco de Yann Tiersen, con quién trabajaron en el tema *Le jour d'avant*, pero Têtes Raides es un grupo legendario en la escena francesa. Con al menos 14 años de presencia y acumulación de fanáticos, han sido siempre liderados por Christian Ollivier, el autor de casi todos los textos, y se han mantenido, a lo largo de su extensa discografía fieles a un contenido, una filosofía. *Chanson française*, neo realismo poético, *rock à la française*, es difícil para mí ubicar a este grupo en un renglón. Su música es algo gitana, algo cercana al rock o al ska o al tango o al punk. Una amiga los define con una palabra que a mi me lo dice todo: la nonchalance.

La nonchalance viene a ser, en el argot caraqueño, algo así como el “antiparabolismo”. En inglés, algo así como “not to mind”. La nonchalance, según esa sonrisa que mira el techo que es a veces Marjanne Sevenant, es algo así como el reducto más que todo parisino de mayo del '68: ingenuidad, poesía, ropas desaliñadas, dientes careados y mucha calle.

Ollivier es también responsable de la identidad gráfica de la banda. La estética de sus discos, la estética que puebla hoy el teatro de las Bouffes du nord, es aquella de *Delicatessen*, el claroscuro versionado por Jeunet et Caro. Los libros de los discos de Têtes Raides están siempre ilustrados profusamente con un imaginario casi infantil de animales, humanos y demás seres fantásticos.

Así son también los personajes de esta pieza de teatro con matices de concierto, o viceversa. Un noticiero lleva la batuta de las acciones desde la mesa del segundo párrafo. Noticias absurdas y entrevistas a personajes reales a quienes se les dá tribuna para ventilar la problemática de la banlieu parisina, de los inmigrantes o los niños. El noticiero se interrumpe regularmente por cortometrajes de un humor Ionesco y oscuro. “Tengo treinta segundos para convencerlos de que soy mágico” y el tipo de lentes tuertos de nadador, bigotes de Cantinflas y uniforme militar desaparece con el mismo efecto especial con el que el chapulín colorado sufría los efectos de la chiquitolina.

Cuando esta “nueva” raza de teloneros da paso a las estrellas, el teatro parece caerse

entre gritos, silbidos y gente que corea los himnos más conocidos de los cabezaduras.

El virtuosismo de los músicos es comparable a sus habilidades histriónicas: sus rostros y las luces cargan la atmósfera de un dramatismo hermoso. Sin embargo, una de las mayores fortalezas musicales de la banda es a la vez uno de los males que los aqueja en vivo: los personajes mutan de un instrumento al otro a cada segundo. Raras son las veces que dos temas no requieren una larga interrupción para desmontar un acordeón y buscar y afinar una guitarra. Ese silencio que queda cuando terminan los aplausos y vítores le resta la emoción del tema anterior al tema siguiente y hay que empezar casi desde cero.

Pero el milagro sucede y la gente se vuelve a poner de pie y vuelven a patear el piso de madera y yo vuelvo a sentir el balcón temblar. Y no es para menos, porque Iso intercala los golpes al bombo con brincos salvajes sobre el zinc, Lulu golpea sonreído la batería con unas escobillas infalibles y Christian hace descender una silla vieja de madera que cuelga del techo y la hace chirriar para que el sonido del acordeón se ensucie un poco. De los clásicos solo interpretan un par de temas. Café Arranca con Iso al saxo y es continuado por Anne-Gaëlle en el violoncello. Ginette es interpretado con un solo de esa cosa que no es un theremín. Durante poco más de cinco minutos, cada uno toma un libro de poesía distinto y leen en voz alta, caminando de un lado al otro, tropezándose, turnándose el protagonismo para soltar una frase contundente. Muchos temas del disco recién publicado son ya cantados por muchos de los asistentes. Yo recién había podido oírlo por primera vez unas horas antes, en el Fnac de Champs Elysées.

Luego de más de dos horas de espectáculo, el público, es inevitable, se queda esperando más. Las luces se encienden pero no tiene sentido, ahí se quedan, coreando Emily, Ginette, Gino y los demás temas de borrachera bohemia, de pie, sobre las sillas o asomados hasta el vértigo de los balcones.

Sólo Christian e Iso salen a saludar, con un reproductor de cassettes. Mi francés es muy pobre como para entender la dedicatoria de la voz de soprano que sale de la corneta. Una zarzuelita que los deja a todos pensativos y satisfechos.

Yo me fui a caminar. Apenas era medianoche y la vida recién empezaba en Montmartre.

O.04102003
<overde@yahoo.com>

PD: ilustraciones tomadas de los discos Les oiseaux y Viens!
URL: <http://www.tetes-raides.tm.fr/>

El legado de Irmgard Maurer

Gotan Project / Matthew Herbert Big Band

Yo conocí a Irmgard Maurer hace cinco años, mientras hacíamos una pasantía en Caracas. Ella sólo estaría un mes y medio en Venezuela y como yo era el más nuevo, me ordenaron ser su guía oficial, cargo que acepté con humildad, consciente del sacrificio que representa para un maracayero llevar a una rubita bellísima de una playa a una fiesta y viceversa.

De esa manera nos hicimos tan amigos que aún hoy día, aunque pasemos meses sin vernos u oírnos, hablamos y es siempre la misma emoción y nos vamos de parranda y es la misma alegría. A ella va dedicado este artículo.

La dedicatoria no se debe a lo bella que es. No se debe al estilazo con el que se viste, al buen humor que la caracteriza o a la claridad de mente con la que expresa sus ideas. A eso se debe la profunda amistad que le profeso y que tengo la suerte de recibir de vuelta. La dedicatoria se debe a que mucha de la música que me ha deleitado (y más de una vez me ha salvado de la depresión) entró en mi vida gracias a ella. Es además un intercambio cultural perfecto, porque una de sus bandas favoritas es Los Amigos Invisibles y más de una fiesta bávara ha tenido el New sound of the venezuelan gozadera como soundtrack. Por mi lado, empecé a recibir música de ella al año de su partida, con la llegada de Caroline Hunds, quien quizás algún día reciba de mi parte una historia. Caro fue la mensajera de una caja de CD's quemados que contenían toda clase de locuras, desde Moloko hasta el rap alemán de Thomas D y los Fantastischen vier. Al rato de recibirlos, empezaba a identificar la música por todos lados. A veces sentía que ese nuevo filtro que me permitía oír cosas que siempre estuvieron ahí y no vi era como si ella fuera una pitonisa que se adelantara a que, por ejemplo, Thomas D. apareciera junto a Franka Potente en el soundtrack de Lola Rennt.

Cuando empecé a vivir en Bélgica recibí su visita. Ella de acá se llevó la movida afrobeat de Antwerpen (de la cual también vendrá un dossier pronto). Yo, a cambio, recibí de ella los beats melancólicos de Goldfrapp, la sensualidad de Gotan Project y el sobrio jazz de Matthew Herbert, esa vez camuflajeado bajo el pseudónimo de Dr. Rockitt.

De la Goldfrapp ya hablamos hace rato. Lo que nos ocupa hoy es el profesionalismo en escena y la manera excepcional de actualizar los géneros de siempre que resumen la esencia de Gotan y Herbert.

Es además una pena que cada vez que la llamo para agradecerle seguir mostrándome el camino, ella me repite que Munich es un pueblo, que se va a mudar a Amberes, porque las vainas buenas ignoran olímpicamente Bavaria.

Lo que ella aún no entiende (o le da lo mismo, que suele ser el caso) es que Amberes es un pueblo también, pero Bélgica es tan pequeña, que donde sea que toque un grupo termina siendo un lugar vecino, mientras que si Radiohead toca en Berlín, desde Munich eso se traduce en un viaje de fin de semana.

Así, no en Amberes sino en Lovaina y en Bruselas, puede uno ver las sombras de Gotan Project detrás de un gran telón o pantalla de cine en la que también se proyectan imágenes de bailarines de tango. Las siluetas de Phillippe Cohen Solal y Christophe H. Muller están arriba, en la consola, con la sección electrónica de la banda. Abajo esta Edouardo Marakoff, liderando un comando de virtuosos con su guitarra gaucha. Gotan sabe de arrabal y de como montar una fiesta. empiezan bandoneón, violín, piano y guitarra en mano, con un poco de lo que entre el público los conocedores dirán, con facciones estiradas, "oye, que buen world music". Una voz femenina que a mí no me gusta mucho pero que Daniel Pradilla tripea que jode complementa el sabor argentino que indiferentemente puebla plazas, teatros o festivales desde hace un par de años, como parte de una gira que parece no terminar nunca y que eventualmente ojalá toque Munich.

El tango va mutando poco a poco por la presencia de un beat. El telón cae, el bassline de la milonga de amor se acentúa y un par de bailarines entran en escena. A ratos una voz de fondo enumera influencias: Castillo, Troglío, Piazzola, Kruder, Dorfmeister, Pugliese, Thievery Corporation. Es la revancha del tango.

Hay una emoción que no puedo describir que precede el comienzo de Tríptico. Los artefactos electrónicos se silencian y los virtuosos se destacan en el podio, solos de piano, bandoneón y violín, y la guitarra los arma con el par de notas del tema real. Casi no nos damos cuenta de cuando deja de ser tango y cuando empieza el ambiente de club. La gente se descubre a si misma bailando sin haber tenido la intención.

Me intriga sin embargo como puede terminar un concierto de Gotan project. Nunca he podido verlos desaparecer del escenario, debido a uno u otro último tren que debo tomar.

A The Matthew Herbert Big Band si los pude ver de inicio a fin, en Gante, en el marco de un festival de jazz. Ya US3, Kruder & Dorfmeister, St. Germain, Koop y un gentío más han intentado renovar distintas variantes del jazz haciendo uso de los milagrosos altares en los que se han convertido las consolas y los sintetizadores. Pero hasta ahora sólo había oído renovaciones rocknroleras de la música de Big Bands. Desde Brian Setzer hasta Tokyo Ska Paradise Orchestra, pasando de puntillas por el mambo a la americana, miles de variantes del Big Band han sido oídas, pero hasta ahora, YO no había oído de ningún artefacto electrónico metido en la historia. Hasta que Irmgard trajo ese disco de Matthew Herbert.

Sin embargo, yo lo conocí como Dr. Rockitt. Herbert adopta varios nombres dependiendo del tipo de música que hace. Dr. Rockitt es instrumental, lounge, muy sutil, con tintes de Add n to (x) y con una brillante mezcla de lo acústico y lo electrónico. Sólo conozco un trabajo bajo este nombre y es el E.P. en el que figuran Cafe del Flore y Veselka's Dinner, ambas unas piezas bellísimas.

Internet me devolvió el nombre detrás de la etiqueta de Dr. Rockitt y de él si había más cosas a mi alrededor. Al rato un colega me mandó unos mp3's y me dijo "el disco es bueno, pero en vivo es una bestia". Tal cual. El disco no sorprende a nadie que esté medianamente acostumbrado a lo electro. Unos loops aquí, secuencias allá. Pero en vivo es una monstruosidad. La consola se comporta como un instrumento más de la orquesta.

Esto quiere decir: la orquesta es un instrumento más de la orquesta. El concepto en si es casi borgiano. Herbert entra a escena en esa maravilla Art Deco que es el Vooruit de Gent, nos ve inexpresivo, presiona un botón y lanza una trompeta contra un micrófono encendido. El golpe es incómodo. Otro botón y empieza a samplear el ruido del golpe. De inmediato la gente se queda con la boca abierta. Uno por uno entran los metales y uno por uno los va sampleando, superponiendo (respirando confundidos). Es un espíritu lúdico al que se une la orquesta, ya completa. Me pasé horas intentando imaginar como luciría lo que estaba oyendo en el pentagrama. Imaginé algo como esa idea que puso el editor de esta revista en mi cabeza del concierto de Koln de Keith Jarret (¿era ese?), cuya partitura ha sido transcrita con notas como "aquí creemos que esto fue lo que hizo, porque la verdad no estamos seguros".

Una sensual voz femenina (que otra cosa podía ser) completa el cuadro. Las letras estan cargadas de un contenido poco obvio pues Herbert se convierte incluso en un fenómeno político cuando toma un periódico de extrema derecha y lo rompe y samplea el rasguño. Y todos los músicos tienen cada uno un ejemplar y lo rompen sin salir del compás. Lo rompen leyendo la partitura y lo que suena es música.

"If you have a camera with flash... right now is the time to use it. in compass with the orchestra, please" nos dice con marcado acento británico, con marcada flema británica, con la sobriedad que es acentuada por la cola de su traje de pianista victoriano. Y así nos integra a su juego musical.

A pesar de tantos momentos ineludibles, el concierto se hace corto. A pesar del encore con el tema Cafe del Flore totalmente inesperado, que incita a un fanático a gritar "Rock it, Matthew!". A pesar de (o debido a) tan buena música, se nos hace triste que el hombre del saxo se levante y nos presente a cada uno de los músicos en medio de un monumental outro.

E indefectiblemente llamo a Irmgard unas noches más tarde y le cuento y ella me dice que se va a mudar a Amberes, que ahora sí, que mañana renuncia.

Y yo vuelvo a agradecerle que me siga mostrando el camino.

O. 07112003

PD: a partir de ahora intentaré agregar los websites de las bandas reseñadas, en caso de que quieran buscar más información. Intentaré hacerlo también con los artículos viejos, pero no esperen milagros:

Gotan project: <http://www.gotanproject.com/>

Matthew Herbert: <http://www.magicandaccident.com/>

Los diez mil susurros (theraindropstheraindropstheraindropstheraindrops)

Radiohead. Probablemente la mejor banda del planeta. Es poco lo que se pueda decir aún respecto a sus conciertos, pero ahí vamos. No se imaginan cuánto he leído este mes: reviews, artículos, análisis, letras de canciones. He oído los discos una y otra vez, porque realmente no quería chapucear este artículo. Me he tropezado con cualquier clase de cosas: posiciones políticas, poemas brutales, riffs a los que anteriormente no les había parado bolas, links entre canciones. He leído biografías de la banda y los músicos, anécdotas. Estos tipos han vivido demasiado, han creado que jode, los videos son bestiales (habrá alguno malo por ahí); incluso Pablo honey, oído desde acá, desde tan lejos, tiene, en medio del debut, la inmadurez y ser opacados por ellos mismos, una que otra joya, como el Anyone can play guitar que me hubiera gustado oír en un trio mortal junto a Just y Electioneering. Esa es otra, no existe tal cosa como un toque malo de Radiohead. Tienen (como R.E.M o Pearl Jam) tantos temas históricos que pueden evitar cinco de los mejores temas que hayas oído en tu vida y dejarte feliz al final del concierto. Pero así como no tienen un toque malo, casi todos podrían haber sido mejores. Pero bueno, vamos de a poco.

Hail to the thief ha sido un disco tremendamente esperado y hasta ahora no he oído a nadie defraudado. Tan críptico en su concepto como Kid A y Amnesiac, Hail to the Thief se hace musicalmente más accesible con un cierto “regreso” a trabajos anteriores. Algo así como si el Radiohead de ahora, el Radiohead grande y adicto a los experimentos electrónicos intentara retomar el curso del que se desviaran tras OK computer. Hail to the thief es un disco enérgico en el que se visitan casi todas las facetas que la banda ha presentado a lo largo de su discografía. Es además un disco que intenta traducir la caótica realidad de un mundo en el que las metas más inmediatas son guerras o estafas. Hail to the thief, el título, ha sido relacionado (a través de un libro homónimo) a la dudosa victoria electoral de Bush en los Estados Unidos. Según la respuesta de Yorke en ciertas entrevistas, el disco “goes so much deeper than some anti-Bush propaganda”. The gloaming, el subtítulo, probablemente defina mejor al disco. The gloaming, una hermosa y poco frecuente palabra anglosajona para designar el crepúsculo, intenta referirse a esa cierta oscuridad que se cierne sobre la humanidad de inicios de siglo, a esa manipulación de masas, a esa ceguera que de alguna manera “nos” caracteriza. No es tampoco sólo farándula que este disco haya sido concebido en plena experiencia paternal de Yorke. Sail to the moon y I will de alguna manera se refieren tanto a la esperanza que representa un bebé como el temor a que nuestros hijos tengan que vivir en búnkers, a la fuerza que nos transmite un hijo a la hora de pelear las batallas imposibles. El disco fue grabado en Los Angeles, California, tierra de plástico y de llegar a la cima a toda costa, de ser “alguien” sin importar cuánto cueste. We suck young blood quizás sea en parte consecuencia de ese tráfico humano que es Hollywood, de tanta gente prometiendo, utilizando, manipulando: otra de las miles de caras de ese “Thief” que se ha apoderado de todo aquel que posee un mínimo liderazgo o poder sobre los otros. Hail to the thief (the gloaming), es un reflejo, es lo único que pudo salir de cualquier persona que lea el periódico o camine por una calle y observe sin mucho esfuerzo el miedo, la farsa, la oscuridad en la que nos sumimos tan alegres porque los números están mejorando.

Es precisamente el bassline sutilmente techno de The gloaming la que abre el concierto en Bruselas. Quizás esa apertura tan depresiva signó el aspecto general del concierto (he de repetir que no hay concierto malo de Radiohead, sin embargo, los hay semejantes a un cierto ejercicio de ejecución en la que no se llega a sentir del todo un contacto. Algo así como ese estado de euforia que no llega a consumarse que caracteriza a los adictos al éxtasis cuando están en una fiesta arrechísima y han olvidado tomar sus pastillas). 23 temas ejecutados de manera impecable. 17 temas más dos encores. Cambio de instrumentos entre un tema y otro. una hora cincuentaycinco minutos de duración. A eso me refiero, a que no fue nada excepcional para la banda, aunque la banda en sí sea excepcional. Y ojalá no se entienda que fue un concierto malo ni que quiero llevarle la contraria al mundo. Thom Yorke es un frontman excepcional, Colin Greenwood es una segunda voz de lujo y su hermano Jonny es uno de los mejores guitarristas que he tenido la oportunidad de ver. Los tres, además, se encargan de que la sección electrónica nunca deje de erizar la piel del público. Ed y Phil, casi escondidos detrás de las vedettes, también hacen su trabajo impecablemente.

Pero Yorke no conversa mucho con el público y los belgas nunca han sido caracterizados por su efusividad (¿era de Brel esa canción que decía que les flammandes dansent sans sourire?). Sin embargo, tras la energía de $2 + 2 = 5$; tras ver a Thom poseído, brincando de un lado al otro gritando theraindropstheraindropstheraindropstheraindropstheraindrops durante Sit Down Stand up; llega esa joya que es Exit music for a film, que llena la sala con diez mil susurros que no cesan desde el wake from from your sleep con guitarra acústica hasta el ojalá te ahogues con un coro sampleado de ángeles a la orilla de una playa. Kid A es una fija de la gira, con una voz menos alterada por lo filtros. Just, a pesar de un inicio en falso es el primer tema que realmente enloquece a la gente, cosa que en CUALQUIER otra parte del mundo ocurre con la sola entrada de los músicos. Regresa la calma con Sail to the moon y Climbing up the walls, el tema que une OK computer con Kid A. Thom, en su parquedad, presenta el próximo tema diciendo "this is the dirtiest one". Myxomatosis es ciertamente uno de los temas más ruidosos de su discografía. El sube y baja continúa su curso con Like spinning plates (o locuras de Jonny en los aparatos electrodomésticos) para dar paso a Lucky, uno de los mejores temas en vivo, a pesar de no ser tan popular (el grito de pull me out from the aircrash seguido de la guitarra agudísima de Greenwood le corta la respiración a cualquiera que se descuide).

Sube y baja: el cambio de instrumentos tras CADA tema le resta un poco de fuerza al toque (habría que tomar en cuenta que yo no estaba en la olla y allí todo es distinto). El hecho de mezclar un tema enérgico y uno lento también contribuye a mantener a la gente bajo control. Pero mucha gente quiere descontrolarse, mucha gente quiere oír Just, después Electioneering y después Anyone can play guitar para agitar la cabeza sin parar por quince minutos y después descansar con lo que pongan. Pero no. Lucky sube el nivel de adrenalina y Karma police lo baja hermosamente, con gritos de fondo de Colin, que como ya he dicho, es una segunda voz de lujo. Scatterbrain casi arrulla y Thom nos despierta gritando como un tenor venido a menos dando paso al bajo implacable del National Anthem. Thom parece volverse definitivamente loco con Idioteque, saltando extático de un lado al otro, agitando los brazos y la cabeza y casi arrancándose la camisa que le llega a las rodillas.

Tras una pausa aparecen Colin y Jonny golpeando cada uno un par de redoblantes, en ambos extremos de la tarima. El tema no puede ser otro que There there. Las pantallas gigantes proyectan imágenes de los músicos con la misma baja calidad espectral del video de I might be wrong y sólo unas pocas luces descienden de esos semiarcos que nacen tras bastidores y mueren como si fueran un techo que goteara estrobos.

Mención aparte merece y merecerá siempre Street spirit, que una vez logra el milagro de levantar veite mil brazos belgas al aire.

Tras (la) otra pausa, Thom regresa con un parco “esta canción empieza en fa, adivinen”. Es el chance sorpresivo de The bends, el tema, antes de cerrar con Everything in the right place, tema en el que los Greenwood le roban la escena a Yorke, arrodillados ambos en el suelo, jugando con sus artificios electrónicos.

Medio año antes los ví en un festival. Tocaron después de Björk y antes de Underworld, cerca de la medianoche. Y fue distinto. Había más cercanía, más energía, aunque el público era más diverso, como es natural, y no eran sólo “die hard fans”. Medio año antes se quedaron saludando al público y riendo por varios minutos. Medio año antes, el público se ganó el que Thom tomara solo su guitarra e interpretara Karma police, fuera de programa y robándole algo de tiempo a los organizadores.

Hace poco vi una entrevista con Pearl Jam en la que Vedder explica que si ellos tocan un tema cuando ya las luces están encendidas, ese tiempo extra que la gente tarda en salir es proporcional a la multa que tiene que pagar la banda al local. Y que a veces el público se merece ese tema de luces encendidas, a veces el público se merece que las ganancias sean menores porque después de todo ellos los han hecho millonarios y los hacen disfrutar de manera especial un concierto.

Esta vez no hay nada extra. El concierto termina, se encienden las luces y la gente sale.

Y sí, hay aplausos, hay excitación, definitivamente hay placer, pero se siente que falta algo, que pudo ser mejor, que aún es temprano, todos esos síntomas de una euforia no consumada.

<http://greenplastic.com/>

Gillespie con Timba (se juntaron los mochos pa' rascarse)

Esa noche, el gordo Gamboa, mejor conocido como Timba, era el sonero. Rafa estaba en las pailas y Melquiades en la flauta. Encarnación recostó el contrabajo cerca de la barra y pidió un roncito. Los demás músicos era primera vez que venían, pero todos saben que en El Guateque de Sabana Grande el que menos toca es un monstruo. Eran como las siete y Cheo, tras la barra, había puesto un son suavcito y bien sabroso en el equipo.

Mientras tanto, Gillespie caminaba con mirada curiosa por el boulevard, entre gritos y buhoneros. Como le pareció barata se compró una franela del Magallanes y se imaginó bañado de cerveza en las gradas celebrando un doble play. Un pito se le antojó imprescindible y eligió uno pesado, metálico y negro. Entró al baño de un Mc Donald's y salió Magallanero y más cómodo, saludando al vigilante con un guiño al sacudir en su dirección la trompeta. Se sentó al rato en un café y aprobó con rara nostalgia el sabor de un negrito con poca azúcar.

Ya comenzaba a llegar la gente cuando empezaron a montar los instrumentos. Los timbales se seguían aflojando a cada rato y le echaron talco al perno para que no se soltara tan rápido. El sonido del piano se iba a cada rato, no seía primera vez que snara sin amplificación, pero el pianista igual no había podido llegar. El monitor de la voz y las congas se había quemado e interpretaban sin saber bien como salía. Volaban por instrumentos. Encarnación estaba sentado sobre una corneta con su tercer ron en la mano. Nunca ensayaba, nunca probaba instrumentos, siempre tocaba borracho y nunca falló una nota ni perdió el paso cuando bailó con su contrabajo por pareja. Dicen que de muchacho tocó en una Filarmónica en Alemania, pero uno nunca puede confiar en rumores.

Dizzy hacía pausas en su camino para ver niños tocando el cuatro y cantando joropos mientras sus hermanitas menores agitan raídos sus vestiditos. Con la noche llegaron el sereno y la garúa: el altiplano lo trajeron unos peruanos con flautas. A él le complació mucho el sonido pero la gente murmuraba que antes sonaban mejor. Al rato se sentó en un banco y se dejó bañar por la llovizna. Diciembre estaba aún lejos y no había tantos buhoneros, quizás por eso le parecieron pintorescos.

El gordo Gamboa habló con los primerizos, los había oído a todos antes y sabía que eran buenos, era cosa de refrescar un poco y repasar los cambios de ritmo. Era una charla informal, con un tabaco en la mano, junto a la barra (sentados algunos), amenizada por los (re) descubrimientos de Cheo, que se secaba las manos con el paño de las copas antes de tomar la caja de un CD no oía desde hacía meses. Luego borraba con otro paño sus huellas digitales. Odiaba la grasa.

Gillespie llamó la atención al entrar: hay negros locales y hay negros que sólo pueden ser gringos. Se acercó a la barra y no le sorprendió poder pedir un whiskey con leche en español. Cheo puso una cara extraña, Dizzy repitió, Cheo sirvió. Timba se extrañó por igual y le propinó una exhaustiva mirada en cámara lenta al gringo que ya se sentaba en una butaca junto a la barra. Detalló la gruesa montura de los lentes, la vieja trompeta y la franela del Magallanes, que no restó nada a la sensación de foráneo.

- Maestro, ¿Ud. se anima?

Ya le habían servido. Sin beber un sorbo aún, volteó la mirada a la reunión celebrada a su derecha. Tras un breve paneo para confirmar que le hablaban a él, vió a Gamboa a los ojos con seguridad.

- Una trompeta nunca sobra, si se anima.
- ¿Hay tiempo de ensayar?
- Pues no, ni partituras – respondió Melquiades sin vergüenza, pero sin prepotencia.
- Tocamos puros clásicos, Maestro. Todos se las saben, pero hay cancha para improvisar.

Dizzy no dudó. Parecía serio y cuando se le acercó una sonrisa, bebió un sorbo para esquivarla. Luego asintió, había otro trompetista junto a la barra, así que el riesgo no era tan grande.

En el primer ensayo Dizzy oía, reconocía, repetía en su cabeza melodías, completaba versos, se inventaba sketches, ritmos rápidos y sincopados. Se iba emocionando, iba recordando, empezaba a sonreír de nuevo. Encarnación lo vió desde la barra con cara de haber tomado mucho y cuestionar la lucidez. “Ese negro me suena” se habrá repetido en su cabeza incrédula.

Cheo dio la seña: el Sonero Clásico del Caribe arrancó con las cuerdas de Sobre una tumba una rumba y todos se acercaron a sus puestos. Uno a uno se iban sumando al tema y cuando empezó el primer coro ya el bajo, las congas y el tres estaban montados. El segundo coro lo cantó el gordo Timba sin dejar de repetir la clave. Enterrador, no la llores, se escuchó en coro de músicos y comensales mientras los demás se integraban. Nadie notó cuando dejó de sonar el disco. La primera trompeta ejecutaba variaciones con sordina sobre el tema de las cuerdas, los timbales apenas se hacían notar cuando Rafa golpeaba levemente el borde. El piano hoy estaba mudo. Melquiades sustituyó con su flauta al coro cuando se silenció por un rato. Timba empezó el coro de nuevo y todos esperaban la entrada de Gillespie.

Dizzy sostuvo una nota por veinte segundos. Giraba sobre su torso de izquierda a derecha y el efecto doppler se encargaba de la armonía. Los ojos entrecerrados, las mejillas hinchadas. Se detuvo frente al micrófono y arqueó su espalda hacia atrás e improvisó cortamente un cierre que dio paso con violencia a Timba, que lucía acostumbrado a virtuosismos. Luego del cuarto coro, la guitarra repetía una melodía de Django Reinhardt que Gillespie reconoció complacido mientras Timba presentaba al artista entre ejercicios de congas. ¡Desde el 23 de enero, Jose Gregorio Martínez!

El segundo tema era el de siempre. Era el chance de bailar de verdad.

Dale suave Encarnación, ahora que tienes vacilón
 Dale suave Encarnación, ahora que tienes vacilón
 Dale suave Encarnación, ahora que tienes vacilón
 Ahora que tienes vacilón, baila, mira, Encarnación
 Dale suave Encarnación, ahora que tienes vacilón
 El bajo te llama a bailar el son, báilalo, pues, Encarnación.

Todos callaban y Encarnación sostenía el ritmo del son. En el medio dejaba colar improvisaciones. Sus dedos patas de araña caminaban los trastes de arriba abajo, de ritmo a pizzicato veloz. Con los ojos cerrados, los labios apretados y bailando con solo un pie, el hombre justificaba el mito ¡El Johnny Rotten de la salsa, mi hermano mayor, Encarnación Gamboa! La gente a ratos se detenía y admiraba con vaya´s, aplausos y silbidos. Coño, se juntaron los mochos pa´ rascase, gritó alguien desde el fondo.

Tema tras tema, Dizzy seguía la trompeta, improvisaba, reía y hasta torpemente bailaba. Tomaba prestada una sordina o animaba un solo de timbales con un pito pesado y negro. Luego pidió un favor.

Ya la banda había terminado. Se retiraron tras los instrumentos y entonces Gillespie se secó el sudor con un paño, escuchó a la gente pedir otra, vió por un segundo a las mesas, miró a los músicos y preguntó, como si pidiera un favor: ¿Otra? Yo la comienzo. Lástima que no hay piano.

Dizzy se acercó al frente y comenzó un beebop. Timbales acelerados y bajo histérico. Les echó una mirada y sustuvo una nota agudísima que se fue perdiendo mientras los demás instrumentos callaban. Arrancó entonces TinTinDeo. Todos menos Timba se fueron incorporando. La mayoría conocía el tema. Si no, improvisaban. Timba se detuvo admirando todo a su alrededor. Todas las semanas algo mágico sucedía que lo hacía sentir que valía la pena estar ahí. Se acercó al piano y sorprendió a Gillespie, si tal cosa cabe, a juzgar por el silencio momentáneo que precedió al cierre de la pieza. La gente ya no bailó, pero los gritos no cesaban tras los solos.

Ya era tarde. Cada quien recogía sus instrumentos mientras Cheo dejó sonar un disco de la Fania y le sirvió a cada uno un trago. Casi no hablaron, casi no había nada qué decir.

Dizzy se despidió. Nadie preguntó nada, no es la costumbre. Afuera hacía un poco de frío. Empezó a caminar hacia el boulevard, pero dobló una cuadra antes, en una calle oscura, en la que se sumergió para regresar, tranquilamente, al éter.

O. 10012004

Gracias Divino Niño por favores concedidos

Nos dimos cuenta de que algo iba mal en la alcabala de La Pastora. Nos devolvimos hasta el desvío de San Pedro y subimos al menos una hora hasta el pueblo. Más arriba, tras otra hora de carretera irregular, Barbacoas. Nuestro destino, tras 6 horas de viaje desde Chivacoa, era la cascada de la Quebrada del Vino, en el Páramo de Los Nepes, donde según los locales empieza la agonía de los Andes venezolanos.

Long story short: aunque el plan era regresar a Chivacoa para recibir el año, la carretera nos obligó a alquilar una posada en Barbacoas, a la caída de la noche.

El dueño nos explicó que el 24 de diciembre ocurre el Encuentro de los Niños, cuyas imágenes bajan en procesión desde los pueblos cercanos, y el 31, id est hoy, regresan los Niños de El Potrerito, San Pedro y el Cerro de Barbacoas.

Al salir de la posada nos tropezamos con la procesión: los tres altares venían cargados por pastores seguidos por parranderos que cuatro, guitarra, garganta y tambora mediante, animaban la larga cola de fieles que engrosaban la marcha.

La parranda larense hereda la voz aguda del golpe tocuyano y la música de las gaitas y parrandas de occidente. Los cantos no cesan hasta la colocación de los niños junto al altar.

- Esos son salves – dice mi tía cuando el ritmo se suaviza frente al sacerdote y los altares yacen. La adoración al niño empieza con un apacible golpe de tambora y un cántico leve: son las salves. Una cola se arma y el sacerdote sostiene al niño mientras uno por uno los fieles se acercan a besar sus pies (luego de que el monaguillo limpie convenientemente con un pañuelo).

La adoración la acompaña un coro desde el balcón. Unas siete muchachas, cuatro y tambora, cantando parrandas que la gente desde abajo sigue entre escenas cotidianas. Los niños que lloran o duermen, los chicos que miran a las chicas, las chicas que se burlan de los chicos y los estrenos de año nuevo.

La misa termina cerca de las diez y todos regresan a casa a comer uvas y bailar con Oscar D'León en televisión.

Luego de los cañonazos, las calles parecen desiertas por unos quince minutos. Luego empieza la fiesta.

O. 10012004

Een twee cha-cha-cha, drei vier cha-cha-cha (een beetje té proper)

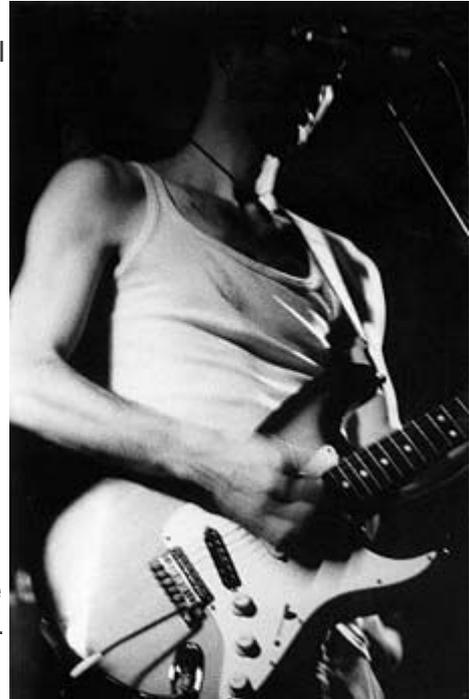
El tatoo del tigre, Señor Coconut, Wawadadakwa y la escena europea de fusión afrocaribeña

Al principio creó Dios el asentamiento gitano de Amberes, los ScheldApen, a orillas del Escalda. He ahí el punto de convergencia tan buscado entre Darwin y Génesis: ScheldApen, juego de palabras entre Schelde (Escalda) y Antwerpen (Amberes), se traduciría libremente como “Monos Insultantes” (de schelden = insultar y apen = monos) y de ellos desciende la raza afrobeat de flandes.

De este centro de neohippies surgen bandas de renombre local como Think of One (and the Marrakech Embalages Ensemble) cuyos miembros se reúnen con más panas o en subgrupos o en solitario y de esa célula primaria se va formando un número aún en ascenso de bandas musicales con más o menos la misma intención: hacerse de la música africana y caribeña, moldearla, mezclarla y producir algo “nuevo”.

La música se está acabando desde hace tiempo: Santana suena a creador de un estilo y un día un pana te pone un disco de Perez Prado y te das cuenta de que no. Así que no queda otra que oír lo que ya ha sonado y pensar por un rato en lo que le falta, en como enriquecerlo (a lo mucho. La gran mayoría oye lo que ha sonado y cambia un poco la melodía).

En el caso que nos interesa Think of One trabajaba el jazz con elementos norafricanos; Wawadadakwa trabajaba más con el Caribe, adoptando temas de Tito Puente, salsas galácticas y demás, pero sin dejar de lado las monoacordes e interminables melodías bailables centroafricanas; the Internationals sigue la pista del ska tradicional jamaikino.



Entonces empieza el mestizaje: Wawadadakwa toca un día en el que por casualidad Irmgard está en Amberes junto a the Internationals y en consecuencia piensa que Amberes es el lugar más de pinga del mundo para salir de fiesta y se forma the Belgian Afrobeat Association, pues al final, todos borrachos suben al escenario juntos, más de trece personas, y descubren que es bueno. Luego algunos de Wawa quieren tocar algo más suave, otros de Internationals se anotan y forman Obatalá, para entonar

cánticos yorubas y experimentar con percusión de arcilla. Luego el cuñado de un baterista quiere seguir el ejemplo y forma otro grupo de ska tan bueno como el anterior y finalmente, en una fiesta, todos ellos juntos, que quizás conformen la totalidad de los músicos belgas que simpatizan con el Caribe, sienten que falta un big band de los viejos, un mambo de ese sabroso, pa' que la gente se agache y suba y siga los pasos, con mujeres en trajes de

leopardo, hombres de etiqueta, faralaos, tabacos king size y cantantes con el falsetto de Yma Sumac. En el sexto día se formó entonces El Tatio del Tigre.

Todos los músicos han ido creciendo y aprendiendo juntos y la calidad de sus discos y conciertos es indudable.

También es el caso de Señor Coconut, pues, aunque desconozco si hay una “movida” alemana de mambo, el asunto no es local a flandes y hay más de una banda de chachachá francés por ahí.

Tuve la oportunidad de ver a Sr. Coconut cuando sólo había oído el famosísimo *Showroom dummies* y me sorprendieron con versiones mambochachachá de *Smoke on the water* y *Smooth operator* y con versiones merengue del *Bad* de Michael Jackson y de *Raiders on the storm*. En vivo era una batucada y sin embargo, sentía que algo faltaba. Mis pies no terminaban de sentir el influjo irrefrenable que se siente en el ficticio Guateque de Sabana Grande de nuestro número anterior, por ejemplo (clic).

Lo mismo sucedía con los demás grupos: sí, eran grupos muy buenos, músicos de excepción. Wawadadakwa había incluso ido, como grupo, a Cuba con la finalidad de absorber un poco el ambiente, además de la música. El carisma también lo tenían, los belgas empezaban indefectiblemente a gritar y saltar al poco rato. El Tatio del Tigre por su parte, pasea Mc’s y vocalistas, bailarines y bailarinas, buen humor y son capaces de poner a 10 mil personas de cuclillas o hacerlos gritar “¡si, sinior!”. Internationals es capaz de ejecutar *Phoenix city* y el sonido no se alejaría mucho de las mejores grabaciones de los Skatalites. Entonces, ¿qué era lo que faltaba?

La explicación la tendría en mi reciente visita a Venezuela, visita de la que el aprendizaje me ha llegado con cierto rezago.

En una sesión de pirateo de música con el editor de esta revista, oíamos algo de la música que vagamente ha ocupado la cuartilla anterior. Yo alababa la música que oíamos y Pratt lucía poco emocionado. Le comentaba de los conciertos y él me dijo algo que ya había oído antes:

Una vez fui con un amigo a un concierto de Wawadadakwa. Si pueden encontrar musica de ellos en la red, podrían oír temas como *el cumbanchero* o *el ran kan kan* versionados de manera impecable y sus temas propios son aún mejores. Yo bailaba, aunque no con el mismo convencimiento con el que bailé cuando Richie Ray y Bobby Cruz sacudieron el Poliedro de Caracas con su “música de papadios”. El pana estaba indiferente, fumaba. A la salida le preguntaba su opinión y decía que había algo que no cuadraba. A mí también me lo parecía, así que le pedí el esfuerzo de describirlo. Su respuesta coincidiría con la respuesta de Pratt:

“Een beetje té proper” dijo.

Traducido, “un poco demasiado limpio”. Un poco demasiado pulido, un poco demasiado bonito, un poco demasiado académico. Le falta calle, pues.

Esa es la sensación. Parte de los ritmos afrocaribeños llevan a África y el Caribe dentro. Es algo que va en la sonrisa o en el pulso, en improvisar o pelarse, en tocar no lo



que dice la partitura o lo ensayado, sino dejar el vistuosismo salir sin buscarlo, lo cual no quiere decir, no me malentiendan, sin ser ensayado o estudiado.

Es sólo distinto.

Sin embargo, el espíritu colectivo es ya plausible. Si hay una "corriente" musical que merezca ser resaltada en Bélgica, no es la de los DJ's o el hip hop o el bossanova electrónico o alguna ola retrasada de la chanson, sino la llamada escena afrobeat de flandes.

Evolucionará, sin duda. y quizás haya que re-escribir este artículo en unos años. O menos.

-O.
<overde@yahoo.com>

Fotos: Roland Devereaux (chapeando con su carnet de prensa)

El Antídoto del mes

No, no es Judas Priest, no es Kiss, no es David Lee Roth sin Van Halen (eso al menos parecía ser rock). Es The Darkness interpretando una canción que parece haber sido escrita hace veinte años. No es un cover ni es pegajosa, es el estilo que tienen ellos de revivir los sonidos de finales de los setentas y comienzos de los ochentas para los incautos que no habían nacido entonces.

No tengo nada en contra de los revivals, de hecho, creo que muchas de las mejores bandas de los 90s (Pearl Jam, Jamiroquai y Greenday, por decir tres) le deben todo a los genios que crearon el rock de los 70s, y ni decir éstos a los Jazzmen y la academia de los 50s. Pero hay estilos que deben permanecer muertos. Pienso lo mismo del electro-pop de los 80s, pero eso no me impide escuchar Moloko o Ladytron, porque después de todo, tienen algo que suena a siglo XXI, a evolución. *I Believe in a thing called love* puede estar al lado de *California Girls* o cualquier otra de esas canciones vacías de los falsos metaleros que abundaron en los 80s, que vendieron muchísimo, pero jamás pudieron hacer una pieza que aguantara dos años.

Quizás el resto de "Permission to Land" sea una maravilla, pero la muestra no motiva. Estoy vacunado, de ahora en adelante le daré gracias a Dios por no haber tenido que escuchar este bodrio en alta rotación.

-Daniel Pratt

El Dato del mes

En mis años mozos, cuando me tripeaba demasiado un tema en particular, grababa el CD completo en un cassette, pero durante semanas solo oía el tema que me interesaba y lo retrocedía y lo repetía y así. Me pasó con *Jeremy* del "Ten" de Pearl jam, con *Go*, del "Vs." de Pearl jam, con el trío *Afuera/Miedo/Aquí no es así* de "El Nervio del volcán" de los Caifanes y qué se yo con quién más. Luego llegó la era CD y era aún mas fácil, y del "Siamese dream" de los Smashing Pumpkins solo oí *Today* y *Disarm* durante mucho tiempo antes de descubrir la joya que es ese disco (sobre todo por la batería bestial de Jimmy Chamberlain). Ahora es la era mp3. Uno enciende la computadora y si no desea una lista pre-editada, una manera de empezar es dobleclick sobre un tema e ir agregando el resto.

Ese primer tema, desde hace más de un mes es sin duda el *Inertiac ESP* del "De-Loused in the comatorium", álbum debut de The Mars Volta. Honestamente, creo que algo así es lo que intentó hacer The Darkness en su *I believe in a thing called love*, pero no le salió bien.

Sugiero que anoten el disco completo como dato del mes. Yo lo anoté como dato para mí: no lo he oído completo, pero el pana Pratt dice que es "UNA VIGA" (así, leído en mayúsculas y con eco).

-O.

Música para desayunar crêpes después de una rumba II: Talkie Walkie

Air, Talkie Walkie tour (continuación de #36)

... voor pubertje

Veinte números de panfletonegro después de hacer el amor esa mañana tras unas crêpes con nutella (clic), él compra el más reciente trabajo de Air: *Talkie Walkie*.

La pareja terminó al poco tiempo de ese voluptuoso momento. Al menos pueden contar que vivieron algo así juntos. Se odiaron por un año de tanto que se querían y hace unos meses han retomado el contacto. Los dos saben que ninguno de los dos desea intentarlo de nuevo, sería un desastre, pero ríen juntos y la amistad es una recompensa. Se llaman cada dos semanas o algo así. Toman un café eventualmente, para mantenerse al día.

Él no tiene novia y sin embargo ha comprado dos tickets para el toque. Siempre lo hace y muchas veces revende el ticket en la entrada. Pero esta vez no será así: la última vez que hablaron ella comentó que había como despertado y terminado con su novio. Él la llama y le da la sorpresa. Ella no se lo espera y le dice que sí de inmediato. Quizás luego dude, pero le emociona la invitación.

Él compró el *Talkie Walkie* hace una semana y entiende que no es tan bueno. De hecho, siendo rudo y sincero consigo mismo, termina por aceptar que es un disco francamente malo y vaticina entonces que esperará los clásicos. Se dice que el tema que abre, Venus, no atrapa ni atraparé. Que la letra sonaba más rica en el francés kitsch de *Moon Safari* que los textos en inglés del nuevo disco. Que el primer single extraído del disco, Cherry blossom girl, más que naïve suena tonto. Se pregunta entonces si no era *Moon Safari* un disco idéntico y se responde que no. No sabe como justificarlo, pero *Moon Safari* revisitaba, no repetía. *Talkie Walkie* repite fórmulas. Recuerda que hace algún tiempo hubo un trabajo conjunto de Air con Alessandro Baricco, el autor de *Novecento*. *City readings* es un libro leído por Baricco con música de fondo de Dunckel y Godin. Es un trabajo precioso como conjunto, pero la música no se sostenía por su cuenta. Eso siente de este trabajo hasta que oye Run. Run es un hermoso soundscape que realmente lo toca. Eso le refuerza que los temas anteriores eran malos. El disco no mejora realmente: después de Run, el *Talkie* continúa sonando en descenso discreto (a excepción quizás de Mike Mills, el segundo mejor tema del disco) hasta llegar a Alone in Kyoto, la contribución de los franceses al nuevo trabajo cinematográfico de Sofia Coppola (*Lost in Translation*) para quien ya habían compuesto la brillante banda sonora de *Virgin Suicides*. Al menos agradece el bonus DVD con temas viejos en vivo de la gira 2002 y piensa, como ya es costumbre, que se le pasó el momento ideal para verlos. Él apaga el cd player porque ya es hora de salir.

Toman el tren juntos. En el camino tienen demasiado qué contarse, han vivido demasiado después de ellos. Bueno y malo. A ella le tiemblan los labios cuando cuenta lo malo; ella sonríe honestamente cuando cuenta lo bueno.

Se pierden a 8 grados centígrados y 20 minutos para el inicio del concierto, ninguno de los dos conoce bien Bruselas. Doblan en una esquina, regresan, doblan en la siguiente. Finalmente él reconoce el sitio y entran sin mayor inconveniente al warmupshow de un par de DJ's que mezclan piezas entre las que él identifica a Jazzanova y ella reconoce a Guru Jazzmatazz. Ella se vuelto un poco chainsmoker. Él solía quejarse por el humo, pero ya no le importa. Llevan horas hablando y aún no se les acaba la conversa. Se siente bien tenerse el uno al otro.

Termina el DJ set y no sin una pausa para desmontar a los teloneros, se apagan las luces antes de que ellos terminen de detallar el tipo de audiencia. Concluyen que todos los freaks de Bruselas, Gante y Amberes caben, todos, juntos y cómodos, en un teatro de capacidad dudosa. El show no tiene sorpresas. Los temas nuevos son oídos con un cigarro en la mano, balanceando delicadamente la cabeza y dejando que suceda esa leve traslación del

torso que a veces ocurre, casi siempre al unísono.

Las luces son pobres, salvo en los guitarrazos de *Sexy Boy*. Musicalmente la palabra clave es multiinstrumentalismo. Nicolas Godin alterna la guitarra clásica con el bajo, un mini moog, un vocoder y la guitarra eléctrica. Jean-Benoît Dunckel se encarga de los teclados y otro moog y la voz casi femenina de casi todos los temas. Al fondo hay otro tecladista que cada cuatro temas interviene de manera monstruosa y regresa a la oscuridad. El baterista es otra bestia, aunque solo puede demostrarlo en los crescendos de *La femme d'argent* y *Talisman* y durante la breve descarga de *People in the city*, en la que Dunckel se luce en los teclados.

Los silbiditos de Alpha Beta Gaga le recuerdan que había un tercer tema bueno en el último disco.

Se ven de vez en cuando. Se preguntan el uno al otro cual era ese tema que tanto les gustaba oír juntos además de *All I need* y no lo recuerdan. Ella sonríe y de vez en cuando se comentan algo. Él se pasa casi todo el concierto en punta de pies, pues casi todo el mundo es más alto que él. Él nota que, cuando el baterista se acerca por momentos al bajo, lo hace de forma muy amanerada lo cual lo hace parecer, como casi todo el mundo en la sala, gay, y recuerda el famoso cliché del bajista homosexual que se oía con sorna por los pasillos del rock de su antigua oficina.

Suena una nota y los dos se voltean hacia el otro y repiten juntos *You make it easy*, aunque ese no es el tema que suena.

Ya casi al final, mientras él está concentrado en un detalle (un tedio), ella se acerca, le dá un suave beso en la mejilla y le agradece la invitación. Él la abraza y por un momento no están en un concierto, sino en un jardín y no es invierno y la vida no los llevó por donde los llevó. Él la mira a los ojos y besa su frente.

En el tren de vuelta ella confiesa que está enamorada de nuevo, de un compañero de trabajo. Que él también está enamorado tan tontamente como ella y le comenta un par de anécdotas chistosas. Románticas. Casi cursis. Él se alegra con honestidad.

Al llegar a casa, la llama para ver si ella llegó bien. Casi no hablan. Él guarda el ticket, no sin antes verlo y asociarle un recuerdo.

-Kikkertje

More info: <http://www.astralwerks.com/air/>

El Dato del mes

El dato del mes son cinco temas que juntos y en el orden correcto serían un buen comienzo para un disquito de esos que uno se ve obligado a armar, por esa manía de los artistas de hacer lo que les viene en gana y no lo que uno quiere. Yo sugiero el siguiente orden:

- 1-. Yonderboi – intro.mp3 (del *Shallow and profound* que ya de por sí es un dato)
- 2-. Audibullys – Face in a cloud.mp3 (ya fue dato del mes unos números atrás)
- 3-. Add N to (X) – Total all out water.mp3 (iba a ser, solito, el dato del mes)
- 4-. Goldfrapp – Train.mp3 (del *Black Cherry*. Strict Machine, del mismo disco, sirve)
- 5-. Yonderboi – Ohne chanteuse.mp3 (del mismo disco, por la manía de redondear)

Después de eso, lo que se ponga va bien.

El antídoto del mes

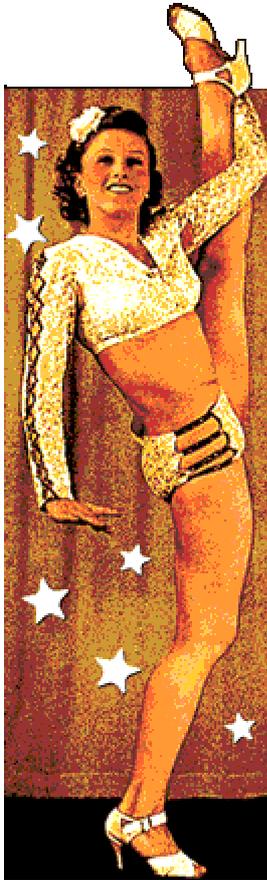
Así mismo, si uno está en la fiesta equivocada, podría montar un DJ set para impresionar a las chicas y fingir que uno lo está disfrutando:

Luego de un intro al gusto (un ruido, una estridencia, la voz de Axl Rose), se dejará entrar los temas siguientes en el orden sugerido:

- 1-. Ms. Dynamite – Dy-na-mi-te-ee.mp3 (El único tema decente de su debut)
- 2-. 50 cent – P.I.M.P.mp3 (una de esas cosas que la radio termina por hacernos tararear en la calle)
- 3-. Sean Paul – Get Busy.mp3 (Casi la voz de Shaggy, pero peor)
- 4-. Beyoncé – Crazy in love (Esto debería levantar a las masas de sus asientos y hacerlos gritar de emoción)
- 5-. Destiny's Child – Independent woman (as heard on radio soulwax 2 many DJ's mix. Las destiny's cantando el peor texto de una canción jamás oído, a capella, sobre la pista de Dreadlock Holiday de 10cc. Una joya)

Have fun.

-O.



Un jueves me paso algo insólito. Me encontraba en Bruselas, en la Place de la Monnaie, donde se celebraba el Klinkende Munt Festival, con la presencia de agrupaciones musicales de diversas partes del planeta (lo que se conoce normalmente como world music), cuando encontré, pegado a una reja, un afiche que yo había estado buscando por meses. Era publicidad de un concierto, pero en él había un dibujo, full años 30, en el que una cabaretera eleva una de sus piernas por sobre su cabeza.

Me decidí a llevármelo y le pedí a mis amigos que tomaran mi paraguas mientras hacía la acrobacia y tras haber despegado parte de la cinta plástica, un señor de aproximadamente 40 años dejó a las dos señoras con las que hablaba, se me acercó y me dijo:

-Is dat van jouw?

Ante la sorpresa no pude sino responderle, en mal neerlandés:

-Wat?

-Is that yours? -Dijo entonces en inglés.

-Oh, come on! -Dije yo y me bajé de mi incómoda reja y dije algo bastante irónico como que disculpe, no quise molestarlo.

-That belongs to all of us -dijo él mientras yo me alejaba.

Yo intenté irme pero mis amigos se quedaron, no sabían que había pasado, así que me llamaron y me preguntaron

que pasaba. Les respondí que al señor le hysterizaba que me llevara el póster, así que no lo iba a molestar. Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado.

El señor se tomó la molestia de acercarse a nosotros y decirnos:

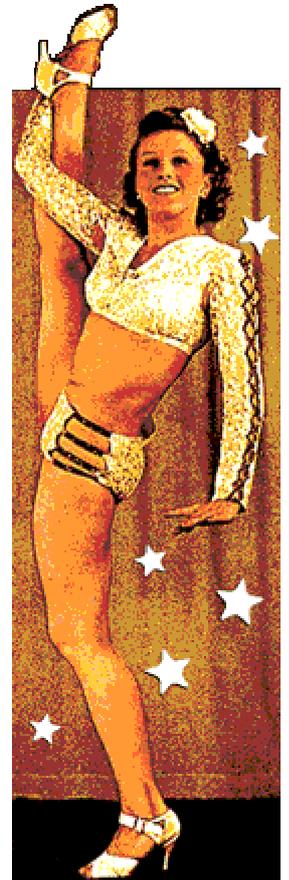
-I know that you guys in Africa are used to taking things that don't belong to you from the street, I have been there. But this is Belgium.

El shock fue inmediato. No supe qué decir. Tenía frente a mí al hombre del siglo quince y no le pude decir nada. Fue tal la sorpresa, la rabia y la sensación de estar frente a la persona mas idiota que conocería en mi vida que no pude reaccionar.

Solo atiné a palmearle el hombro (probablemente luego haya limpiado su traje) y decirle que había olvidado que estaba en el primer mundo y nos fuimos.

En el camino de vuelta a casa y aún intentando dormir, pensaba en todas las mil maneras de responder a tan soberana idiotez (Edmund Ronstand debió haber pasado por un trance parecido, pero él es grande y su resultado fue esa escena brillante en la que el Cyrano se burla de su propia nariz), hasta que intenté entender qué tipo de persona podía decir tal cosa. Saqué interesantes conclusiones:

Él estuvo en África, bien como turista, bien como parte de su trabajo. Él era una persona educada, no un analfabeta o alguien sin acceso a lo que denominamos realidad. Él no sabía distinguir un latino de un africano y no le importaba mucho, inmigrante y africano deben tener el mismo significado en su cabeza. Él observó críticamente el comportamiento que lo rodeó en África y temió que se repitiera en su impoluto terreno. Él estaba con dos mujeres, quizás trataba de impresionarlas. Él sólo intentaba demostrarse superior a un extranjero; la



verdad, el área de la competencia no era importante. De no ser así, un afiche debe tener un valor vital para él.

Notese que siempre utilizo la palabra “Él”. Él no dijo nada sobre mí, de inmediato pensó en África y en masas salvajes de malvados ladrones de afiches, incontrolables, violentos, inescrupulosos, de piel oscura y capaces de todo.

Él es el vivo ejemplo de una raza en extinción: la raza del colonizador. Él es el hombre que fue a África a llevar la “civilización”, el hombre que tuvo la oportunidad de conocer y aprender, pero perdió su tiempo criticando nimiedades, ofuscándose por absurdos y confirmando sus prejuicios. Él es el hombre que va por la calle viendo todo lo que esta mal, porque no tiene nada mejor que hacer, porque no puede disfrutar lo bueno que pasa, porque no puede separarlo de lo que según su inquebrantable lógica, esta mal. Él es una persona que aunque fue educada, permaneció ignorante, porque lo que pensaba acerca de lo que le era extraño no cambió. Fue a África y sólo confirmó sus ideas de que allá sólo hay salvajes. Él piensa que vinimos a su país a robar sus casas y violar a sus mujeres. Él, sólo él.

Por mi culpa, asumo esa culpa, porque lo que hice estuvo mal, la comunidad africana, a la cual no pertenezco, será vista como una comunidad de desordenados ladrones de afiches. Por mi culpa.

Por su culpa, el mundo piensa que la comunidad flamenca es racista, que la comunidad flamenca es un montón de hipócritas que votan extrema derecha pero en la calle hablan de tolerancia porque estamos en el siglo 21. Por su culpa el mundo piensa que los flamencos son viejos prematuros que no tienen nada mejor que hacer que vigilar a sus vecinos, que son seres intolerantes a los que todo molesta excepto lo que ellos hacen.

Pero yo no soy mayoría. Nunca he visto un africano robar nada. Solo ví una vez a una amiga robar un afiche. Era rubia. La mayoría de los africanos no roban afiches, así que él se equivoca, en nuestros países el desorden y la falta de ley no es la regla.

Y él, gracias a Dios, no es mayoría. Sólo he conocido dos flamencos tan idiotas como él. El resto han sido gente formidable. Pero esos idiotas racistas están tan orgullosos de sí mismos que andan pavoneándose por ahí, mostrando orgullosos su desprecio al prójimo, alimentando odios propios y ajenos. Van por la vida queriendo impresionar a las chicas, llenándose la boca en una cena de negocios, con sus relatos de superioridad. Reuniéndose con sus “iguales” para decidir lo correcto. Pero en el fondo, entre ellos, secretamente piensan que cada uno es un imbécil.

Nota del editor: Otro grande, Paul van Ostaijen, flamenco, dedicó un texto mínimo llamado “El belga” a este colonizador trasnochado. Una traducción pobre y resumida empezaría así: “El belga es un pavo que cree ser un pavo real. Por ello levanta su cola al caminar para mostrar orgulloso su plumaje, sin percatarse de que no hace otra cosa que mostrar su culo desnudo”.

Suave pana, suave

Los Amigos Invisibles do Amsterdam

Mi relación con Los amigos invisibles es la de un groupie más: he ido a un montón de toques, tengo los discos, la franela, un par de playlists, leo las noticias de la pagina web y para más INRI, me sé los nombres de los miembros y conozco detalles farandurelos. Mi relación con Amsterdam es de pena: he maltripeado demasiadas veces para lo poco que la he visitado. Mi relación con el Paradiso es incluso ilegal: una vez intenté colearme en un toque soldout de PJ Harvey en esa legendaria sala de conciertos y una tipa me pilló y me botó de la sala y yo sentí casi como si me estuviera expulsando del mundo. Este número del panfleto va sobre cómo todo puede cambiar en un fin de semana, menos tu relación con un grupo del cual eres groupie.

Me enteré como uno se entera de todo: por casualidad. Entré a la página de Los amigos invisibles y decía cinco de marzo en Amsterdam. Más nada. Primera mala señal: la única ciudad donde había perdido un vuelo, donde me había multado un policía, donde había padecido stress, frío y miedo a que me violaran en un callejón.

Normalmente habría surfado hasta encontrar algo, pero no, decidí comportarme como un groupie y mandarle un mail a Cheo, el guitarrista. El pana no sabía dónde era el toque pero me dijo que si no tenía donde quedarme no había problemas, que arrimado cabía. Se fue de pana, pensé, pero no iba solo.

A última hora, porque no sabía si el toque estaba o no confirmado, busqué en internet y de inmediato apareció una fiesta organizada por Bacardí, con Martin Solveig como headliner y Los amigos como invitados. Llamé al número de teléfono adjunto y una vieja me dijo que había tickets en la puerta. El toque era en el Paradiso. Segunda mala señal: el único sitio del que me habían botado en toda mi vida. Con razón, además.

Azahara esperaba pacientemente mi confirmación para reservar sitio donde quedarnos pero se cansó de esperar, como debe ser, y tuve que arreglar todo a última hora. Sin embargo, el viernes en la tarde estábamos montados en el tren.

Cuando llegamos había cola y hacía un frío bestial. Mis fantasmas empezaron a rondar. Pensé que una vez más rebotaría. Maldije a la tipa de información que no me dejó reservar, diciéndome que sobraban entradas. A la cola llegaban más y más latinos, pero la mayoría seguían siendo holandeses. Algunos ya tenían entradas y pasaban directo. Era más la gente que venía por ver al headliner que a los amigos, pero eso no es de ningún modo malo. La entrada era extremadamente cara para ser sólo una fiesta, pero ya lo sabíamos y lo pagamos sin mayor tragedia.

Fuimos directo a dejar las chaquetas y el morral donde cargábamos algo de comida, agua y más ropa. Dejamos todo y entramos al dancefloor :-)



El Paradiso es una antigua iglesia transformada en una sala de eventos. Conciertos, fiestas, teatro: casi de todo pasa en el legendario sitio donde los Rolling Stones tocaron una vez en la que cornetas y pantallas gigantes bloquearon la calle abarrotada de la gente que no entró.

Un DJ cuyo nombre olvidé preparaba el ambiente. Mucho latin house mantenía el ambiente de una disco aún vacía. Ví a Cheo en la tarima y me acerqué a saludar (groupie al fin) y me dijo que se montaban a las 12:30.

Había varios grupos de venezolanos y hasta algunas caras me resultaron conocidas. Pero no me acerqué, sin una razón particular para ello.

Mientras esperábamos, groupie una vez más, yo le explicaba a Azahara, vagamente, lo que son para mí los amigos: la primera vez que los ví fue en el centro de estudiantes de mi universidad, para unas 500 personas o menos, junto a La calle, la (creo) difunta banda de Pingüino. Era la época del *Typical and autoctonal venezuelan dance band* y los toques en el Ánfora de oro. Recuerdo haberle oído alguna vez a Julio, vocalista, que ellos eran invisibles porque la gente no va a los toques a verlos sino a bailar. Esa era la nota entonces y aún se mantiene. Ella escucha atenta el resumen histórico que se puede encontrar en cualquier lado de la web. La casualidad de David Byrne, las anécdotas de los toques, los sancochos, las invitaciones a Gatecrasher y Glastonbury, la estética chaborra, los videos chaborros, las incursiones en el mambo chimbo y el cha-cha-borro, el amor por los iconos imborrables de la venezolanidad, Joselo, Perucho Conde, el tigre Rafael, las versiones con las que solían abrir los conciertos (ella ríe particularmente porque no me cree que ellos hayan versionado el *Agárrense de las manos* de nuestro innegable Puma, José Luis Rodríguez), Arepa 3000 como concepto de fiesta, como paseo por todo cuanto pone a la gente a bailar, del latin house a la salsa de *Mami, te extraño*. Le comento del último disco y de la delgada línea que divide el aprovechar una tendencia de la idea de “evolución”. De no ser porque estuvimos bailando todo el rato se me habría dormido. Entonces se hacen las doce y media.



Los amigos subieron como han subido cada vez que los he visto desde la presentación del *New sound of the venezuelan gozadera*: José Rafael en el bajo y José Manuel en la batería comienzan el ritmo que lleva lo que sea que el DJ haya puesto en ese momento. Mauricio entra con la percusión y uno a uno, los instrumentos se van acoplando. Cuando Los Amigos Invisibles sustituyen por completo al DJ, quizás alguien haya podido determinar el momento en que ocurrió el cambio.

Así arranca el intro y la descarga del funk house merengue bossa que se extenderá por una hora y algo, sin pausas. Poco a poco, el bajo deja relucir la línea de *Amor*, el tema que llevó a Spiteri a las listas radiales británicas de los tempranos ochentas. Los que estamos cerca coreamos el tema hasta que le dan paso a *Una disco llena*, que se vuelve más bien un susurro de galán barato al oído de una mami rubia. El susurro se vuelve un ataque decidido cuando los galanes baratos coreamos el “dime que todo eso es mío” de *Qué rico*. Luego vendrán *Diablo*, *Sexy*, *Ease your mind*, el cover de *Touchdown*, también de los ochentas, que sonó (y suena) bastante, al menos en las radios belgas, *Gerundio*, *Superfucker*, el single *Bruja*, que fuera incluido en la compilación *Africanism* de Bob Sinclair (*Africanism 2* fue mezclado por ambos Sinclair y Solveig, lo cual es una prueba más de que toda esa

gente se conoce) y cierran para deleite colectivo y manos sin pulgares al aire con el ya himno *Ponerte en cuatro*.

De *Amor a En 4* el toque es pura energía: Julio brincando de un lado al otro; Cheo y su guitarra a ratos funkeada, a ratos hendrixiana, a ratos golpeando corta, leve y sincopadamente las cuerdas produciendo un gorgoteo como de un animal con flanger; Armandito sin camisa, descargando y tripeándose la vaina allá, solo con su teclado, en una esquina; Azahara bailando con una sonrisa impecable toda la noche (bailando incluso con un carajo que salió de la nada y se puso a darle vueltas); la primera fila casi enteramente venezolana (¿será para los amigos conflictivo tener siempre una primera fila de venezolanos? ¿preferirían tener una primera fila de esclavas? Debe ser una pregunta difícil de responder) que indefectiblemente, al rato, se ponen a cantar “se vá, se vá, se vá, se vá” (Yo no canto porque no me siento moralmente capaz, aunque mi familia se haya visto afectada por los desaciertos de un gobierno amateur y violento y una oposición torpe y codiciosa) pero que no dejó de bailar y brincar y convencer a Holanda de que Venezuela debe ser el país más de pinga para rumbeo en el mundo. Pura energía. Hay gente que tiene el rol de llevar adelante el país, el mundo. Pero sin gente que nos dé esa energía, ese placer de estar vivos, la lucha no tiene sentido. Los amigos hacen falta como hace falta que alguien, por Dios, nos ayude a reposar en la lectura, el baile, la risa. Como hace falta una pausa.

Constantemente evaluó la respuesta de la gente. Elevo mi cabeza por sobre la multitud y aunque la gente no está apretujada al frente como sucede cuando las masas se hacen fanáticas de algo, a lo largo de la pista, se elevan manos, se divisan sonrisas y rostros lujuriosos, la masa se mueve caóticamente, la gente baila. ¿Como se habrá visto desde la tarima? Ojalá desde allá se pudiera tripear tanto como desde donde estábamos nosotros. Y mejor lo dejo hasta aquí.

Sólo habría que agregar que mi relación con Amsterdam cambió: esta vez no maltripeé los turistas ni la perversión falsa y vulgar ni me acerqué a las colas interminables del museo Van Gogh ni perdí un avión ni me multaron por no pagar mi ticket de tram a las seis de la mañana porque NO HABÍA QUIÉN LO VENDIERA ni estuve stressado de museo en museo (mea culpa) porque había que conocerlo todo en vez de sólo visitar con calma, como suele hacerse en una luna de miel.

Habría que agregar que mi relación con el Paradiso cambió. Ya no es esa institución maligna que me expulsó de sus entrañas sino el sitio donde disfruté una de las mejores fiestas de mi vida.

Y que mi relación con los amigos, sin embargo, sigue siendo la de un groupie. Y a mucha honra, la verdad. No tiene por qué cambiar. Así está bien.

-O.
<verde@yahoo.com>

PD de groupie: Cheo, que bueno estuvo el toque, pana :-)

PD: Solveig, un poco a la Laurent Garnier, complació a sus seguidores con su house pleno de guiños latinos y acercamientos decididos a la salsa y al merengue. Ya parece una tendencia, hasta Basement Jaxx lo hace estos días. Capaz que Proyecto uno se vuelve mainstream :-)

Más info:

www.amigosinvisibles.com web oficial de la banda.

www.batbeats.nl web de la organización del evento. Tiene fotos peores aún que las que yo tomé y hasta algo parecido a un making off de la parranda, en el que aparece Azahara, bailando con el otro carajo :-) qué bolas. No me dá vergüenza.

http://love2party.nl/article/article.asp?art_id=3173 Una crónica del concierto (en holandés) para uno de los sites de rumbas más importantes de Holanda. Buenas fotos de las mamis, sobre todo :-)

<http://www.id-t.com/news-subpage.php?newsid=2295> Una corta referencia (en holandés también) a la participación de los amigos y cómo “desataron por completo la sala con su energética interpretación en vivo de latin house”. No hay fotos :-(

El dato (groupie) del mes

El dato es el recién lanzado programa de José Luis Pardo, aka Cheo, aka DJ afro, en la radio del ateneo, Caracas, Venezuela. Nada más en su primera edición sonaron joyas como el *Ponta do lança africano* de Jorge Ben Jor, una de Roberto Roena que también utilizo Martín Solveig en su DJ set del Paradiso, Fania interpretando *El ratón* con Cheo Feliciano junto a la guitarra de Santana, Perucho Conde con su sempiterna *Cotorra* y hasta un remix que adapta el tema del chavo del ocho a los nuevos tiempos. Aprovechen, uds. que pueden. Los datos:

DJ AFRO Y SU RUMBA BARATA
TODOS LOS VIERNES DE 10 A 12 PM
100.7 (LA RADIO DEL ATENEO DE CARACAS)

-O.
<overde@yahoo.com>

Nota acerca de la tolerancia

“I want you to start a fight, and i want you to lose.”

Tyler Durden

Cuando se dicta clases de idiomas, si alguna cualidad es requerida en un profesor es la capacidad de hacer conversar a un montón de gente que seguramente no tenga nada en común. Distintos trasfondos culturales, costumbres, gustos, opiniones irreconciliables, religiones, convicciones. Haría falta una segunda cualidad para controlar la primera y es la de saber evitar que las discusiones, una vez iniciadas, devengan duelos victorianos o guerras de guerrillas.

Tras los primeros minutos de timidez, de sólo abrir la boca cuando se le hace una pregunta y con el convencimiento de estar cometiendo un error, se propone un tópico sencillo de discusión, uno que podríamos encontrar en Cosmopolitan o Vanity Fair, porque si nos elevamos mucho, corremos el riesgo del silencio.

La clase de la que hablo es una clase típica de idiomas en un país europeo: un ingeniero venezolano, un refugiado político peruano (con un montón de años en el país), una profesora de español española, una armenia que vino a estudiar moda, una ama de casa iraní, sometida por su marido, un checheno que parece ser mafioso (todo el mundo en Amberes tiene plena seguridad de que los chechenos controlan el mercado negro automovilístico), un brillante Licenciado en Asuntos Internacionales de origen palestino que lleva años trabajando en negro (bajo cuerda, ilegalmente, mal pagado, explotado y sin derechos laborales) o desempleado, una doctora de origen afgano, que quizás estudió ahí, antes del talibán, o quizás tuvo la oportunidad de irse antes y estudiar fuera pero también está desempleada, y por último, una polaca divina que pierde el tiempo encerrada en casa, malgasta su sentido del humor en dar de comer a las mascotas y por azares del destino o esperanzas de un futuro mejor en Europa, terminó casada con un idiota.

El tópico es uno bastante polémico entre conservadores y liberales: recién se ha legalizado el matrimonio entre homosexuales y nos reparten un artículo bastante objetivo acerca de los derechos que disfrutaban las nuevas parejas y los obstáculos, sociales y legales, que deben enfrentar.

Un documental nos presenta a una pareja de lesbianas que dejaron a sus maridos y decidieron vivir juntas y educar a la media docena de hijos que reunían entre las dos. Así argumentan que los homosexuales tienen tanto derecho como cualquiera a la adopción.

Se nos pide entonces nuestra opinión, procurando no ofender gravemente la gramática y el vocabulario de la lengua que aprendemos.

Los hispanohablantes, exceptuando al refugiado político, cuya edad justifica su pacíficamente conservadora posición, no vemos ninguna razón por la cual no se les permita a los homosexuales el ser reconocidos por la ley como pareja, ya que realmente, que se casen o no, no molesta a nadie y sólo les permite acceder a derechos lógicos de pareja como la simplificación de papeleos y demás y les otorga un poco más de respeto dentro de la sociedad. Un paso al frente para considerarlos iguales contra el cual no tenemos ningún argumento ni nos quita el sueño. Ahora, la adopción es más delicada, pero si se le permite legalmente adoptar un hijo a una pareja plástica/de esas que veo por ahí/él pensando solo en dinero/ella en la moda en París, no veo cómo un bebé pueda ser educado de peor manera por un par de homosexuales inteligentes y comedidos. O sea, que así como habemos heterosexuales tontos, hay homosexuales inteligentes y viceversa: la homosexualidad no es necesariamente el punto a discutir, sino la capacidad de educar a una persona. Eso nos parece una opinión lógica. Al profesor también. Pero la reacción de casi la totalidad de la clase nos cae de sorpresa.

El checheno considera inaceptable la boda de dos hombres y criminal el sólo pensar en permitirles la adopción. La polaca dice que los niños crecerían soportando bromas de los otros, que vivirían una vida muy difícil como para exigírsela a un niño. Polonia uno, Chechenia cero. La armenia no dice nada. La iraní y el abogado palestino están completamente de acuerdo en que eso no es natural, en que es inaceptable y es entonces cuando se arma el atajaperro.

¿Qué tiene que ver lo que sea o no natural con el que la ley reconozca que una pareja de gays o de lesbianas deciden amarse tanto como para compartir, ante el mundo, su vida, por siempre jamás?

Es ahí donde se tranca el serrucho (disculpen el abuso de venezolanismos, amanecí nostálgico). El argumento es “eso no es normal”. El argumento es “en la Biblia hay dos entidades, Adán y Eva, hombre y mujer, a quienes se les encomendó la sabrosa tarea de engendrarlos”. El argumento es “la homosexualidad es una ofensa a Dios y las buenas costumbres”.

Se arman los dos bandos y el profesor pierde el control del aula. Unos defendemos que Dios no tiene nada que ver con las leyes y que uno puede opinar que eso no es natural y a la vez respetar que la gente decide vivir la vida como le provoca. La doctora afgana suelta entonces una perla: “lo que hay que hacer es ayudar a esa gente. Eso es una enfermedad y deberíamos preocuparnos por curarla”. Me cayeron encima todos documentales y testimonios acerca de la represión franquista y tras un minuto de silencio, me acerqué y le dije: “durante la dictadura, en España, la homosexualidad era tratada como una enfermedad y ¿sabes lo que hacían? Encerraban a los homosexuales y los sometían a choques eléctricos cada vez que les mostraban fotos de hombres desnudos.”

Ella me respondió, con la seguridad de una doctora afgana: “sí, esa es una manera de curarlos.”

¿Qué tiene que ver esto con la tolerancia?

La convivencia multicultural es un juego de tolerancias. Para muchos es incluso un mal necesario o una trampa caprichosa de la modernidad y la civilización. Aún así, hacemos lo que podemos. A veces incluso exageramos en eso de la tolerancia y permitimos abusos y haría falta saber balancear la firmeza y la tolerancia y evitar que esta última sea un disfraz para el miedo o el creerse superior a los demás.

En eso hemos perdido casi por completo nuestro sentido natural de la agresividad. Gracias a esa absurda tarea que Tyler Durden le encomienda a sus apóstoles del Fight club, predicar la religión de la sana violencia sin sentido, nos damos cuenta de que cada día nos agreden y no somos capaces de responder, de tanto cristianismo, segundas mejillas y discursos de post-guerra.

Gracias a la lectura del periódico o de un libro de historia, nos volvemos a dar cuenta de cuánto hemos tolerado que locos con poder lleven a su gente a creer que son una raza superior o elegida de Dios o guerreros de Alá o sencillamente los buenos de la película y los usen para atrocidades como el holocausto o la ocupación palestina o una eventual guerra santa.

En Marsella se abandona la pelea contra los maleantes callejeros magrebíes y algunos justifican que no se puede pelear contra ellos (miedo). Otros justifican que hay gente que vive sin leyes y lo mejor es cederles un espacio ya que no se les puede educar (hipócrita sensación de superioridad). Otros justifican que luego de Argelia no hay moral para reclamarles que grafiteen las paredes de una catedral gótica (hipócrita sensación de culpa). La verdad es que se argumenta la tolerancia y se doblega la firmeza, porque es más fácil rendirse que aprender o educar o pelear o ser firmes.

Entonces aparecen los matices que permiten “solucionar” todo conflicto tolerando. Y la historia ha demostrado que sólo se retrasa la explosión. El conflicto europeo entre locales y magrebíes está llegando a un límite en el cual ya no hay más que tolerar, de bando y bando, porque los musulmanes han tolerado durante medio siglo ser tratados como bestias. Y lo que debió ser un asunto de simple discusión se torna dilema de extrema derecha.

El conflicto de buscar un sitio donde los judíos puedan vivir en paz ya no aguanta un paño caliente más, porque ya los judíos aguantaron bastante y los palestinos ya soportaron más de lo que se puede soportar cuando la visita te bota de tu casa.

La salida diplomática sigue siendo tolerar en vez de resolver. Y sin embargo, aunque todo se justifica hoy día, hay un pecado que es universalmente mal visto y es la intolerancia.

Occidente y oriente se acusan mutuamente. Un ciudadano promedio occidental (yo, por ejemplo) diría que es un atraso franquista el no aceptar la homosexualidad como realidad humana. El líder de la Liga árabe europea, Abou JahJah, clama en respuesta que “los europeos que no acepten la realidad multicultural de sus países deberían emigrar”.

O sea, que en medio del dilema, lo único que realmente nos interesa es no pasar por tontos, no ser los únicos que dan en una relación en la que nadie termina por recibir. La tolerancia, que debería ser un regalo, un acto de amor, si se quiere, es algo que espera una retribución, i.e., estamos sacrificando algo y esperamos que se sacrifique algo de vuelta.

Pues creo que la diplomacia ganaría mucho si dejara de ser, como suele suceder, un disfraz hipócrita para la soberbia. Quizás nos sinceraríamos si trocáramos esa tolerancia falsa e irrespetuosa por un mejor balance entre tolerancia y firmeza, porque la firmeza es una muestra de respeto, también. Unos somos iguales y por ello te doy la cara.

Por venir

Lali puna (D), Kaizers Orchestra (N), Godspeed you black emperor! (CAN)

Recuerdo que una de las pocas cosas que solía leer, hace unos buenos quince años, en el periódico, era, en la sección cultural, el resumen de las películas recién estrenadas en el norte y que llegarían a Caracas en unos dos meses y en unos dos meses más aterrizarían en la modernísima sala del Cine Principal de Maracay, hoy sede de la Iglesia de la Oración Fuerte al Espíritu Santo, si no me confundo.

Tenía poco sentido, la verdad, pero me daba curiosidad y ya salivaba por la parte dos de Karate Kid o la parte tres de Rambo o me preparaba a ver si esta vez si iba a ver la parte cinco de Martes 13 y luego rendirme en mi intento cuando me contaban que a un tipo lo doblaban por la mitad desde la espalda y sonaba la columna vertebral al quebrarse.

Hoy día sigue siendo igual, aunque con Kazaa (y similares) la espera es potencialmente menor. Yo, como no tengo acceso a la alta velocidad de conexión, ni siquiera me acerco a Kazaa.

Sin embargo, el mundo mp3 es más democrático y a través de audiogalaxy (venido a menos pero aun útil) o epitonic hace menos falta el software de intercambio y uno surfea un rato y *vualá*, música nueva.

Así, uno lee en una revista lo que está por venir, entra a la red y busca un rato y decide si lo va a comprar o no (o se lo baja todo en Kazaa, dependiendo de la disponibilidad y el nivel de amor por lo original). Ese es el sentido de las secciones Dato y Antídato del mes. Pueden ver este artículo entonces como un Dato del mes que me quedó largo.

De esa manera (i.e. a través de la red, la versión moderna de *heard it through the grapevine*), me acerqué recientemente a unas cuantas bandas que ya tienen algo de tiempo sonando por el mundo de manera casi clandestina, porque la distribución de sus trabajos es pobre, pero por la red, hoy se comenta de Y en Alemania y dos horas más tarde, en el otro lado del Atlántico, Daniel Pratt lo tiene grabado en el iPod y decide si lo va a dejar o lo borra para siempre. No estaría de más decir que debido a que no tengo televisión, la manera difícil y underground es la única que tengo de conocer cosas nuevas. O sea que Mtv es prescindible, aunque obviamente lo hace todo más fácil.

Lali puna es una de esas bandas. Los alemanes me llegaron hace relativamente poco, aunque pude haberlos visto y oído antes y no lo hice, por ignorancia. La voz de Valerie Trabeljahr sobre pistas que van de lo soñador del indie pop al casi techno produce un sonido lejano al optimismo, pero a la vez dulce yailable. Quizás haya una leve referencia a Lamb. Hace poco, oyendo nin-com-pop, me dí cuenta de que sonaba a la vocecita de Liz Phair. Lali puna, junto a The Notwist, lleva la batuta de Morr music, una compañía alemana que cada vez va adquiriendo más respeto en la actual escena electrónica.

Hace poco, un artículo de Manuel Lebón reseñó la movida indie venezolana para eluniversal.com (la competencia, je, je) y al menos la agrupación Todos Santos confesó la influencia de esta banda en su trabajo. Su más reciente trabajo, Faking the books recién salió a la venta. Ya empecé a buscar la manera de bajármelo ;-)

Kaizers Orchestra por su lado fue recientemente galardonado como el mejor espectáculo en vivo de Noruega. Y razones para ello abundan. La familia Kaizer SABE que el corazón de un concierto es la interacción con el público. Que la música la oirían perfectamente en casa. Así que desde que entran, parecen una compañía de saltimbancos que se apresuran a hacer todo el ruido posible: un par de pipotes ubicados al frente son utilizados como elementos de percusión a la Stomp, una alarma de bombardeo que habrán encontrado en un mercado de antigüedades de Oslo es hecha sonar por un hombre con una máscara antigas que le dá cuerda con esfuerzo, el contrabajo empieza a dar forma al ruido, las guitarras distorsionan cuanto pueden, el baterista golpea los platillos y nos ve siniestramente mientras un teclado antiguo que suena como un acordeón sigue al bajo y va armando una pieza casi gitana que sólo es la base de una suerte de rock de influencias más bien americanas, pero que no termina de negar a lo que queda de Europa del Este. Sin artificios distintos del histrionismo al interpretar su música, sin lázers ni pirotecnia ni wallsizescreens, acercan a los curiosos y los integran a la familia. En cosa de media hora, al menos mil personas se encuentra a sí mismas cantando coros en noruego, idioma que desconocen por completo. Los kaizers saltan desde los pipotes, marchan con pasos militares, se desvisten, flirtean con las chicas y por sobre todo, no se toman nunca a sí mismos demasiado en serio, sin dejar de ser profesionales en escena. Jan Ove Ottesen, el líder indiscutible de la banda no deja nunca de conversar, mentir, hacer chistes, burlarse o inventar mitos. Cualquier artilugio es válido para mantener la atención del público. Su primer disco, sin embargo, dista de la calidad de sus conciertos. Grabado en low-fi, ompa til du dor (con un montón de caracteres noruegos que no me molestaré en buscar para uds.) reúne el espíritu de la banda, pero se queda un poco corto. Otros dos discos que no he oído están disponibles, Evig pint, un poco más dark y una descarga gitanopunkeada, The Gipsy Finale.

Godspeed you black emperor! es algo que me sorprendió hace muy poco. Es como si desde Montreal por fin hubiera llegado el relevo de Spiritualized. El rock orquestal, despreocupado por los moldes o las convenciones, crean casi un soundscape, el soundtrack para una película inexistente. No hablo de experimentos sonoros como los de Sigur Ros y sus desvaríos electrónicos de voz chillona. Hablo de discos de uno o dos temas de más de 20 minutos, contruídos con estructura de música académica, con dejos de las estructuras cíclicas de Barber o Gorecki, pero incorporando batería, guitarras, samples, teclados y grabaciones ambientales que quizás sean mensajes en contestadoras o accidentes de play y record. Lift your skinny fists like antennas to heaven! es su más reciente trabajo, aunque luego han trabajado en proyectos paralelos.

Suerte con la búsqueda.

O.

Y para cerrar este número del panfleto, este dato del mes que quedó largo, con ustedes, ladies and gentlemen, el dato y el antídato del mes:

El dato del mes

La épica según NOFX: The decline. Este también lo oí *through the grapevine*. ¿Quién me pasó el dato? ¿Pratt?

El antídato del mes

La épica a la Marcel Duchamp de Nick Cave and the bad seeds: Baby, I'm on fire. El autor de Red right hand y 15 feet of pure white snow pareciera creer el statement de que cualquier cosa hecha por un artista termina por ser arte. El tema es completamente repetitivo, absurdo y aburrido.

Una menos en Canarias

Semana santa en Sevilla sin cámara

Una bola aporcelanada de colores que reposa en un asiento de concreto y un padre que pregunta a sus hijos si es de ellos, como resguardándola con celo. Calles particularmente resbalosas bajo la garúa y que cuando se secan se hacen pegajosas y hacen chirriar los cauchos de los carros, las mismas calles que ahora o desde antes presentan manchas de colores que se van oscureciendo. La palabra "lluvia" en boca del 90% de la gente y en una de cada 3 conversaciones que oímos en la calle. Una procesión que pasea en silencio sepulcral y a paso triste. Carros estacionados en doble fila por doquier que nos hacen preguntarnos qué pasaría si alguien desea salir y se tropieza con otros carros bloqueándolo.

Eso era la semana santa para mí la tarde del jueves santo: un montón de piezas irreconciliables en un rompecabezas absurdo y enorme. Un ejercicio policial de digestión de pistas y de comprensión del comportamiento humano. Sin cámara, además, que me permita tener evidencias. Me restaría pedir un ejercicio de tolerancia y abstracción. Y confesar que haré uso de una técnica literaria que le leí a la venezolana Nidesca Suárez en su novela "El huevo del mundo", reseñada en el panfleto número 52 y ganadora del concurso "Francisco García Pavón" de novela en España en el año 2002.

El viaje se inicia en Málaga como un paseo por la iconografía española, de la cual voy identificando elementos poco a poco: el toro de Osborne, que es hoy, tengo entendido, patrimonio cultural de España y fue inmortalizado, entre otros, por Bigas Luna, en su Jamón, Jamón; el suelo rojo que Médem describe poéticamente en Tierra; los olivos y viñedos, verdes arbustos esparcidos sobre terracota intenso; naranjales cargados en las calles de Osuna, el pueblo de paso donde decidimos almorzar y de cuya simple belleza quedamos prendados; puertas abiertas y gente que amablemente nos da instrucciones y comida barata y deliciosa y un comentarista radial que, como siempre, nos informa que son las cuatro de la tarde, una hora menos en Canarias. Isa maneja con inexperiencia por la carretera de Andalucía y yo me encargo de los mapas, situación que en teoría es un ticket sin retorno al fin de una amistad. El cielo está nublado, el único cliché español que no nos dá la bienvenida es el sol ininterrumpido y el calor infernal en consecuencia. Abril es el mes perfecto para visitar Andalucía. El otoño no cuenta.

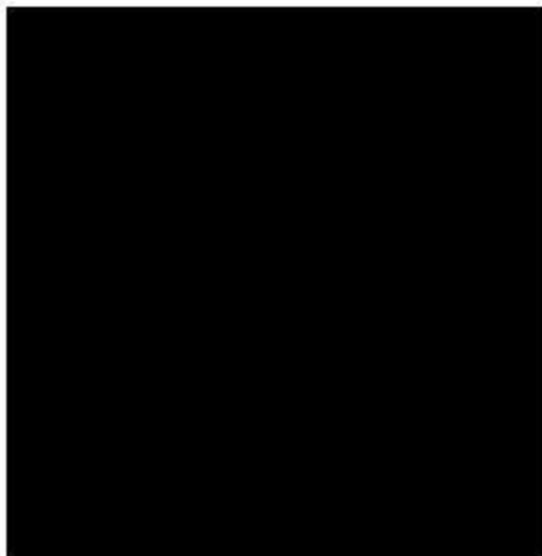


Foto 1: El toro de Osborne parece una sombra que reposa, solemne, en la ladera de una colina.

Llegamos a una Sevilla sobrepoblada y gris a media tarde. Infructuosamente buscamos estacionar cerca del centro y terminamos por dejar el carro junto al estadio del Betis. Caminamos hasta el centro sin mapas, sólo preguntando e intentando divisar La Giralda para no desviarnos en nuestro camino.

En la plaza de Campana nos tropezamos con una valla inmensa que no permite a nadie ver la procesión de la cofradía de Los Negritos. Una vez más no entendemos. Tras preguntar, asimilamos con desazón que una silla en Campana para ver las procesiones cuesta 30 euros y que para esta noche no hay nada disponible. Tomamos un programa y no entendemos: hay una especie de cronograma, pero los nombres no nos son familiares. No somos capaces de ubicar la ruta de cada cofradía en el mapa. Algunos lugares están resaltados en fondo fucsia y nadie parece saber por qué. Incluso una señora, ante nuestra pregunta de “¿tiene idea de qué es lo morado?” nos responde que el morado es un color, y procede a señalar la túnica de un nazareno. De plaza en plaza, por las angostas calles, llegamos finalmente al Patio de los naranjos de la Catedral sevillana. Leemos algo de historia junto a ella (la tercera catedral más grande del mundo luego de San Pedro en el Vaticano y St. Paul en Londres es construida sobre las ruinas de una mezquita luego de la reconquista y sin embargo, su campanario era el intacto minarete, La Giralda, que fuera protegido gracias a su belleza de la mano destructora de la reconquista católica) y vemos sin demasiado interés la primera de nuestras procesiones, la de Los Negritos, que tras dejar Campana, siguen la ruta hasta su Iglesia.

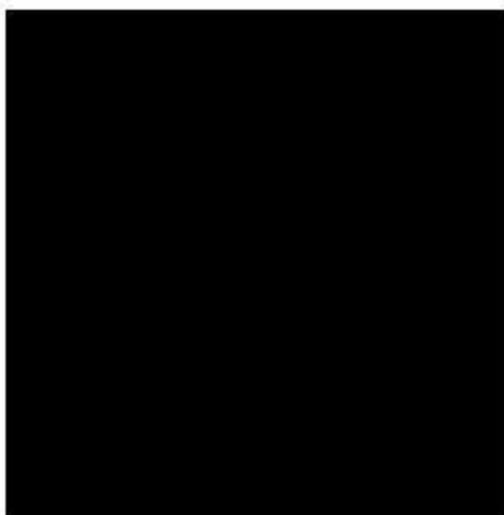


Foto 2: Toma aérea de la Catedral de Sevilla y La Giralda, rodeadas de calles abarrotadas de gente.

Isa y yo concluimos que iremos a casa ante los amagos de lluvia y el cansancio que nos produce haber tomado un avión al amanecer. Si hay procesiones y nos encontramos en forma, regresaremos.

La televisión local sería la respuesta a muchas de nuestras preguntas: las cofradías deben salir de su templo, llevar los “pasos” o imágenes de la Pasión de Cristo y de la Virgen a la Catedral y regresar. Desde Campana hasta la Catedral, todas las procesiones coinciden en una ruta, la Carrera Oficial, rodeada de sillas cuyo costo depende de su ubicación y a la cual no todo mortal puede acceder, pues algunas están reservadas para personalidades reconocidas. El reportaje es continuo pues España observa atenta que la lluvia podría significar la cancelación de las procesiones, dada la antigüedad de las estatuas, casi todas

valiosas joyas de madera pintada hace más de dos siglos. Mientras Isa duerme, voy familiarizándome con nombres e imágenes. Nombres de cofradías, de calles, de elementos de las procesiones. El misterio se va develando de a poco.

A la mañana siguiente llevamos el carro hasta el parque de María Luisa, que alberga aún edificios construidos para la exposición iberoamericana de 1929, y que son hermosos homenajes al plateresco, al mudéjar y al gótico españoles. La Plaza España corona esta composición urbanística y arquitectónica de manera grandiosa. Hay mucha gente a nuestro alrededor y disfrutamos el reconocer lo que se dice la gente luego de habernos acostumbrado a vivir en un sitio en el que se habla en otro idioma que usualmente no entendemos. Casi en todas las conversaciones se deja colar la palabra "lluvia". Las procesiones de la "Madrugá" fueron canceladas, decepcionando a miles de fieles y cófrades que se preparan durante todo el año para esta fecha. Solo una decidió salir cerca del alba y debió ser resguardada a medio camino. Los pronósticos meteorológicos de hoy viernes no son mejores que los de ayer. Sin embargo, La Carretería inicia su recorrido poco después del mediodía.

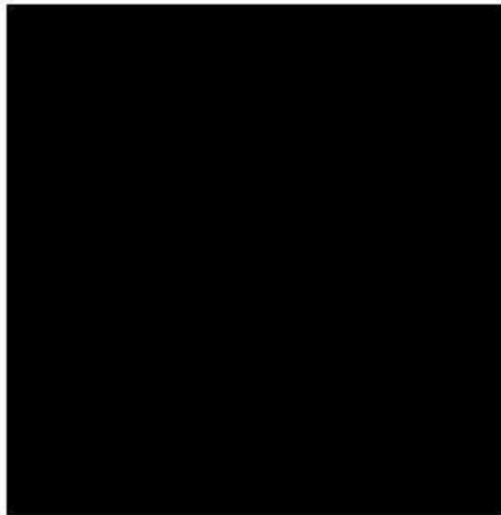


Foto 3: Un nazareno sostiene un cetro de plata cubierto por una bolsa de plástico.

Caminamos de vuelta al centro y empieza la lluvia. La gente corre. Una señora bien vestida corre cuidadosamente con sus zapatos de tacón y cubriéndose con una bolsa plástica. Isa repara en que unos turistas rubios llevan sus impermeables y me comenta la locura que representa llevar impermeables a Andalucía.

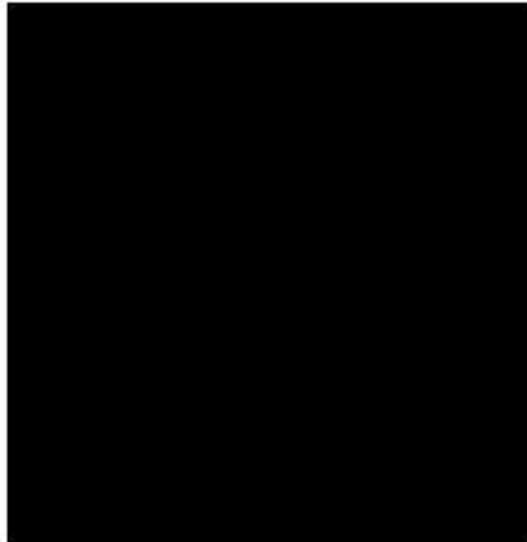


Foto 4: Contrapicado vertiginoso de un monstruo de piedra que escupe un chorro de agua desde la cornisa del Ayuntamiento de Sevilla.

Cerca de las seis de la tarde, caminando por Sierpes, la calle más importante del recorrido oficial, tomamos una decisión: de aquí no nos sacan hasta que pase una procesión. Nos metemos en una bodega a estirar unas tapas y marear una coca cola viendo en el televisor que nadie se decidía a salir. A las nueve Isa se cansa y decide que ya basta.

La casualidad nos lleva a una amiga de Isa que caminaba en ese momento por Sierpes y nos sentamos en primera fila en la carrera oficial, después de secar con servilletas las sillas. Una saeta cantada desde un balcón que da a Campana es el anticipo del paso silente de La Carretería. Solo la percusión se deja oír mientras pasan. Intuímos que están tristes por no haber completado su recorrido, pero nuestros nuevos compañeros llevan un radio y escuchan que un costalero, uno de los encargados de cargar los pesados pasos por horas, falleció de un infarto mientras se hallaban a resguardo. Su silencio es luto.

Un niño se acerca a los nazarenos que sostienen los cirios y les pide cera, por favor. En ese momento reparo en las manchas de cera de colores que se van quedando en la calle, en que los niños van armando con la cera que pueden conseguir de los nazarenos a veces inmensas bolas de cera multicolor. Llegan a mi cabeza los enigmas del día anterior y de esa mañana, el suelo ennegrecido y pegajoso, lo resbaloso que se hacía con la lluvia y la bola porcelanada que con tanto celo protegen los niños. Poco a poco, Sevilla, su Semana Santa, se va armando en mi cabeza.

El paso se detiene frente a nosotros y ante las señas del director de la procesión, los costaleros dejan reposar a un Cristo y tras una espera y un golpe en clave, levantan al unísono la pesada estatua y continúa la marcha, que hasta ahora, fuera de la precisión y del esfuerzo, no es realmente impresionante.

El sábado decidimos visitar el Alcázar, el palacio híbrido entre mudéjar y gótico que servía de residencia real durante los tiempos de Al-andalus del rey Almotamid, luego fue reconstruido por Pedro el Cruel, reformado por los reyes católicos y hoy es uno de los monumentos más visitados de Sevilla. A la salida callejamos por Santa Cruz, buscamos infructuosamente un sitio donde comer los afamados churros con chocolate y nos tropezamos accidentalmente con las últimas procesiones del sábado. Fue entonces, en

Alfalfa, cuando vimos lo realmente impresionante. En la plaza, mientras la banda toca una música tan dramática que casi arranca lágrimas, los costaleros tienen espacio para maniobrar y “bailan” el paso al ritmo de la música. Un espectáculo al menos para mí indescriptible que me erizaba los brazos y que arrancaba gritos de admiración cuando una nota era sostenida agudísima por una trompeta y dejaba entrar al resto de la orquesta en el preciso momento en que el inmenso Cristo reunía las fuerzas para reanudar su camino por sobre la multitud, visible a decenas de metros. Al fin sabemos lo que quería decir el fondo fucsia.

El domingo tenía el sabor calmado de una despedida. El centro cultural de la cartuja alberga una colección de arte contemporáneo (temporalmente casi de manera exclusiva videos de performances) que visitamos con tranquilidad. Un amigo, Lanti, arquitecto y nazareno cordobés, nos acompaña a recorrer Triana, de donde salen varias de las procesiones más conocidas y que ha sido la cantera de toreros tan grandes como Belmonte el Magnífico o el Gallo de Triana. Cuando nos acercamos a buscar el carro, nos damos cuenta de que nos han bloqueado. Ante nuestra mezcla de odio y pánico, Lanti se acerca con seguridad al coche infractor y con una mano lo empuja más allá de donde pudiera molestarnos, develando el último misterio del fin de semana. “En Sevilla no hay donde aparcar. Todo el mundo deja el coche en primera.”

Lanti el nazareno nos cuenta que no vimos nada, que el éxtasis cancelado de la madrugá no es comparable con nada. Los gritos de los devotos a la Virgen de la Macarena (“¡Guapa!” le gritan, y le tiran flores, dice Lanti), los bailes de los pasos más hermosos, las cofradías más grandes, las de más larga trayectoria, las rivalidades, los cuentos. Lanti me dice que tendría que vivirlo más para llegar a entender ese rompecabezas que si bien se va armando hasta tener una forma identificable, difícilmente es comprensible.

Me permito cerrar con una foto, que para mi resume una actitud de todo un pueblo frente a una celebración:

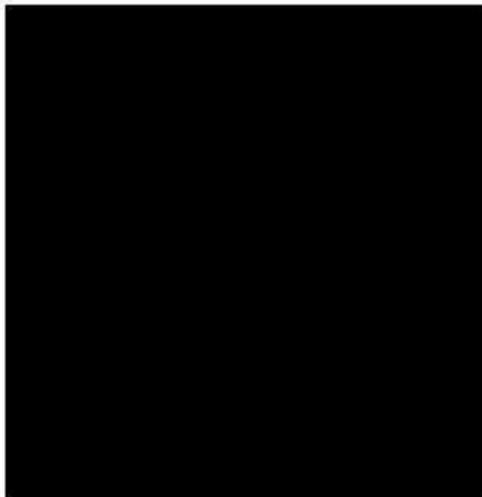


Foto 5: un niño, diez a trece años de edad, bien vestido, camina con pasos medidos viendo atento al frente. Sobre su cabeza sostiene una silla y la sujeta por dos de sus patas. En el respaldo de la silla, el dibujo de una virgen esta amarrado a la madera como la insignia de una devoción.

O.

PD: el efecto post 11-M no se ve por ningún lado. Quizás se vea de reojo a los moros, pero la verdad, no sé qué tanto obedecería a los atentados o a una distancia que ya existiera, a juzgar por sucesos aislados como la cacería de El Ejido, en Almería, hace unos años.

Un lugar en el mundo

Una de las primeras cosas que recuerdo del gobierno en curso es el manejo a todas luces insensato de un conflicto internacional que fue justificado de manera tan falsa como discutible.

Chávez mantuvo en 1999 una reconfortante comunicación con el terrorista internacional Carlos Ilich Ramírez "El Chacal", diálogo epistolar altamente criticado por la opinión pública nacional e internacional, pero que fue defendido de manera discutible: "El Chacal" era antes que nada un venezolano y como tal, en cualquier lugar del mundo, el gobierno venezolano haría lo posible por hacer valer sus derechos. Eso, además de la perla de que "el no haber cometido crímenes en suelo patrio nos impedía tratarlo como terrorista".

Sobre El Chacal se discutió el traslado a suelo patrio, incluso a nivel presidencial, cosa que Francia consideró fuera de toda negociación posible.

Sin embargo, buscando arduamente algo positivo, se envió un mensaje, oficial y retoricamente hablando: venezolanos, donde sea que estéis, cualquiera sea vuestro lugar en el mundo, vuestra patria no os olvida, vuestra patria dará cuanto pueda dar por defenderos, por defender a los vuestros.

Yo lo entendí así, al menos, en una apoteosis de positivismo e inocencia: si Venezuela defiende los derechos de un tipo que ha matado atletas israelíes, me va a defender a mí, si hace falta, que no he matado a nadie, nunca, gracias a Dios.

Es lógico y casi todo país se preocupa por sus emigrantes. No es una exclusividad de la casa ni una relación unidireccional, visto el flujo inmenso de dólares que va de norte a sur, de Argentina a Bolivia, de Estados Unidos a Cuba o a México, de España o Italia a Venezuela. Los emigrantes deben ser protegidos, porque en su mayoría, siguen apoyando a sus familias, siguen enviando dinero, siguen siendo venezolanos o bolivianos o cubanos o mexicanos.

De allí tantos problemas de dobles lealtades a la hora de nacionalizar a un inmigrante en el país anfitrión: un extranjero no dudaría por un segundo el bajar su rifle si el enemigo es su país de origen, es la suposición universal.

Los grupos terroristas están plenamente convencidos del apoyo que brindan los gobiernos a sus ciudadanos fuera de sus fronteras y por eso amenazan con secuestrar y degollar a extranjeros si no se cumplen sus demandas. Por eso el ejército filipino se retira de Irak, porque la vida de un ciudadano de su país, cualquiera sea su status, es más valiosa (eufemismo para algún interés propio de un gobierno: imagen, opinión pública...) que el apoyo a una guerra absurda y al económicamente favorable aliado norteamericano.

Sin embargo, a pesar de todo lo anterior, el 27 de julio se volvió a hacer historia en el seno del gobierno de turno. El 27 de julio aprobó el Consejo Nacional Electoral una resolución según la cual el derecho al voto de los extranjeros era restringido dramáticamente:

Aunque para inscribirse en el registro electoral solo hace falta la cedula de identidad laminada "vigente o vencida" (y la clásica fotocopia), ahora, desde el 27 de julio, para expresar tu opinión como venezolano, debes residir "legalmente" en el país en el que te encuentres. Valga la traducción: los miles de venezolanos que desesperados por el desempleo y la constante tensión psicológica a la que son sometidos por el hampa han decidido probar suerte de manera ilegal en algún otro país, no son libres de expresar su opinión en las próximas elecciones, en el único sitio en el que pueden hacerlo.

La vida de un inmigrante ilegal es una vida de restricciones. Aunque se asume que un familiar que "se fue al norte" se lanza a una montaña rusa de enriquecimiento desenfrenado, generalmente no es así. Los trabajos "en negro" para inmigrantes ilegales son restringidos a limpieza, atención en restaurantes de truculentos manejos contables, babysitting y demás subempleos. La paga generalmente es miserable si se compara el ingreso con los gastos que comprende una supervivencia básica. El acceso a la atención médica, a la educación, a la expresión de una idea, es nulo. El caminar por la calle sin temer que un policía pida un papel es cosa del pasado. Además, el sueño viajero de ser un inmigrante ilegal que ahorra

para irse de “morrallero” es una apuesta peligrosa. Y a partir de ahora, estos venezolanos no son reconocidos como tales por el Consejo Nacional Electoral. Me gustaría entender la manera de justificarlo.

Vale acotar que, además, la información recién se comienza a distribuir (que se vuelven a cambiar las reglas en medio del juego), lo cual significa que los votantes que no residen ilegalmente en algún pueblo de la serranía madrileña, por ejemplo, luego de rescatar su cédula laminada y desplazarse durante horas para ejercer su derecho a expresar su opinión, se les negará dicho derecho, por un formalismo, por un obstáculo sencillo.

Es decir, el gobierno venezolano ya no hará lo posible por que a los venezolanos que no habiten legalmente un país (y me cuesta imaginarme a alguien más ilegal que el chacal) se les hagan cumplir sus derechos, mas específicamente, y al menos, el derecho a expresar su opinión. ¿Es ese el mensaje? No, obviamente las razones son más sencillas. Quienes no apoyen al gobierno (y se asume, por mera estadística, que un expatriado no lo hace), no deberán esperar que el gobierno que también, contra su voluntad, los representa, haga algo por ellos si ésto va en contra de sus intereses. Mera supervivencia.

O. 30072004

Isla Desierta IV: Cosmo's factory

En la Isla Desierta II (PN41), comentaba que mamá había tenido sus dolores de parto bailando rock n' roll. A la mañana siguiente nació yo.

22 años más tarde compré para mí una copia de ese, de cierto modo mi primer disco, el Cosmo's Factory de Creedence Clearwater Revival.

Casi contra las reglas de la Isla Desierta, Cosmo's Factory es casi un trabajo recopilatorio desde varios puntos de vista: muchas de las mejores interpretaciones de Creedence pertenecen a este disco y más de una tercera parte del disco son covers. Pero bueno, en una antología decente de U2 habría que meter medio Achtung Baby y las versiones que habitan el Cosmo's son tan propias que los amantes de lo original se las verían difícil a la hora de restarles valor o exaltar a los antecesores.

El Cosmo's factory arranca con un rock and roll. El Ramble tamble, según mamá, era un fastidio bailarlo, porque se hacía muy lento en el medio. Esa era su manera de explicar la desviación psicodélica que tomaba el Ramble tamble luego de marcar 01:55. En siete minutos se resume lo que viene: solos eternos de guitarra, rocanrol hiperkinético, blues, folk, harmónicas, la voz inconfundible de John Fogerty y los simples pero sólidos repiques de batería.

Ramble tamble consiste de tres movimientos: allegro, largo, allegro maestoso; como Star Wars, como casi todo en nuestro mundo. Es también la primera canción que tuve la sensación que no debía terminar jamás.

Before you accuse me, el clásico blues que luego sería revisitado con mayor popularidad por Clapton, es quizás el tema de más bajo perfil del disco (luego de Up around the bend) y no por ello deja de ser impecable. Aún así, mamá solía pedir a su hermano que lo saltara. Travelin' band y el Ooby doobie completaban entonces el trio de covers. Dos temas que debían oírse por todo Flor amarillo, mientras eran bailados al ritmo frenético de los golpes de metralla al redoblante y al bajo (mamá habría de pedir entonces que saltaran los temas hasta My baby left me). Luego de esa introducción, arranca en serio el disco.

La alegría country de Looking out my backdoor es contagiosa. Contagiosa de una manera casi infantil. Uno puede imaginarse cualquier ser animado con un banjo, un cigarro y un sombrero destillando whiskey mientras golpea con un pie el suelo y canta el coro. Luego, tras un ruido, un destello sonoro, Run through the jungle, uno de los temas memorables de su tiempo. Uno de los solos de harmónica más pegajosos que he oído en mi vida. No en vano Dude, el antihéroe de The Big Lebowski, expresa su pesar por la desaparición de la cinta de Creedence que estaba en el repro cuando le roban el carro.

Who'll stop the rain, un poco como el "I'd love to change the world" de Ten Years After, es un poema naïf de esos que aparecieron en plena contradicción hippie-vietnamita.

El disco cierra con un outro tranquilo, necesario, el Long as I can see the light, que sirve como espacio para recuperarse de la descarga de 11 minutos del cover de Heard it through the grapevine. Una serie de solos que fluyen al punto de alterar la manera en que el tiempo transcurre, hasta hacer que once minutos no sean demasiados.

Ciertamente este trabajo carece de la intelectualidad del Aqualung de Jethro Tull, o de la innovación que representó un Sgt. Pepper's lonely hearts club band, o la indivisibilidad del Dark side of the moon, eso no se discute. Sin embargo, Cosmo's factory no deja de ser, en esencia, la amigüedad de un disco que se debate entre el rocanrol plano, rock de fiesta, rock de colegio, y el rock serio, la psicodelia, la libertad: Cosmo's factory no deja de ser una representación de un momento histórico. Y no hablo sólo de música.

O.

El dato del mes

El dato del mes es un cover que hace Radiohead del tema *Nobody does it better*, originalmente interpretado por Carly Simon para la banda sonora de *James Bond's The spy who loved me* y definido por Thom Yorke en alguna entrevista como el tema más sensual jamás escrito. Con la letra ligeramente cambiada y con un vatiaje muy lejano a la versión piano bar original, suelen interpretar este cover en conciertos. Alternativamente, les ruego que disfruten a la mami que hace el papel de rubia tonta en *Lost in Translation* interpretando este tema en el karaoke del hotel, mientras los protagonistas se cuelan sin ser vistos, como si fuera una travesura peligrosa. Por favor, aplaudan cuando ella grita "Thank you, Tokyo".

El antídoto del mes

El antídoto del mes es un cover que hacer Radiohead del tema *Wish you were here*, originalmente interpretada por Pink Floyd en el disco homónimo. Según los entendidos fue una colaboración de Yorke con Sparklehorse y la letra fue cantada por teléfono, pero a pesar de lo malo que es el cover, hay un par de versiones que se pueden conseguir por ahí, así que volvió a interpretarla.

Pueblos de Piedra



Pueblos de piedra, Kevin el eremita lloraría el alma de ver a los turistas interrumpir su soledad. Al vernos caminar entre sus tumbas, violar sus templos, pisotear sus praderas vírgenes.

Buscamos la felicidad entre tréboles de tres hojas y recuerdo que en el balcón de mamá jugábamos a encontrarlos de ocho. Recostado sobre una piedra junto al lago (*lough, loch, it all means lake*) cierro los ojos e intento que el viento en los pinos y las pocas olas me lleven a un río que atravesase el Henri Pittier, a la compañía de mis hermanos y vecinos.

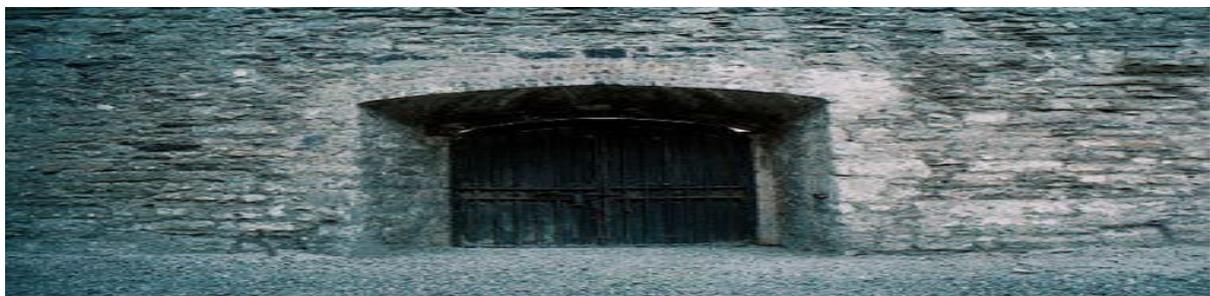
Pienso, quizás debido a que el cielo anuncia constantemente lluvia, que no me sorprende que las prisiones y las iglesias sean de piedra. Que compartan el gris, el frío y la sombra.

Pienso, quizás debido a que enlazo un recuerdo tras otro, sin más que una relación emocional, en cómo no conmovirme con el lamento de Grace Gifford junto al muro, desde el final de su boda hasta el alba, pues el último capricho del hombre que amaba fue dejarla viuda. Al otro lado del paredón esta su recién marido Joseph Mary Plunkett, vendado, como tantos niños de la independencia de Michael Collins, y si ella fuera suficientemente sobrehumana lo abrazaría a través de las piedras y se dejaría llevar por las balas.

Pienso que no me sorprende que la panóptica de una prisión en la que hasta hace menos de 90 años se encerraba a niños de trece por robar pan y se les condenaba a siete días de trabajos forzados sea relevada por cámaras omnividentes que vigilan las calles y las cercanías de una catedral.

Es la trampa de la modernidad: arrasar con lo hermoso que haya tenido el pasado, trocarlo por una realidad eficiente y controlada. La piedra sería el símbolo perfecto de la solidez a alcanzar: el truco frecuente de convertir los defectos en virtudes.

O.



Intro/Outro

Hoy, 14092004, termina formalmente el tercer año de la sección de música. Reviso la historia que comienza con un review de U2 y me doy cuenta de la suerte que he tenido. La suerte de presenciar a gente como Radiohead o TSPO. La suerte de poder comunicarme con uds. los lectores que con algo de suerte se emocionarían con las cosas que me emocionan. La suerte de recibir los mensajes de quienes sí se tripearon el último trabajo de Air, de quienes pensaban que eran las únicas personas que conocían a Têtes Raides, de quienes aún son fans a muerte de Guns and Roses.

Pero también me doy cuenta de que ya todo lo que un individuo que no sabe nada de música puede decir sobre música ha sido dicho.

Gracias, Pratt, por el espacio. En tres años se han agudizado mis sentidos, en tres años he sufrido una metamorfosis que apunta hacia el culto al detalle. En tres años he desarrollado un hambre inmensa por la música que desconozco y por compartir la música por la que ya tuve la suerte de ser tocado.

En tres años mi vida hoy se debate entre el trabajo de 9 a seis, las clases de 7 a diez y poner música en la radio los domingos esperando que haya oyentes, poner música en alguna fiesta de algún pana y rogar al cielo que nadie me pida una canción de Aventura o The Darkness o ponerle música a los pocos amigos que tengo que sí son músicos y que con suerte se dejarán influenciar por la Lapamariposa. Gracias a ese deseo de compartirla, hoy vivo la música de otra manera, pero llega el momento en que las herramientas se le acaban a uno.

Así que dejo este asiento libre, invitándolos a tomarlo, a compartir sus experiencias con la música. Claro, tendrán que pasar por el tamiz del sesgado y peculiar gusto del editor :-)

Los dejo con el último cuento de música que tenía necesidad de contar, que por pura casualidad cae en el número redondo del cierre del tercer año. Y con un inmenso agradecimiento, también.



Puro Load y Reload

Fernandito Villalona & Gilberto Santarosa en vivo

Cuando Metallica finalmente incluyó a Venezuela en su gira universal, dos tópicos de discusión eran los que ocupaban la conversa de todo rockero que se respetara

- Si el telonero debía ser o no Paul Silvestre Gillman, especie de referéndum en el que el líder de la oposición era Guillermo Jones de Rockadencia y que como todos sabemos, terminó tristemente con el (oráculo del) guerrero del metal ondeando una bandera en el Poliedro, su Miraflores particular, mientras cantaba el himno nacional.
- Si después de tanto esperar a Metallica iban a defraudarnos tocando puro Load y Reload, discos que habían demostrado ser una basura, salvo por King Nothing.

Sucedió lo mismo con la última visita de Rubén Blades de la que yo tuve conocimiento. Rubén venía sin Son del Solar y estaba promocionando un disco nuevo, por lo que repetíamos con temor, como para no decepcionarnos después, que no nos emocionáramos, que Rubén iba a tocar puro Load y Reload (ese concierto era una deuda vital conmigo mismo, pues cuando Rubén había tocado con Colón en La Carlota, yo no pude asistir. Aún me debo ese concierto de los Cadillacs).

Ambas citas tuvieron un final feliz. Metallica tocó todos sus cañonazos bailables (vol. 1) y Rubén tocó incluso Paula C. A Metallica le faltó Dyer's eve. A Rubén le faltó el Tiburón, pero acepto que era mucho pedir

De ahí en adelante, puro load y reload representa a esos artistas que tuvieron un momento de gloria y siguieron su camino y si bien agregar "en descenso" es cosa subjetiva, agregar "alejados de su ruta anterior" sería cuando menos justo. Eso de la evolución suele ser sólo una excusa para aprovechar una tendencia, también.

Eso, palabras más, palabras menos, es el caso de un concierto al que asistí recientemente para bien y para mal. Gilberto Santarosa, "el caballero de la salsa", y Fernando Villalona, ya no más Fernandito, mejor conocido como "el mayimbe". Puerto Rico y República Dominicana representando al Caribe en Europa, suele ser la frase cliché que aplica en el caso. Pero, realmente no se representa al Caribe en Europa, dado que el 90% del público está compuesto por expatriados latinoamericanos que ondean banderas de Brasil a Honduras y que lucen atuendos que hacen gala de las más creativas maneras de convertir una bandera en una mínima falda o un imperceptible top de lycra. Realmente el público europeo está no sólo observando al Mayimbe o al Caballero de la salsa, sino también las coñazas que se forman al frente, a un carajo que tiene el mal gusto de dar un concierto en Bélgica con la misma gorra que dice ROMA que compran todos los turistas en las cercanías



del Coliseo, a las tipas que se suben a la tarima a mover el culo como si de ello dependieran sus vidas, a los tipos que se suben a maraquear a las anteriores con la mayor naturalidad del mundo, y demás exotismos que nos caracterizan a los latinos en el exilio en ese afán de definirnos con una identidad cultural que heredamos de la época de la hallaca como crisol de razas, de la época en que al Ché Guevara le dio por la malcriadez de decidir que el pueblo latinoamericano era uno e indivisible, una raza mestiza del Río Grande a la Patagonia.

Desaciertos de mitad de siglo.

"Qué gente tan ... tan.... espontánea, tan abierta, tan feliz, tan sensual, también, la gente latinoamericana". Bueh, yo dudo mucho que eso vaya más allá del espectáculo que damos cuando nos destapamos finalmente por una noche que no deja de ser también un ritual de apareamiento. Habría que ver qué tanto de eso realmente nos caracteriza, pero no soy yo quién para juzgarlo, pues yo más de una vez me he subido a una tarima a bailar con una caraja que no conozco y que nunca más veré, como si practicáramos una suerte de sexy show de taguara subterránea holandesa.

Sin embargo, apartando esa misma idea que me ronda cada vez que asisto a un encuentro latino y atestigo mi propia transformación, he de confesar mi disfrute de un espectáculo tan mediocre como el del Mayimbe. Mediocre desde el aspecto, porque si vas a hacer montar un espectáculo en el que le das prioridad a la apariencia, procura entonces que a las coristas les quede bien el vestido y no se les salga la barriguita. Que si van a mostrar las piernas, la celulitis no sea tan evidente. Que si van a bailar "seisy" sepan hacerlo y no esté la señora de la derecha todo el tiempo viendo a las otras dos para saber qué hacer y hacerlo mal. Procura, que si vas a vestir a los músicos de manera flashy, al viejito rapero no se le note tanto el trabajo dental o en su defecto, que se limite a las congas y no luzca una sonrisa de galán que no tiene. O, Mayimbe, si estás decidido a ser un sex-symbol, panita, haz algo de ejercicio. Pero uno se abstrae y baila con "en el carnaval/todo es alegría/baila las calles de noche/baila las calles de día". Puro Load y



Reload, sin embargo. Un popurrí de canciones compuestas por otros. De covers. Sin creatividad, un ejercicio físico, prácticamente, idéntico al del idiota que durante todo el concierto no dejó de raspar una charrasca.

Pero como un superhéroe pasado de peso, llega Gilberto Santarosa a salvar el día. Santarosa parece entender que entre el público hay gente que viajó horas para verlo, que más de uno se habrá arrinconado junto al muro de una iglesia para evitar un poco del viento y la lluvia. Que entre el público hay quienes lo esperan desde hace años, que no hay que hablar en inglés, porque él viene a entretener a los expatriados, como si Johnny Cash se acercara a Vietnam a darle un respiro a los que le dan la cara al VietCong. Santarosa parece saber que no es momento de promocionar discos ni nuevos trabajos, que fuimos a oírlo cantar que la conciencia no tiene la razón, a oírlo improvisar que si acaso te engañé perdón, aunque el idiota de la charrasca se suba a la tarima y lo abrace y le dé una bandera y no logre interrumpirlo en su son, porque se nota que improvisa, porque en medio de su declamación incluye un bandera que recién recibe de alguien que lo acompaña en el podium. Sus coristas tienen buena voz, la chica se lanza un solo bien construído de trompeta, esta gordita, pero el buen gusto, la profesionalidad y el carisma la hacen ver más hermosa que cualquier carajita culona del público. Mayimbe, ¿ves lo que te digo? ¿Ves que los coristas bailan al mismo paso? ¿Entiendes lo que decía Jules Whimfield con eso de que "Personality goes a long way"?

Un concierto sobrio y cálido a la vez en el que no, no nos decepcionó tocando puro Load y Reload. Incluso algo especial se siente al oírlo preguntar si había venezolanos entre el público, justo luego de preguntar por los puertorriqueños. Es como una cierta coherencia, eso de no dejar siquiera sospechar que ese tipo que está parado con el micrófono pudiera no estar disfrutando lo que hace.

Me habría gustado terminar estos tres años con el concierto de Los Amigos Invisibles en Amsterdam. Pero me habría negado la oportunidad de revivir este concierto contándoselo a quien reúna la paciencia de oírlo. Bueno, eso.



O.